



PATRICIA GELLER

**EL SABOR DE TUS
LABIOS**

El peligro de jugar con un desconocido

**POP
G
BOOKS**

El sabor de tus labios

El sabor de tus labios

Patricia Geller

Los personajes y sucesos que se ofrecen en esta obra son ficticios. Cualquier parecido a la realidad será simple coincidencia.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra. Ya bien sea electrónica, por fotocopias, grabaciones o cualquier otro método, sin consultarlo previamente con su autor. De lo contrario, se estará cometiendo una infracción que puede ser constituida como delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes en el Código Penal).

©Patricia Geller, 2021

Diseño de portada: Tiaré Pearl

Corrección y maquetación: PGBooks

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Obra registrada, más información en **Cedro**.

©Todos los derechos reservados.

www.patriciagellerbooks.com

Agradecimientos

A todos los que hacéis posible este sueño.
Gracias, gracias siempre.

El sabor de tus labios

[Créditos](#)

[Agradecimientos](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

[Diario de...](#)

[Ref. Canciones](#)

[Otros títulos de la autora](#)

[Biografía](#)

SINOPSIS

Anahí necesita desconectar de la ajetreada y rutinaria vida que lleva en Madrid, por lo que decide irse unos días de vacaciones. Pero no imagina con quién coincidirá en el paradisíaco destino elegido.

Enseguida se siente fuera de lugar, sin embargo, una velada inesperada le hará cambiar de opinión. Todo empieza con un baile, un encuentro a oscuras y el enigma de no conocer la identidad de la persona que la ha seducido.

Un peligroso juego con el que experimentará emociones inesperadas y que le hará replantarse si todo vale por amor.

Sensual, misteriosa, romántica y adictiva: así es El sabor de tus labios.

Capítulo 1

Soñando despierta

No puedo esconder la emoción que aflora por cada poro de mi piel. Ya estoy aquí, dispuesta a desconectar, a disfrutar de mis merecidas vacaciones. ¡Soy libre! No es demasiado tiempo, pero con seis días amaneciendo frente al mar y sin que mi teléfono suene cada media hora, me conformo.

Al llegar al *resort*, me dan una cálida bienvenida y me indican, a través de un mapa de papel, dónde queda la pequeña villa en la que me alojaré. Finales de mayo, sol, playa y soledad. ¿Qué más puedo pedir? Soy afortunada.

Sonrío, arrastrando por el camino de madera la única maleta que he traído, recorriendo las villas que se encuentran a mi alrededor. Unas más grandes, otras inmensas; algunas como la mía, modestas. Mientras consigo llegar al que será mi refugio en los próximos días, saco el móvil de la mochila que cuelga en mi espalda y le escribo a mi hermana para contarle que ya he llegado a mi destino, a República Dominicana, concretamente, a Punta Cana.

De paso, le pido que avise a mis padres y a mi hermano, su mellizo. No soy una persona muy apegada a la familia y suelen quejarse de ello a menudo, por lo que no quiero ni pensar en cómo actuarían si no doy señales de vida. Enseguida entrarían en pánico. Con más razón; al ser conocedores de que he adquirido un teléfono de última generación para este viaje y que tengo todas las prestaciones necesarias para comunicarme con ellos. De modo que envío el mensaje con rapidez y guardo el iPhone en el *short* que llevo puesto.

¡Qué paz!

He decidido venirme sola para que nadie me moleste y hacer lo que me dé la gana. En mi barrio hay mucho curioso y se pasan los días pendientes de los posibles cotilleos, algo que no va conmigo. Por lo que intuyo y quiero creer que, si aquí no me conocen, tampoco me juzgarán.

Últimamente tengo la sensación de que todo se critica, de que cualquier comentario es motivo o excusa para crear polémica. ¡Qué aburrimiento!

Con lo fácil que es no ver o no leer aquello que no te aporte nada, asimismo, no hablar con quienes no te ayuden a crecer y mejorar como persona. Mi lema es «vive y deja vivir», ¿por qué no lo ponen en práctica la mayoría de los mortales? Descubrirían un mundo nuevo y mucho más sano.

Conocerían la verdadera libertad.

—¿Anahí? —Me quedo inmóvil, tratando de recordar por qué me suena la voz que me está

llamando desde atrás—. ¿Eres tú?

«No, por favor. Que no sea él».

Me giro muy despacio y, de manera automática, mi corazón empieza a latir frenéticamente. Siento que en cualquier instante se me saldrá del pecho. ¿Cómo ha podido suceder? ¡Necesitaba estar sola! Y se trata de él.

¡Él!

Al ser consciente de la situación, quiero gritar de impotencia. ¿En serio he tenido tan mala suerte? Yago Silva: español, treinta años, empresario. Moreno y de ojos muy oscuros. Compleción fuerte. Suele vestir ropa casual, pero con mucha elegancia. Lo conocí hace poco más de un mes, me enrollé con él cinco veces y hui en cuando me di cuenta de que buscaba algo más serio, yo no podía ofrecérselo. ¿Y qué ha hecho el destino? Joderme, sí. ¿El karma?

—Hola —lo saludo finalmente, fingiendo que me entusiasma este reencuentro—. ¿Qué haces por aquí?

—Mi agencia de viaje de confianza me comentó que tenían una buena oferta para venir... y ya me ves. No pude negarme.

—Qué bien —miento con una fingida sonrisa.

—No he vuelto a saber de ti desde la última noche que... —Carraspea y yo hago un gesto con la mano. No es necesario entrar en detalles sexuales de primeras—. ¿Por qué? Ni siquiera has respondido a mis llamadas.

Me rasco la cabeza, incómoda, hasta que encuentro una excusa:

—Ya, tuve problemas familiares y no me apetecía hablar con nadie.

—¿Se han solucionado? —pregunta más preocupado. Está guapísimo, con la piel más tostada que de costumbre. Va de blanco, lo que ayuda a resaltar todas sus cualidades físicas, que no son pocas—. ¿Estás bien, Anahí?

—Sí, sí, gracias —musito a punto del infarto, pues da un paso hacia mí. No puedo permitir que se acerque, siempre terminamos en la cama—. Tengo que irme, ¿vale? He de atender un asunto.

—¿Has venido sola? —Asiento, dubitativa. ¡No sé cómo salir de esta!—. Avísame luego y tomamos algo, así nos ponemos al día. ¿Te apetece?

—Ajá —susurro, agobiada—. Hasta luego, Yago.

—Adiós, bombón —dice, guiñándome el ojo—. Estás preciosa.

Esbozo una escueta sonrisa y me giro tan rápido que casi me caigo. ¿Cómo gestiono esto? Lo más prudente es huir de nuevo. De hecho, prácticamente salgo corriendo hacia mi alojamiento. Este se encuentra dos puertas más allá de donde hemos coincidido. ¡Me cago en...! «¿!Por qué a mí!?!», «¿por qué?», repito sin cesar. No es que me desagrade su compañía, al contrario, es el hombre perfecto. Atento, cariñoso y detallista. En la cama es paciente, delicado, aunque muy fogoso. Lo tiene todo, tanto es así, que podría enamorarme de él con facilidad y esta opción no

entra en mis planes. El solo pensamiento me produce un rechazo absoluto. Ya pasé la etapa de sufrir por amor, me niego a que Cupido me lance sus flechas por tercera vez.

Por culpa de mi última pareja quedé hecha polvo, literalmente. Me convertí en un trapo. Lo pasé muy mal, apenas comí durante semanas, no quería ver a mis amigos. Lloraba por cada rincón de la casa. No vivía.

Ahora jamás le permitiría a un hombre que ejerciera ningún tipo de poder sobre mí, por mínimo que fuera. Me he cansado, por ello, cuando conseguí recuperarme; cambié completamente mi forma de pensar y de ver la vida. Me propuse conocer a más chicos, divertirme con ellos y gozar del buen sexo, pero Yago se cruzó en mi camino antes de que esto sucediera y entorpeció todo, confundiéndome. Por lo que tuve que frenar las cosas a tiempo.

Con él pretendía utilizar el refrán de «si te he visto, no me acuerdo».

El destino, en cambio, tiene otros planes para mí.

¡Y yo pensando que lo que me ofertaban era algo que no muchos se podrían permitir! Fue lo que me impulsó a aceptar el viaje a través de la agencia, di por hecho que no me encontraría con nadie conocido. El precio no era un chollo precisamente. ¿O sí? Supongo que ya es lo de menos.

Finalmente llego a mi villa. Todavía con manos temblorosas, abro la puerta y ahogo un grito de felicidad. ¡El paraíso! Suelto la maleta, también la mochila, y entro en la habitación que se halla justo a la derecha. Ahí me lanzo a la cama cual niña pequeña en una piscina de bolas. ¡Qué amplia!

Estoy cansada después de tantas horas de vuelo, pero la curiosidad me puede —como a menudo— y recorro el apartamento. Es todo muy minimalista, no hay nada recargado. Decorado con tonos preciosos, claros y naturales que le dan vida al espacio. El baño es muy completo, incluso tiene el típico jacuzzi de las películas y se encuentra dentro de la única habitación que hay, sin embargo, suficiente para mí. La cocina y el salón están unidos, aunque delimitados por una barra americana. Y por último, al fondo de la estancia se sitúa la terraza, no una cualquiera, sino con vistas impresionantes. Tiene dos puertas, una para acceder a la sala; la otra, a la habitación. A través de estas podemos salir directamente de la villa sin la necesidad de utilizar la puerta principal, que da hacia el interior del *resort*. Unos pocos metros que harán mi estancia de ensueño. Entonces se me ocurre la idea de grabar cada detalle y enseñárselo a mi grupo de amigos: Mateo, Ada y Pablo.

Los dos primeros son pareja.

—Eh, chicos, mirad esto. Me envidiáis, ¿verdad? —comento como si fuese una *influencer*, mostrando el interior de la villa hasta terminar fuera—. La próxima escapada la hacemos todos juntos, lo prometo. Luego os llamo, tengo cosas que contaros.

Segundos después la impaciente de Ada está reclamándome. Mi mejor amiga no perdona. Es curiosa, insistente y muy cabezona.

—Estás flipando, ¿verdad —bromeo sin esconder la emoción. Y abro la nevera para saber qué me encuentro. ¡Vaya! Chocolates, agua y vino de cortesía. Cojo un bombón y me siento sobre la barra americana—. Ada, te juro que es infinitamente mejor que en fotos.

—El vídeo ya da pistas de que es así. Cuéntame más.

—Todavía no he visto mucho, pero, de lejos, se aprecian los bares, dos piscinas enormes y lo que más me gusta; que además de tener la playa muy cerca, el *resort* está rodeado de naturaleza. ¿Qué me dices de las palmeras?

—Te odio, quisiera estar allí —protesta, liberando una carcajada. La chica de pelo azul es muy risueña—. Bueno, sigue inspeccionando y no te olvides de nosotros. Enséñanos hasta de qué color es el agua de allí.

—¡*Cristalinaaaa!* —canturreo para picarla—. Ahora te mando una foto, estaré tomando el sol y con un mojito en la mano. Será en una de esas hamacas enormes y...

—¡Calla, no seas mala! —protesta entre risas—. Disfruta, te lo mereces.

—Gracias, os hablo un poco más tarde.

—*Bye*, cariño.

Corto la llamada, saboreando lo poco que me queda del bombón de licor y entro en el baño. «Igualito que el de mi piso alquilado», pienso con ironía. Bueno, tampoco me puedo quejar, en breve seré propietaria de una casita en las afueras de Madrid y construida a mi antojo. Uno de mis grandes sueños.

La constancia es una de mis virtudes, pues cada día tengo más claro que los sueños se trabajan. No siempre es cuestión de suerte.

—Menudos pelos —murmuro al verme en el espejo.

Libero el moño mal hecho que llevo y atuso mi cabello tintado de rosa. La melena no es muy larga, justo por debajo de los hombros y lacia, aunque ahora mismo soy como una leona debido al encrespamiento. Mi cara tampoco tiene la mejor pinta. El rímel está corrido y ha apagado completamente el característico brillo de mis ojos grises.

Me quito los aros de las orejas, las pulseras de tela que ocupan mis finas muñecas y me deshago del cómodo atuendo que he escogido para el viaje. Así soy yo: sencilla. Aunque, normalmente, no paso desapercibida por mi especial estilo. Hay quien lo llama *choni*, yo odio las etiquetas y los prejuicios.

Bueno, con «algunos» las etiquetas son inevitables, también los prejuicios. Cuando te hacen daño gratuitamente... no puedes olvidarlo.

—No empieces, Anahí —me regaño.

Pongo música *zen* en el móvil y sin más preámbulos, entro en el jacuzzi. Madre mía, me quedo en la gloria con las burbujitas revoloteando a mi alrededor. Sería fácil acostumbrarme a esta vida tan solitaria. Me pasaría las horas relajándome. Imaginándome el futuro. Soñando despierta.

Incluso he de acabar antes de lo previsto porque doy una cabezadita. Salgo, obviando las ventanas que podrían desvelar mi desnudez a algún curioso, me pongo el albornoz negro, me enrolla la toalla en la cabeza y voy a la terraza. El sol apunta directamente a mis ojos. Qué sensación. Es inexplicable.

¿Por qué he tardado tanto en invertir tiempo de calidad en mí?

—Voy a por un par de cervezas, no tardo. —¡No! Me cuesta tragar y no por el comentario sobre la bebida, más bien por quién lo ha pronunciado. Miro lentamente hacia la terraza contigua, la de la derecha. Y sí, ahí está. La respiración se me acelera cuando nuestras miradas se encuentran—. ¿Anahí?

Capítulo 2

Tres razones para huir

—La misma —susurro con un hilito de voz.

—Cuánto tiempo —murmura Bruce, está tan sorprendido como yo.

—Sí, demasiado.

—No esperaba encontrarte aquí —reconoce, pellizcándose el puente de la nariz—. No coincidimos en Madrid, pero sí a miles de kilómetros.

—Ya es casualidad, sí...

—No eres la primera persona de la capital que me encuentro.

—No te creo —replico, hundiendo los hombros.

—Supongo que ya te irás cruzando con conocidos. ¿Todo bien? —Asiento, cubriéndome el cuello con la tela del albornoz. Sus ojos me recorren, incomodándome. Entonces una voz femenina grita su nombre—. Tengo que irme, mi chica está esperando las cervezas que le he prometido.

—Claro, hasta otra.

Hace un gesto con la cabeza y emprende la marcha, metiéndose las manos en el bolsillo del refinado y veraniego pantalón que viste.

Está serio y no creo que se deba a nuestro encuentro. Él era así, cautivaba precisamente por el misterio que lo envolvía, esto era debido a su carácter tan seco e introvertido. Reconozco que ha removido algo en mi interior. No nos veíamos desde hace tres años y me ha impactado su presencia.

No es alguien fácil de olvidar, no para mí.

Se llama Bruce Weber, suizo, pero lleva viviendo en Madrid desde su adolescencia. En aquella etapa nos conocimos. Mi primer amor, mis primeras veces. Dos años juntos, sin embargo, nuestros caminos se separaron cuando él eligió la carrera de arquitecto, ahí cambió todo, incluso sus amistades. Tiene veintinueve años, tres más que yo. Metro setenta, rubio y de ojos azules.

El típico que no pasa desapercibido. Es impresionante.

Cuántos recuerdos de repente.

¡Vaya inicio de vacaciones! Estoy temblando, abrumada.

Resoplo con dificultad y regreso a la habitación. He de mantener la mente ocupada, me conozco y es lo más prudente. Aun así, las dudas me asaltan, ¿he hecho bien en venir? ¡Maldita casualidad!

Abro la maleta y escojo un atuendo, no es muy distinto al anterior. *Top* sin tirantes, con corte de palabra de honor y *shorts* algo rotos. El cabello suelto, para que lo seque la suave brisa. *Eyeliners* marcados y labios color cereza. Me perfumo con *Cloé* y no me calzo mis inseparables deportivas; prefiero ir descalza. Me cuelgo la mochila, cargándola con lo necesario y decido salir a dar un paseo. Necesito despejarme, sé que andar por la playa me vendrá bien.

Son demasiadas emociones en un día. ¡En un rato!

Lo peor es saber que, a este paso, podré coincidir hasta con mi vecina.

¡De locos! Le expliqué a la agencia que buscaba soledad y me han engañado como a una idiota, todo por ganar más comisiones.

Eso sí, no me vuelven a ver el pelo jamás. Ya estoy rezando por no encontrarme con demasiada gente de Madrid. Es cierto que a la mayoría solo los conozco de haberme cruzado con ellos de fiesta, por lo que tampoco me cohibieran aquí. Aun así, hubiera preferido pagar más y que esto no sucediera.

—Mateo —digo en cuanto mi amigo descuelga el teléfono—. No te vas a creer lo que tengo que contarte.

—A juzgar por tu voz, diría que no parece gracioso. Dame un segundo, voy a darle de comer al cachorro, que luego Ada me echa la bronca.

—Vale, ya sabes cómo se las gasta tu novia si se trata de Lala.

Él se echa a reír y yo me detengo en un llamativo puesto de helados, pues tiene forma de galleta gigante. En mi línea, me pido el más empalagoso, con chocolate blanco, negro y de leche. También avellanas y nueces. Me pongo los *Airpods*, pago al amable y guapo dependiente, y pruebo la delicia.

Mmm, se me dilatan hasta las pupilas.

Qué sabor y qué bonito paisaje para degustarlo. Camino por la agradable arena de la playa, una suave, fina, sintiendo cómo se adentra entre los dedos de mis pequeños pies. ¡Un segundo! ¿Es Bárbara Cruz la que está tomando el sol a escasos metros? Sí, es ella. Una conocida de mi hermana...

Perfecto, ya tiene correspondencia a miles de kilómetros. ¿Alguien más? ¿Dónde está la cámara oculta? Finalmente, termino sonriendo, ¿qué opción me queda? A pesar de todo, no puedo ser más feliz. Ya me enfrentaré en otro momento al hecho de que el hombre que casi me enamora está a pocos metros y, de que más cerca incluso, se encuentra el que fue mi primer amor. Es surrealista y lloraría de haberme sucedido meses antes... cuando más débil estaba. Ahora soy más optimista y fuerte. He aprendido a relativizar y a darle importancia a lo necesario. Ya no me anticipo a los hechos ni sufro por lo que «podría» suceder a corto plazo. He madurado tras un inesperado desengaño.

—Ya estoy, cuéntame —dice Mateo por fin.

Dejo de comer helado y me detengo en mitad de la playa. ¡Es preciosa!

—Te pongo en situación —le cuento pausadamente, dándole un toque de intriga al relato—. Vengo a desconectar después de duros meses trabajando, no en cualquier trabajo, sino como maquilladora de *celebrities*, ¿no?

—Sí, esa ha sido tu excusa para irte sola. O eso nos has hecho creer.

—Estoy harta de no tener tiempo para mí, de las críticas, tanto en lo profesional como en lo personal. Harta del mundo en general. No os he mentado.

—Al grano, Anahí —me regaña, impaciente.

—Ahí va la bomba. —Me muerdo el labio, negando con la cabeza. Es una locura—. Me he encontrado con Yago, sí, el hombre que casi consigue llevarme al lado oscuro. Al del amor y la ilusión.

—Estás bromeando —espeta y casi puedo imaginar sus ojos marrones y saltones muy abiertos—. Habla, Anahí.

—Va en serio. ¡Ojalá fuera una vacilada! Pero atento, ahí no acaba la cosa. Justo en la villa de al lado... está instalado Bruce.

—¿Bruce? —Su reacción es la esperada, me divierte—. ¿*Tu* Bruce?

—Sí, estoy nerviosa y hasta temblando.

—No es para menos. ¿Y ahora qué vas a hacer?

—¡Ay! —grito al recibir un pelotazo en mi trasero respingón.

—Joder —mascullan muy bajito detrás de mí, apenas es un susurro. ¡Será idiota! Me doy la vuelta para encararme, pero entonces siento como si hubiese entrado en un bucle sin salida. Se repite la maldita escena. ¿¡Cómo es posible!?! Creo que voy a desmayarme. ¡No puede ser verdad!—. ¿Anahí?

La misma pregunta por tercera vez y ya ni siquiera me ayuda mi traicionera voz, pues no soy capaz de responder. No, no me salen las palabras.

El helado termina estampado contra la arena y yo suplico que esta conspiración se trate de una mera pesadilla. Es Derek, ¡Derek!

Iba tan ensimismada en la conversación que no lo he reconocido y no, no ha tenido nada que ver el tono tan bajo que ha empleado, el solía susurrarme así, en la intimidad, mientras me hacía el amor. De no estar distraída, lo habría calado enseguida. Ciertamente tampoco se me ha ocurrido que podría estar aquí, quizá sea ingenua a estas alturas. ¡Quiero llorar! Para colmo, se instalada una presión en mi pecho, una que desapareció hace meses.

—Eh, ¿estás ahí? —se preocupa Mateo.

—Luego te llamo —consigo vocalizar, cortando la conexión. «¡Reacciona, Anahí!», me regaña, intuyendo lo que pensará el creído de Derek y sus dos amigos, Germán y Suso. Finalmente me recompongo, ya que me ha dejado muda. Y murmuro de muy malas maneras—:

Ten más cuidado, imbécil.

—¿Todavía guardándome rencor, nena?

¿¡De qué va!?! Desde que rompimos, es la primera vez que se dirige a mí con esta desvergüenza. A pesar de que es su personalidad, después de su traición se ha mantenido cauto y distante, así se lo exigí.

¿A qué viene este cambio? ¿Por qué no se mantiene en la misma línea?

¡Lo odio! Sí, es él.

El mismo que me engañó con una despanpanante modelo. Fotógrafo de profesión, de carácter chulesco y sonrisa cautivadora. Treinta años, estadounidense, media melena y ondulada; aunque la suele llevar recogida, como ahora. Moreno y de ojos verdes. Su piel es bronceada y llena de tatuajes, solía tener la barba larga, ya no. Adora los colgantes, las pulseras de cuero y las motos. Tiene un estilo *hippie*, así lo llama él, yo me decanto por desenfadado e informal. Derek Brooks. El cerdo que me rompió el corazón la última vez.

—¿Te ha comido la lengua el gato, Anahí? Es raro, pues hablas incluso sola. ¿O ya has perdido esa tonta costumbre?

—Vete a la mierda —siseo entre dientes.

Lo dejo con la palabra en la boca, aunque no parece importarle, ya que oigo su burlona risa mientras salgo corriendo hacia el hotel. No quiero volver a verlo, ya se lo dejé claro. ¡Mi paraíso se ha convertido en un infierno!

Tres nombres, Yago, Bruce y Derek... Tres razones para huir de aquí.

Capítulo 3

Un sabor que no reconozco

Voy tan deprisa que, a punto de entrar en mi villa —por la zona de la terraza—, impacto contra alguien y caigo de espaldas. Se me escapa un gemido resignado, ¿puede acabar ya la maldita mala suerte que me acecha hoy? Entonces, una mano grande y ruda se posa delante de mis ojos para ayudarme, y de paso; así dejo de hacer el ridículo.

¿El problema? No es cualquier mano.

La acepto, aunque no sé si es buena idea. No se trata de otro que de Bruce. La piel se me eriza pese al insignificante contacto.

Al incorporarme, choco con su cuerpo, pero enseguida me alejo. Es un poco más alto que yo y he de mirar hacia arriba. «Madre mía».

—Gracias —balbuceo, nerviosa, soltándome y sacudiéndome el pantalón.

—¿Estás bien? —pregunta con esa voz tan seca y ronca.

—Sí, sí, no te preocupes.

—¿Cómo te va todo, Anahí? Hace mucho que no sé de ti. —Lo observo fijamente y se me escapa una tonta sonrisa. Él ladea la cabeza, esperando que le cuente qué es lo que me divierte—. ¿Qué piensas?

Hago un aspaviento y añado:

—Está siendo un viaje algo accidentado, no me hagas caso.

—¿Puedo saber por qué?

Me encojo de hombros.

Quizá no es razonable desahogarme con uno de los culpables de mis ganas de desaparecer de aquí, pero tengo la necesidad de expresar cómo me siento. Así, sin más. Me planteo incluso cancelar las vacaciones.

—Digamos que he coincidido con personas que no esperaba —confieso, sin ser capaz de mantenerle la mirada—. Y estoy un poco incómoda.

—¿Por mí? —inquire sin rodeos.

—Bueno... Hay variedad...

—¿Alguien te está molestando?

—No, no, ya me conoces y no lo consentiría —replico, abanicándome con la mano. Sus facciones se tornan más duras—. Imagínate, por aquí está un lío muy reciente, pero no es todo, también un ex con el que acabé muy mal.

—Y yo me sumo a la lista —completa la frase con evidente sarcasmo. Asiento, mordiéndome el labio inferior—. Ven y hablemos.

—¿Qué? —pregunto, entrecerrando los ojos.

—Pasa a mi alojamiento. Mi chica se ha ido de ruta y no sé cuándo regresará, además, no creo que le moleste. No tiene por qué.

Lo dice tan convencido que me sorprende.

—Bueno, igual no le agrada encontrarte con tu ex —expongo, dubitativa.

—Fue una chiquillada, Anahí, lo entenderá —aclara y sin saber por qué, hiere mis sentimientos. ¿No significué nada en su vida?—. Adelante.

Tal vez no debería, pero todavía en trance por los últimos acontecimientos, sigo sus pasos y en segundos estoy dentro del apartamento. ¡Guau! Ni de lejos se parece al mío. Es bastante más grande, diría que demasiado para una pareja. Si se lo proponen, podrían campar a sus anchas sin cruzarse siquiera. Supongo que se lo pueden permitir, recuerdo cuánto le encantaba derrochar al suizo.

—¿Quieres tomar algo? —me pregunta, humedeciéndose los labios.

«Qué calor».

—Sí, un poco de agua con limón, por favor —musito, sentándome en un extremo del amplio sofá. Es de tela, blanco.

—Buena elección. Agua con sabor ácido.

Su comentario me llama la atención, no obstante, lo obvio tan rápido como reflexiono sobre lo que estoy viviendo en Punta Cana. Y esto es solo durante las primeras horas, que es el tiempo que llevo aquí. Es un poco precipitado tomar decisiones, pero las circunstancias me están desbordando y no sé si podré soportar tanta tensión durante la semana. Me siento fuera de lugar.

—Ponte cómoda —ordena Bruce, aflojándose el nudo de la corbata.

Me quito la mochila, la dejo sobre el pulcro y blanquecino suelo y me cruzo de piernas, acariciándomelas sin saber qué hacer. Los nervios no me permiten estar quieta, sobre todo, cuando el rubio se sienta a mi izquierda y me mira fijamente, intimidante. Enseguida le quito el vaso de las manos y bebo, aunque sin saciarme. Tengo la boca más seca que un zapato y la sensación de que me cuesta hablar. Incluso respirar. El viaje acaba de empezar y parece que llevara días fuera de casa. Espero que el destino me dé una tregua.

—Háblame un poco de ti —me pide con aparente calma y me dedica una sonrisa fugaz. Infartando en tres, dos... Es guapísimo. Sus facciones son perfectas, siempre me ha recordado a Leonardo DiCaprio—. La última vez que coincidimos fue en un evento importante. Sigues maquillando a famosos, ¿no?

—Sí, trabajo no me falta. ¿Y tú qué tal?

—Monté mi propia empresa y no me puedo quejar. Hace tres años conocí a Daniela y tengo

una vida muy estable —confiesa con orgullo y da un sorbo a lo que sea que él se haya servido. Es rojo—. ¿Has venido sola?

—Sí, esa era la intención, pero hay demasiadas caras conocidas. Así es difícil desconectar. Me sentía más libre cuando aterricé —confieso con total sinceridad—. La agencia ha hecho bien su trabajo...

—Era una buena oferta —dice con sorna—. ¿Cómo está tu familia?

—Bien, gracias. —Bajo la mirada, contrariada. ¿¿Qué hago aquí!?! Es Bruce, ¡Bruce! El chico del que me enamoré perdidamente y cuando apenas empezaba a convertirme en mujer. Me he preguntado cientos de noches qué hubiese pasado de haber continuado juntos, pues no resultó fácil aceptar que no sería el hombre de mi vida—. Bueno, quizá debería irme.

—¿De repente?

—Esta situación es rara —reconozco con un sonoro suspiro.

—Ya, si necesitas con quien hablar, recuerda dónde estoy.

—Tu novia...

—Mi novia sabe de tu existencia, incluso le he contado el encuentro de hace un rato y no le ha dado importancia —asegura, tajante.

—Entonces, ¿tan poco significué para ti? —replico, sin poder morderme esta lengua que tantos problemas me ocasiona—. Perdona que sea tan directa.

Me quita el vaso de las manos, sin apenas rozarme y lo deja junto al suyo; en la mesa que está a escasos centímetros de nosotros. Pronto repara en mi dirección, con esa intensidad que me aceleraba y que lo sigue haciendo. Después de tanto tiempo, no pensé que pudiera suscitar algún tipo de efecto en mí. Es muy extraño y fuerte. Hoy estoy reviviendo muchas cosas.

—Fueron dos años bonitos —masculla, pensativo—. Pero pasó hace mucho y lo recuerdo como algo natural. Un amor de adolescentes, que empezó y terminó en el momento preciso. Tomamos caminos diferentes y no había posibilidad de más. Necesitábamos vivir y conocer gente.

—Visto así —admito, asintiendo y dándole la razón—. Aunque te mentiría si te dijera que no he pensado en ti. Fuiste mi primer novio. Contigo experimenté muchas de mis primeras veces.

—Lo sé, también fui el primer hombre...

—Déjalo, por favor —lo interrumpo con una risilla nerviosa.

—Me cuesta creer que te hayas sonrojado.

—¿Lo he hecho? —Me toco las mejillas; están ardiendo. No puedo caer más bajo ni hacer más el ridículo—. Es por el calor.

—Por supuesto, ¿por qué sino?

Me quedo callada, sin saber qué replicarle o cómo actuar. Algo raro en mí, normalmente tengo salida para todo, pero he de admitir que las emociones del día me están sobrepasando. Mi alegría

se está evaporando y la nostalgia me ha invadido por sorpresa, incluso retrocediendo en el tiempo. A esos dos años en los que tan feliz fui a su lado. En los que las preocupaciones eran mínimas.

«*Stop, Anahí*», me regaño en cuanto recapacito con frialdad.

¿En serio voy a permitir que me fastidien mis deseadas vacaciones? ¡Ni hablar, no estoy dispuesta! De modo que me incorporo, me cuelgo la mochila y doy un paso atrás, pues Bruce se pone a mi altura y se acerca más de lo esperado. O quizá es mi sucia mente que no ve más allá de su cuerpo.

El color negro siempre ha resaltado su atractivo.

—Tengo que irme, me ha encantado volver a verte —me despido con un carraspeo—. Ya coincidiremos en otro momento.

—Sabes dónde encontrarme si me necesitas —insiste, serio.

—Igualmente —añado, aunque dubitativa—. Adiós, Bruce.

—Cuídate, Anahí.

Salgo por la puerta de la terraza, pero cuando estoy a punto de cruzar la de mi apartamento, escucho risas mezcladas. Miro hacia atrás y veo a una chica preciosa, pelirroja y alta. Parece muy risueña y diría que coquetea con el impresionante moreno que la acompaña. En teoría, todo es normal, hasta que Bruce sale y la saluda con un beso en los labios. ¿Es su novia? ¿No le importa la actitud de ella con el chico? El suizo se percató de mi presencia y me ofrece una mirada que no sabría cómo descifrar. ¿Morbosa? Es imposible.

¿Qué está pasando?

—Anahí, no te metas en líos —me recuerdo, dejando atrás la escena.

Voy directa a mi habitación, ya que la cabeza está a punto de explotarme. ¿A qué vienen tantas preguntas y de pronto?

Nunca me ha importado la vida de nadie.

—Que no decaiga ese ánimo —me digo con optimismo.

Enciendo la música para motivarme, pero termino emocionándome con la canción de *Halo*. No quiero ni recordar el porqué.

Sacudo la cabeza y llamo al servicio de habitaciones, he de saciar mi ansiedad con algo de comida. Me recomiendan probar La bandera dominicana, un plato típico de aquí; el arroz blanco es el ingrediente principal y lo complementan con carne guisada, ensalada, habichuelas y plátanos fritos. Es saludable, pero necesito algo más, de modo que añado al menú una tarta de chocolate. Mientras espero en la acogedora sala, me pinto las uñas de mi color favorito que, cómo no, es el rosa.

Una vez me sirven y mientras confirmo que el plato está riquísimo, como ya me habían comentado, leo un mensaje de Ada.

Parece preocupada, supongo que habrá hablado con Mateo.

Mensaje de Ada a Anahí:

Oye, ¿por qué le has colgado así a Mateo, sin dar explicaciones? ¿Estás bien?

Mensaje de Anahí a Ada:

Sí, mañana hablamos. Voy a dar un paseo. Besitos.

Acabo la tarta y mientras tarareo en bucle la canción de Beyoncé, me incorporo de un salto. Quedarme en la habitación sería un error.

Para salir a estas horas, me decanto por el típico vestido veraniego de *crochet*, es blanco; debajo de este, un bikini negro. Sandalias de dedos y maquillaje potente. Me recojo el cabello con un pañuelo, me cuelgo un discreto bolsito al hombro y salgo a comerme el mundo. Es justo a lo que he venido.

El terremoto Anahí Sáez ha aterrizado.

Ya está anocheciendo, pero según la información que me han dado al llegar, a diario se celebran fiestas. Junto a la piscina principal y cerca de la playa. Cómo no, mientras llego, escribo a mis padres. Ponen el grito en el cielo, alegando que solo me comuniqué con ellos a través de mensajes. ¿¡Qué esperan!?! Está la diferencia de horarios, aunque no es excusa.

¿Qué parte de que he venido a *desconectar* no entienden?

Me gusta ser independiente, libre. Odio dar explicaciones.

—Un mojito cubano, por favor —le pido al camarero, ya en la barra.

—Enseguida.

El ambiente es increíble. La zona está repleta de gente, hay luces de colores que se reflejan en el suelo y música en directo.

¡Esto sí que es vida!

Recibo mi mojito con lima y menta y, entre contoneos, voy directa a la pista de baile, a la que se encuentra más cerca de la playa. No me importa estar sola, sé que la noche no la acabaré de la misma manera. Soy bastante sociable, suelo entablar conversación rápido. Mientras tanto, disfruto de la soledad que también necesito. Del olor a mar. Es maravilloso sentir cómo la suave brisa juguetea con mis mechones, los que se han soltado de mi desordenado moño.

—Oh, perdón —se disculpa una chica que pasa por mi lado, va acompañada por otras dos iguales de impresionantes que ella. De piernas infinitas y miradas de un azul precioso. ¿Las conozco?—. ¿Te he manchado?

—No, apenas he notado el roce —respondo, sonriendo.

—Soy Lisa —se presenta ella. Es la más rubia de las tres. Diría que son hermanas. A cuál con el vestido más elegante, aunque recatados—. ¿Y tú?

—Anahí —digo, levantando el mojito para brindar a su salud.

—Hola, mi nombre es Cintia —interviene la siguiente—. ¿Estás sola?

«La pregunta del millón». ¿Tan raro es?

—Sí, pero por decisión propia —aclaro con entusiasmo.

—Toda una aventurera —comenta la última—. Yo soy Melania.

—¿Hermanas? —indago, saliendo de dudas.

—Es imposible negarlo —reconoce la tal Lisa—. Además, trillizas.

Todas nos echamos a reír y como si no acabáramos de conocernos un minuto antes, nos ponemos al día sobre lo que nos está resultando nuestra breve estancia aquí. También acaban de llegar. Mientras hablamos, recuerdo por qué me son familiares. Viven en Madrid, son estudiantes, coincidí con ellas cuando salía de la famosa agencia de viajes. A estas alturas no me sorprende nada, al revés, no solo estoy curada de espanto, sino expectante.

Un detalle curioso de ellas y que me llama la atención, es que no se separan ni para ir al baño. Son tímidas y quizás están un poco perdidas. Sí, han dado con la persona indicada para encontrarse, olvidarse de los prejuicios y vivir unos días inolvidables; pienso con diversión.

—Anahí, cuida... —Lisa no termina la frase.

—¿Puedo acompañarte? —me susurran en el oído, paralizándome por un fugaz segundo—. Sabía que te encontraría aquí. Eres una fiestera.

Se me escapa una carcajada, sobre todo por las expresiones escandalizadas de las hermanas. No entienden mi receptivo comportamiento con el hombre que ha aparecido de la nada, por lo que enseguida les guiño el ojo.

No tardan en captar el mensaje.

—Ah, bueno, nosotras nos vamos —comenta Melania, empujando con suavidad a sus hermanas—. Hasta mañana, Anahí.

Las trillizas ni siquiera me dan la oportunidad de hacer las presentaciones pertinentes, pues enseguida se han marchado. Yago no pierde el tiempo y me rodea desde atrás, por la cintura. Yo no detengo mis movimientos al ritmo de la versionada canción *Fight Song*, su letra es preciosa y reivindicativa.

El moreno me besa el cuello, obligándome a arquearme. Sé que esto es un error, que el hecho de volver a sentirme tan cómoda con un hombre no es bueno para mí, pero esta noche no quiero preocuparme por ello. Quizás las ganas de sexo no me permiten pensar con claridad. No lo sé. No me he liado con nadie desde que hui de él y mi cuerpo reclama volver a sentirse vivo, entregarme al placer que sé que Yago me proporcionará.

—¿Y si salimos de aquí nosotros también? —me propone, lamiéndome el lóbulo de la oreja. Gimo, tentada a aceptar, aunque una parte de mí me recuerda que he de ser sincera—. ¿Vienes?

—Depende —ronroneo.

—¿De qué?

—No estamos buscando lo mismo —afirmo con un suspiro, mirándolo por encima del hombro. Está muy elegante, con camisa de botones, pero sin chaqueta ni corbata—. En el fondo, sabes el motivo por el que desaparecí.

—Sí. Pero ¿por qué das por hecho algo sin preguntar? —Roza su nariz contra la mía, tierno, mimoso. Aguanto la respiración, apretando las piernas debido al calor que noto entre estas—. Quizás no sabes todo de mí.

—Yago...

—Dame unos minutos —susurra y chupa muy despacio mi labio inferior. Me tienta. Sabe a mojito con lima—. No tardo, bombón.

Las rodillas me tiemblan cuando él se separa, aunque alarga los segundos hasta liberarme completamente. Le cuesta alejarse y yo tengo una sensación parecida. Supongo que las palabras sobran después del íntimo acercamiento que acabamos de compartir. Mi cuerpo prevé lo que sucederá y dónde acabaremos, pese a las dudas. Sin embargo, el calor ya se ha apoderado de mí y no hay marcha atrás. En este viaje me he propuesto vivir al límite, como me juré que haría cuando me recuperé de la ruptura y, aunque no siempre he cumplido, aquí no me fallaré. No pienso desperdiciar ni un instante.

Voy a la barra, dejo el vaso y me pido otro mojito. El camarero me sonrío y cuando me sirve, me da una nota. Es muy discreto.

Te espero en la puerta que encontrarás al final de tu pasillo. Ignora el cartel de «prohibido».

El corazón me bombea a una velocidad de vértigo. ¿Y esto? Me bebo el mojito de un trago y releo la nota. Es una clara invitación a pasar un buen rato, aunque percibo algo más. *Quizás no sabes todo de mí*, acaba de decir Yago.

¿Se ha propuesto enseñarme su lado más oscuro? Si jugamos a ser traviesos, no seré yo quien se niegue. El morbo me puede, también la curiosidad y el misterio que proyecta con sus escuetas palabras. Solo espero mantenerme fuerte, no quemarme con fuego antes de que acabe esta aventura.

¿Qué puede cambiar en seis días?

Tengo claro que no será más que sexo y ya he sido bastante sincera en ese aspecto, tanto como me hubiera gustado que fuesen conmigo.

¿Dónde está el problema? Sencillamente no lo hay.

Rompo la nota y le guiño el ojo al camarero, agradeciéndole su silencio.

¡Qué nervios!

La temperatura sube a medida que camino y con paso firme —o lo que me permiten los

mojitos— hacia la zona «prohibida».

La adrenalina recorre cada centímetro de mí y vuelvo a temblar.

Cuando llego a la dirección indicada, tengo mis dudas y miro hacia ambos lados del pasillo. Todo está desierto. Me plancho el vestido con las manos, aunque no tenga sentido, este tipo de tejidos no lo necesita. Cojo aire y doy un suave toquecito en la puerta blanca. Un segundo después estoy dentro.

Entonces ya no hay más que oscuridad, que un cuerpo durísimo empotrándome contra la pared y un sabor invadiendo mi boca.

Un sabor que no reconozco...

Capítulo 4

Fresas

—Yago —gimo contra su boca y noto cómo mi bolsito cae al suelo.

—Chis.

No solo me silencia, sino que me inmoviliza las manos por encima de la cabeza, dejándome a su merced. No tengo opciones para poder moverme, aunque, sinceramente, tampoco lo necesito. Me gustaría tocarlo, rodearlo por el cuello y besarlo con la misma posesión que él a mí, pero reconozco que me gusta esta actitud. Es la primera vez que Yago me muestra su lado más salvaje.

Parece muy ansioso, quizá demasiado.

Su lengua juguetea con mi boca sin piedad. Lame y chupa, contagiándome su ansiedad. Derritiéndome cuando llega a la zona del mentón, hasta detenerse en mi fino cuello. Huele de maravilla. Y aunque no se me dé bien identificar los perfumes, adoro los que son penetrantes.

Ese inconfundible olor a hombre es una de mis debilidades.

Me arqueo y permito sin pudor que, con su mano libre, me acaricie la cintura, descendiendo hasta el trasero. Ahí se toma su tiempo antes de seguir avanzando, pero mi parte más impaciente suplica sentirlo ya dentro de mí.

—Por favor —consigo decir.

Vuelve a mis labios, mordiéndolos, obligándome a mantenerme en silencio. Mis gemidos a estas alturas no son moderados, su respiración tampoco. Es fiero, brusco. Sobre todo, cuando posa la mano en mis pechos y juguetea con mis ya excitados pezones. Estoy a punto de perder la razón.

—Yago —imploro con un hilo de voz y chupo su lengua con sensualidad.

—Chis —insiste y deja de tocarme.

Ya no hay caricias ni besos.

Un segundo después entiendo el porqué. Coloca algo cerca de mis húmedos labios, solo para que adivine qué es. Advierto por su forma y tacto que se trata del envoltorio de un preservativo. No puedo más. La presión que ejerce su masculinidad contra mí... me da una ligera idea de cómo se encuentra. Yo no estoy menos necesitada.

Cuando escucho cómo rasga el plástico, apoyo la cabeza contra la pared y ahogo un grito al intuir que se desabrocha el pantalón.

Pronto está montándose sobre su cintura. Echa la braguita del bikini a un lado y me penetra

de una forma violenta, desesperada.

—Joder —creo que susurra, apenas es un siseo.

—N-No te detengas —suplico entre gemidos.

Arremete con fuerza, me embiste como si estuviese fuera de sí, primitivo, desesperado. Y yo me muevo a su compás, yendo a su encuentro en cada dura y rápida embestida. Enloqueciendo cuando hunde su rostro en mi cuello y, con su lengua, recorre mi piel desnuda, arañándome a su vez con la incipiente barba. Siento su aliento y ese sabor a fresas, el que por momentos me descoloca. Pero él hace que me olvide de todo cuando su hombría invade mi receptivo interior.

Así una y otra vez.

Una más.

Dentro, muy dentro.

Me hace suya con una pasión que desborda, con un deseo que estremece.

—No pue...

Mi frase queda suspendida en el aire.

Pues Yago interpreta mi urgente necesidad de llegar al orgasmo, sí, sin más dilación, aunque sea pronto. Con sus eróticos movimientos propicia que me contraiga y abandone el control. El placer es insoportable, son demasiados días sin sexo y cada milímetro de mí muere por liberarse.

Cuando lo hago, siento que me desintegro entre sus brazos.

Recibo de nuevo su boca, que me reclama para beberse mis jadeos descontrolados. Los suyos no se unen, se domina. No es tan irracional como yo. No habla, tampoco gime. Solo se puede oír su respiración. Hay contención mientras estalla y entre interminables sacudidas, llega la última estocada. Una estocada brutal. Acompañada por un último beso.

Uno obscuro, fogoso, intenso.

Ese extraño y excitante sabor a fresas ha quedado impregnado en cada parte que Yago ha besado o lamido.

No solo en mis labios, también en mi piel.

¿Por qué no se ha mostrado así hasta hoy?

Ante este silencio que empieza a superarme, Yago me ayuda a bajarme de su cintura. También me suelta las manos y me masajea las muñecas por si ha causado algún daño, incluso deposita un sensual beso en ellas. Estoy sin aliento, admito que, si su intención era sorprenderme, lo ha conseguido con creces. No, no tengo palabras para expresar lo que he sentido esta noche.

—¿No vas a decir nada? —coqueteo, intentando tocarlo.

Entonces me da la vuelta, me cuelga el bolsito en el hombro, abre la puerta y antes de que pueda girarme para ver su satisfecho rostro, ya ha cerrado.

Suspiro, todavía temblando. ¿Qué acaba de suceder? Nunca pensé que Yago podría ser tan misterioso y dominante en la intimidad.

Estoy confusa, pero lo peor es que quiero más que este furtivo encuentro.

«¿¡En serio, Anahí!?».

Me recoloco el vestido y tratando de ordenar mis pensamientos, me dirijo hacia la playa. Allí me siento, sin saber por qué lo hago, quizá son los nervios, el desconcierto, no lo sé, pero necesito reflexionar e inspirar un poco de aire fresco. Estoy en *shock*.

A lo lejos suena la música, también oigo las risas y las conversaciones a gritos. Mi propósito de vivir el momento en este viaje se tambalea. Y aunque atribuyo cualquier tipo de culpa a lo que acaba de suceder, no es así del todo. Pero no me puedo permitir pensar en *ese* otro motivo, con Yago ya es suficiente. La inseguridad regresa a mí. La sensación de anhelo me sorprende. Ahora mismo quisiera que mis amigos estuvieran aquí y poder contarles el cacao mental al que me enfrento, pese a no tener sentido. Me siento plena, no ha habido nada romántico, al revés, el morbo ha estado presente, algo que busco desde que recompuse mi corazón hecho añicos.

¿Y qué hay de la complicidad...? Ha existido, también la conexión.

Ni siquiera ha sido necesario hablar. ¿He cometido un error por dejarme llevar con Yago? Esto no entraba en mis planes.

Sé que en España es de madrugada, pero he de desahogarme. Ada y Mateo tendrán silenciado el grupo, no así mi otro paño de lágrimas, Pablo.

Mensaje de Anahí:

Chicos, supongo que estaréis dormidos. Esto es muy fuerte. Me acabo de liar con Yago. Sé que dije que nunca más, pero ha sido inesperado, espontáneo y raro a la vez.
Creo que es peligroso, ahora me gusta incluso más. ¡Quiero llorar!

Mensaje de Pablo:

Me pillas en mal momento, hay una chica en casa, pero, óyeme, disfruta, no eres fácil de enamorar, ya no. No sucederá. No le des vueltas. Llena tu estómago, date una ducha y duérmete satisfecha en todos los sentidos. Así se te pasa la tontería, a mí me funciona.

Mensaje de Anahí.

Uh, siento interrumpirte. Me da miedo que se me vaya de las manos, aunque ahora que me leo, ¿he dicho miedo? Me prometí que esa palabra no existiría más para mí. Tienes razón, he aprendido a controlar mis sentimientos y a diferenciar entre el amor y el sexo.

Le dejaré claro que, una vez me marche, no quiero volver a saber nada de él.
Repetir no es sano, no si huyes de Cupido. Gracias, amigo, ¡disfruta!

—¿Ves? No es para tanto, Anahí —me recuerdo más calmada.

Me incorporo con las ideas ya claras y hago caso a Pablo. Busco un puesto de comida rápida, compro una hamburguesa con verduras y sonriendo, recorro en esta ocasión el camino de piedras, no el de madera.

Creo que ya me va abandonando el sabor a fresas, ¿no era mojito con lima lo que bebía el moreno? Me encojo de hombros, restándole importancia. Me centro en la hamburguesa. El último mordisco se atasca en mi garganta cuando miro al frente. Tiene que ser una alucinación.

¿Yago me espera en mi terraza?

¡No pienso pasar la noche con él! Por hoy ha sido suficiente.

Tiene la cabeza gacha, está pendiente del móvil. Al oír mis pasos por los ruiditos de las piedras, mira enseguida y resopla al verme.

Parece aliviado. ¿A qué viene esto?

—¿Estás bien? —pregunta, corriendo hacia mí. Entrecierro los ojos, buscando los suyos. ¿Sigue jugando?—. ¿He hecho algo mal?

—¿Qué? No, claro que no. ¿De qué hablas?

—¿Y por qué has desaparecido repentinamente?

Sí, quiero pensar que forma parte del juego. De lo contrario, su reclamo no tiene ningún sentido. Ha sido él mismo quien me ha abierto la puerta, incluso antes de que pudiera despedirme. Aun así, justo ahora, tengo la absurda sensación de que se me escapa algo. Pero ¿qué?

Me examina de pies a cabeza sin cesar.

—Llevo aquí una hora, esperándote —dice, preocupado, y señala hacia la mesa que hay en la terraza. Dos mojitos con lima la ocupan. ¡Lima!—. Te he dejado claro en la fiesta que volvería enseguida.

—¿Q-Qué? —balbuceo a punto de desmayarme.

—Sí, he ido a pedir que organizaran mi habitación y no he vuelto a saber de ti. He creído entender por tu receptividad... que aceptabas mi propuesta.

No sé qué responder. Siento que la sangre abandona mi cuerpo. Me cubro la boca con las manos y contengo el aliento. Su atrevida actitud, su forma de adueñarse de cada uno de mis sentidos mientras me hacía suya, el sabor a fresas... Indicios que no he querido ver, pues otros eran similares. Su duro torso, la altura, los incipientes vellos de su barba arañando mi piel.

«No puede ser».

Si no era él, ¿con quién me he liado?

Capítulo 5

Demasiado bonito para ser verdad

Yago me observa, esperando mi respuesta, algo que sabe que no soporto: dar explicaciones. En esta ocasión... tampoco las tengo. Y he de asimilar lo que ha sucedido hace escasamente ¿una hora? De modo que inspiro y, con una aparente calma que no existe en mí, le pido:

—Mañana hablamos, por favor.

—Anahí —me reclama, levantándose el mentón con el dedo índice. Repasando mi rostro con su mirada—. ¿Has estado con alguien ahora mismo?

—¿A qué viene esa pregunta? —replico, incómoda.

—Solo quiero saber la verdad, necesito que seas sincera.

—Lo he sido esta noche, no busco nada serio. Yago, hoy han sucedido cosas que no sé ni cómo explicar. Déjame sola, por favor.

Esquivo sus dedos, que acarician mis labios. Se atusa el cabello, inquieto.

—¿Te has liado con otro? Te perdonaré, pero dímelo.

—¿Cómo? No tienes nada que perdonarme, no lo olvides —puntualizo, frustrada—. Estos numeritos sobran. Tú y yo no somos nada. Nunca lo fuimos y no lo seremos. No soy la mujer que necesitas.

—Déjame demostrarte lo contrario.

Cierro los ojos, pero cuando los abro, me ofrece sus manos con la intención de entrelazarlas con las mías. Se lo prohíbo. ¡Solo quiero desaparecer!

—Está bien, será mejor que hablemos mañana. Siento haberte presionado —se disculpa, conformándose. Mi confusión aumenta. ¿¡Por qué se muestra complaciente!?!—. Descansa.

Vuelve a intentar un acercamiento, esta vez no se lo niego. Deposita un sentido beso en mi frente y se marcha, cabizbajo.

«¡No debo sentirme mal por él!».

Ya es suficiente con el problema que tengo. Me he enrollado con un tío al que ni conozco, que no sería la primera vez en mi vida, pero por lo menos le ponía cara y sabía con quién mantenía relaciones sexuales.

¿Cómo he sido tan ingenua?

Cabreada conmigo misma, entro en la villa y me voy desnudando a mi paso. Necesito ducharme, borrar las caricias que un desconocido se ha atrevido a abandonar en mi piel. Pero las sorpresas no acaban. Según cruzo el baño, me encuentro con el espejo y mi imagen da pena.

Ya entiendo la pregunta de Yago. ¡Quiero gritar!

Tengo el labial corrido por la comisura de los labios. El cabello está completamente desordenado, no queda nada del moño; el pañuelo apenas cuelga de un mechón. Es tan obvio lo que he hecho.

Y he de descubrir con quién.

Apenas he pegado ojo en toda la noche. Una noche larga y confusa. He estado machacándome y repitiéndome lo inconsciente que he sido, hasta que he recordado el porqué he viajado tan lejos. No quiero sentirme juzgada y menos por mí misma. No me he comportado bien, no, tendría que haberme cerciorado de que se trataba de Yago, también era difícil imaginar lo contrario. Ha sido un error, de acuerdo, pero ¿puedo enmendarlo? La respuesta es evidente: no, entonces para qué torturarme.

No gano nada y no estoy dispuesta a perder mi tiempo llorando, ya no quiero comportarme como hace unos meses. Aquella Anahí quedó atrás, con la estúpida idea de que el amor verdadero existía.

Son las diez de la mañana, martes, mi segundo día de vacaciones, aunque el primero que amanezco en Punta Cana.

Me encuentro en la habitación, sentada sobre la cama y desayunando o haciendo el intento. He pedido al servicio que me trajeran un variado de frutas y zumo, pues no he amanecido de buen humor. No me apetece coincidir con gente conocida en ninguno de los distintos restaurantes del *resort*. Tampoco tengo mucho apetito y el estómago parece algo revuelto, sobre todo, cuando pruebo las fresas. Los recuerdos me atosigan y llega la gran pregunta.

¿Por dónde empezar a investigar?

Sé que no será fácil, que igual me marchó sin que mi búsqueda sea fructífera, aun así, mi testarudez no me permite darme por vencida.

He de intentarlo.

Termino de un largo sorbo el zumo de naranja recién exprimido, abro la maleta y cojo mi trikini favorito. Es blanco, con un escote de pico hasta casi el ombligo y la espalda totalmente descubierta, dejando poco a la imaginación. Hoy no me apetece maquillarme ni esforzarme con el cabello. De modo que preparo mi inseparable mochila, me lavo los dientes, la cara, y bajo hacia la playa. Ni siquiera miro a mi alrededor cuando alquilo una de las tumbonas que está cerca de la orilla del mar.

Contemplo el horizonte de este paraíso. Y mojándome los pies en el agua cristalina, me echo crema solar. La cabeza me da vueltas pensando en el misterio de anoche. En otro momento de mi

vida habría estado avergonzada, sin embargo, me he resignado. El enfado ha dado paso a la curiosidad y ahora me urge saber quién me hizo sentir tan yo en la intimidad.

¿Cómo es posible conectar con alguien... sin verle?

—Eh, estás aquí. —Suspiro y miro hacia mi derecha. Es Cintia, que cómo no, viene acompañada de sus perfectas hermanas. Son como *Barbies*: finas y delicadas. Incluso traen pamelas—. ¿Qué tal te fue con el chico?

—Es una historia un poco larga —comento, poniendo los ojos en blanco. Como si me aburriera el tema—. Ya os contaré. Mi tumbona es esa de enfrente, dejad vuestras cosas y venid, el agua está perfecta.

Las hermanas están pendientes de nuestra conversación, por lo que, en cuestión de segundos, se han instalado justo donde he señalado con el dedo índice. Parecen contentas de haberme localizado. A decir verdad, a pesar de necesitar soledad, estoy encantada de coincidir con ellas. Son risueñas, simpáticas, tiernas, no sé, tienen algo especial. Quizá demasiada inocencia.

—¿Habéis dormido bien? —me intereso, jugando con mis pulseras.

—Más o menos, no estamos acostumbradas a dormir fuera de casa.

Me inspiran ternura, solamente tienen dos años menos que yo, pero han conocido poco mundo. Lo corroboro cuando se acercan Lisa y Melania, ya que se sitúan a mi izquierda y buscan protección. Les sonrío, pues estoy dispuesta a ser el apoyo que creo que necesitan aquí. A mí tampoco me vendrá mal contar con ellas. Entonces Cintia tira de mi brazo. Se ha sonrojado y susurra:

—Hay un tío detrás y te está comiendo con la mirada. —Me encojo de hombros, quitándole importancia—. Oh, viene hacia aquí.

—Madre mía —dicen al unísono sus hermanas.

—No será para tanto... —Me equivoco, ¡desgraciadamente lo es! Hablan de Derek, al que ni siquiera soporto mirar a la cara. Nadie me ha causado un daño tan profundo como él—. Voy a darme un baño, chicas.

La excusa me sirve de poco. Me lanzo de cabeza antes de que llegue a mí, sin embargo, en cuanto emerjo, el muy idiota está a mi lado. Además, con esa sonrisa burlona, ladeada y terriblemente atractiva. Lleva la melena suelta. Y las ondas de ese cabello que tan loca me volvían; bailan al ritmo del escaso viento. Todo lo que tiene de guapo, lo tiene de cerdo e hipócrita.

Un momento, ¿lleva en la oreja izquierda el pendiente que le regalé? Sí, lo confirmo, lo tiene puesto, es de rosca y negro. ¿Lo ha hecho a propósito?

—¿Qué quieres? —espeto de malas maneras.

—Germán y Suso tienen miedo de saludarte, pero les han llamado la atención las rubias que te acompañan. Quieren que se las presentes.

—Claro que sí, soy tan estúpida que ayudo a tus cómplices a ligar.

—Nena —pronuncia con un tono apenas audible—, ¿todavía con eso?

—No me llames así —le advierto con los dientes apretados—. Vete.

—¿Seis meses no han sido suficientes para que me perdones? —se burla sin ningún pudor—. Sólo puede significar una cosa, que no me has olvidado.

Pongo las manos en jarras, estoy harta de soportar su presencia allí donde voy. Derek, con la desvergüenza que lo caracterizaba, me repasa de cintura hacia arriba, lo único que le permite ver el agua en el que estamos sumergidos. Y para provocarme, se moja el torso lentamente, recorriendo con las manos los tatuajes de sus musculosos brazos. Eran mi debilidad. ¡Eran!

¿A qué viene este comportamiento?

¿De verdad cree que babearé como antaño?

—No me mires así —me advierte con picardía, humedeciéndose los labios—. Sabes que soy débil y me estás dando la razón. No, no has podido olvidarte de mí. Tus ojitos grises te delatan.

No me lo creo, ¿me está tomando el pelo? ¡No aguanto más!

—Quizás el que no me ha olvidado ha sido tú, de lo contrario, no estarías diciendo estupideces y a estas alturas. —Mi comentario propicia que su diversión aumente—. Ah, ya, quieres un polvo, ¿no? Me das asco. No entiendo este cambio de actitud ni te lo consiento, ¿te queda claro?

—Controla esa boca conmigo, Anahí.

—Que te den. Y cuidado, aquel que ves allí —señalo hacia el fondo—, se llama Yago y es el tipo al que me follo ahora. Apártate, podrías espantarlo.

Lo veo tragar, pronunciándosele más la nuez.

—Qué mal gusto tienes desde que me dejaste —dice y chasquea la lengua.

—Desde que me obligaste a hacerlo. Por si no te acuerdas, me pusiste los cuernos —apostillo, haciéndole la peineta con el dedo corazón. Él me guiña un ojo—. Eres un descarado.

—Fue lo que te enamoró de mí.

—¿De verdad? —Asiente muy despacio, devorándome con esa mirada tan verde y profunda. Solía perderme en ella mientras hacíamos el amor a plena luz del día. ¡Basta—. Ya lo había olvidado.

—Lo dudo —masculla. Y atusándose la melena, se acerca.

—Quieto —ordeno, temblorosa—. No vuelvas a molestarme.

—A tus órdenes, cariño.

Salgo del agua, escupiendo cientos de improperios, ¿encima tengo que soportar que me humille? Derek no le da importancia a mis insultos, al contrario, de una carrera está en la orilla antes que yo; dedicándome una sonrisa llena de malicia. No tiene vergüenza. Me engañó con otra, ¿cómo se atreve a dirigirme la palabra? Después de un año y medio juntos no me merecía aquel final, no tras dieciocho meses de ensueño.

Era demasiado bonito para ser verdad.

Capítulo 6

¿Quién eres?

—¿Os quedáis? —le pregunto a las chicas, que hablan con los amigos de Derek. «Malditos». A ellos no los saludo, el rencor no me lo permite.

—Sí, ¿tú ya te vas? —Con la cabeza, le digo que sí a Lisa—. Vale, más tarde te buscamos. Oh, pero si allí te espera el chico de anoche.

—Sí... —murmuro, desganada.

—Ya nos contarás tu secreto para tenerlos a tus pies.

—¿Te doy un consejo? —Lisa frunce el ceño, indecisa—. Alejaos de hombres como estos, es lo mejor si no queréis salir lastimadas.

—Rencorosa —me dice Derek, tumbándose en la arena.

—Gilipollas.

—Pero Anahí —me regaña Suso, otro macarra como su amigo.

—Olvidaos de mí, ¿de acuerdo? —espeto con los puños apretados—. Mantente al margen tú también, Germán, te lo advierto.

—Tranquila —murmura, levantando las manos en son de paz.

Melania, Lisa y Cintia siguen el ritmo de la conversación, mirándonos de hito en hito. Están confusas, supongo que no entienden que lleve dos días aquí y hable así con desconocidos. ¡Si supieran! Me despido de ellas, recogiendo mis pertenencias a toda prisa y acorto la distancia hacia Yago.

¡No salgo de una y ya estoy metida en otra!

Envidio a todos aquellos que se relajan, que disfrutan del mar, de bailes, de compañía. También a los que simplemente toman el sol sin preocupaciones.

Dudo mucho que aquí llegue a sentirme así.

—¿Estás enfadada? —Yago rompe el silencio, quitándose las gafas de sol.

Es imposible que esté más guapo. Vestido con camisa de manga corta y pantalón de fina tela, de blanco. Va sencillo, aunque siempre elegante.

—No, Yago, ¿y tú?

Tiene las manos en los bolsillos, su semblante es serio. No sé si por él o por mí. Sinceramente odio esta tensión. De repente, tengo la sensación de que la conexión entre nosotros ha desaparecido. No lo culpo; lo había idealizado como el hombre perfecto, que lo es, sin embargo, no para mí. Anoche me di cuenta de que es demasiado comprensivo para alguien como yo, una

mujer que ahora solo le haría daño. Busca estabilidad y no puedo dársela.

Ya no creo en el amor.

—Me gustaría que hablásemos —dice, mirando por encima de mi hombro—. Lo que pasó anoche, ¿tiene que ver con el tipo aquel? Con el que hablabas ahora mismo y te comía con los ojos.

—No, claro que no —carraspeo, apretándome las sienes—. Fue algo complicado y que quizás no entiendas. Conocí a alguien. —Hago una pausa, no sé cómo explicarle la verdadera historia—. Lo siento, fue inesperado.

Hace una mueca con la boca, como si le doliese mi confirmación. Su mirada se torna incluso más oscura de lo que es. No puedo evitar sentirme mal, precisamente esto es lo que quiero evitar: lastimarlo.

No estoy preparada para darle lo que él, de una manera u otra, reclama.

—¿Puedo invitarte a comer? —propone, comprobando la hora en el reloj que lleva en la muñeca derecha. Ladeo la cabeza, confusa—. Sí, Anahí, a ti.

—¿Me has oído? Anoche me...

—Sí, responde a mi pregunta, por favor.

—Estás loco —me quejo sin dar crédito.

—Sí, por ti, por la chica de pelo rosa, la que simplemente con caminar atrae a cientos de miradas —murmura, señalando a Derek y luego da un paso hacia mí—. La chica que desprende sensualidad, la que engancha en la cama y no puedo soltar, pese a que solo quiere volar.

—Yago —suplico.

—Pasa el día conmigo —insiste sin darse por vencido.

—No sabes lo que dices.

—Date una tregua.

—No es buena idea.

—No te arrepentirás —me promete, sonriendo.

—¿Qué voy a hacer contigo? —replico, rindiéndome a sus encantos.

—Compláceme, por favor.

Instintivamente miro hacia atrás. Pero el grupo que se ha formado abajo y gracias a mí... parece no prestarme atención, ni siquiera el troglodita de mi ex.

—Anahí —me dice Yago—. Vamos, prometo que te lo pasarás bien.

—Vale.

El resto del día me dejo llevar por su entusiasmo, por esa locura que hasta hoy no conocía. Le permito que me consienta como quizá no debo. Me lleva a comer, a pasear por los lugares más recónditos y mágicos de los alrededores. Consigue que me centre en él, en lo que estamos viviendo. Le doy el poder de que me confunda, planteándome incluso terminar la noche a su

lado.

Todo parece positivo, hasta que llegamos al *resort*.

Nos detenemos en la puerta principal de mi apartamento, en el que Yago espera mi invitación para entrar, pero mi cabeza ya no está aquí.

La música a lo lejos me recuerda cuál es mi objetivo.

—Estoy cansada —me excuso y finjo un bostezo.

No hay un reproche o una queja, al revés, asiente con resignación.

—De acuerdo, mañana te recojo —añade y me siento muy mala persona. ¡No es justo que trate de entenderme siempre! No cuando yo no le correspondo y, además, le miento—. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Por qué? —pregunto con un nudo en la garganta.

—No seas ansiosa —dice, acercándose—. Buenas noches, Anahí.

—Buenas noches, Yago.

Me acuna la cara y muy despacio, acerca sus labios a los míos. Prolonga los segundos, sé que es por si lo rechazo, pero una parte de mí se niega a hacerlo, me da pena. Es un beso corto, bonito. Es un beso de los que no se regala a cualquiera. Pero no sabe a fresas ni me hace temblar.

—Hasta mañana, bombón —susurra con un suspiro.

—Bye.

Cierro la puerta y apoyo la cabeza contra esta. Si mis hermanos o mis padres supieran lo que estoy viviendo aquí... Quizás les decepcionaría, pero esta soy yo. Alocada, impulsiva, extrovertida. Por semanas fui todo lo contrario y no quiero ser ni el reflejo de esa Anahí.

Elegí vivir mi vida de otra manera.

—Y no me arrepiento —me recuerdo con firmeza.

Finalmente me armo de valor, me pongo un vestido largo, con una abertura en el lado derecho, es negro y con transparencias. Sandalias de cuerdas, las típicas que se atan a los tobillos. Me quito las pulseras, pero no los aros. Me cojo una coleta y salgo por la terraza. En la de Bruce no hay luz, solo silencio. ¿Dónde estará? Hoy ni nos hemos cruzado. Aunque ahora es lo que menos me preocupa. Voy directa al bar y busco al camarero, en principio no está y mi ansiedad aumenta, pero me relajo en cuanto aparece. Al verme, me hace un gesto con la cabeza y me pasa una notita, es similar a la de ayer.

—¿Quién es? —le pido, desesperada.

—No puedo, lo siento.

Me rehúye, pero lo agarro por el cuello de la camisa y le amenazo:

—Óyeme, si alguien me secuestra, tú serás el culpable.

—Viviré con ese cargo de conciencia. —¿Se burla?—. ¿Le sirvo algo?

—¡No!

Abro la nota y la leo atenta a cualquier detalle. No reconozco la letra.

Te espero, pero sin reproches.

«No vayas. ¡No vayas!».

Una orden que, por supuesto, no obedezco. En cuestión de minutos estoy llamando a la puerta y la escena se repite. No me permite ver ni su silueta. Pero muy lejos de contenerme, le golpeo el pecho. *Él* enseguida me sujeta las manos y me empuja de cara a la pared, colocándose detrás de mí. La respiración se me entrecorta, sus labios se posan en mi mejilla y el calor se apodera de este traicionero cuerpo que no conoce el peligro.

—Me has engañado —le reprocho, sofocada—. ¿Cómo te has atrevido?

—Chis.

—¡Te has aprovechado de mí!

Repentinamente deja de tocarme, se aleja, lo hace tan rápido como la frase escapa de mis labios. A continuación, la puerta se abre, pero el hombre misterioso se refugia detrás de ella. Trago con dificultad, con el corazón latiéndome a mil por hora. Sé que lo he ofendido, aunque no he mentido.

Entonces, ¿por qué no quiero irme? Mi mente y mi corazón tienen una lucha interior, una que ignoro, pues no me muevo. Me quedo quieta los segundos suficientes como para que *él* interprete que he perdido la cabeza. Y que sin razón alguna, necesito más de lo que me dio anoche.

Un instante después y tras cerrar con un estremecedor portazo, la oscuridad se cierne de nuevo sobre nosotros. Me sobresalto, sin embargo, el miedo me domina muy poco tiempo. El justo para que su mano izquierda encarcele a las mías sobre la pared y por encima de mi cabeza. Mientras yo me contoneo aceptando formar parte de este excitante juego, pues froto mi trasero contra su dura masculinidad. También giro el rostro, buscando sus labios.

Me sube el vestido con la mano libre y la mete entre mis piernas. Gimo, permitiendo que aparte mi braguita y descubra la humedad de mi sexo.

Es una locura...

Pero admito que sí, que quiero más. Intuyo que *él* también. Por su forma de reclamar mis labios, de hundir su dedo en mi interior y de acariciarme hasta entender que casi no puedo sostenerme sola. Estoy estremecida de pies a cabeza, no tengo aliento y el pulso me late muy deprisa. Siento que me ahogo con sus besos y con su desmedida pasión, pero esto es solo el principio. Mientras que sus dedos forman círculos en mi intimidad, y sin saber en qué momento me ha liberado las manos y se ha colocado el preservativo, me baja la braguita y me penetra con su enorme miembro, lo hace desde atrás.

Aunque quiero gritar de placer, su fiera boca no me lo permite. Ahoga mis quejidos, pero *él* no

me permite oír ni sus gemidos. Está reprimido.

Esto es demasiado, a mi alrededor todo empieza a dar vueltas, incluso con los ojos cerrados. Tengo la sensación de estar flotando. Jadeo, chupando su lengua, deleitándome con el sabor a fresas; hoy más ácidas que ayer.

Me embiste sin piedad, encarcelándome de nuevo las muñecas unidas. Y sin compasión, mete sus dedos en mi sexo. Su cuerpo me busca, las caricias se multiplican y el ritmo de sus caderas también aumenta.

—Ya, por favor —imploro entre sollozos.

Advierto los primeros temblores en mí, sus violentas y contenidas sacudidas. Y ya no hay más. Cuando terminamos, solo tengo una pregunta:

—¿Quién eres?

Capítulo 7

Quiero verte

Silencio, no hay respuesta.

Besa mi espalda y me sube la braguita. Siento su acelerada respiración contra mi piel. Es cauto, delicado. Finalmente me coge de la mano para llevarme hasta la puerta. Intento acariciar sus dedos, buscar pistas que me ayuden a descubrir de quién se trata. No tiene anillos, nada que ponga en peligro su reservada identidad. Está jugando muy bien sus cartas.

Sin embargo, su tacto... Su tacto tiene algo que...

«No pienses, déjate llevar».

—¿Por qué yo? —pregunto en voz baja.

—Chis —repite, cubriéndome la boca con uno de sus dedos.

—Vendré mañana —susurro, temblorosa.

En un abrir y cerrar de ojos me encuentro en el pasillo, haciéndome mil preguntas, pero sin obtener ninguna respuesta. ¿Por qué me he quedado si no sé quién es? ¿Realmente importa? Estoy cómoda, disfruto, ¿por qué no dejo de cuestionarme? Me prometí no hacerlo. ¿Y si lo espero hasta que salga?

Solo quiero verlo.

Cojo aire, planchándome el vestido con las manos. Me apoyo en la pared de enfrente, pues tengo el corazón bombeándome demasiado fuerte, tanto que me asusta. ¿Cómo reaccionaré cuando le ponga rostro?

—Voy a pasar a limpiar —me sobresalta una voz. Es el camarero, que me sonrío—. Hay una puerta trasera, él ya no está dentro.

¡Cómo no se me ha ocurrido!

—No se lo pondrá fácil —me advierte, mirándome de reojo.

Asiento, sacándole la lengua cual niña pequeña con un berrinche. El chico niega con la cabeza, divertido. No me queda mucho tiempo en Punta Cana, ¿de verdad me iré sin conocer su identidad? ¡No es justo!

Regreso a mi refugio, pensativa. El camino está despejado, a estas horas apenas hay huéspedes por esta zona, supongo que estarán disfrutando de la fiesta, la que se celebra cada noche. Pero yo estoy exhausta física y mentalmente. Ni siquiera me he comunicado con mis amigos o mi familia a través de llamadas o FaceTime, de modo que mando un mensaje generalizado, directo y sin rodeos. Mañana será otro día.

Estoy bien, desconectando.

Enciendo la luz de la habitación y, agotada, me dejo caer en la cama. Tengo la necesidad de relajarme unos minutos antes de darme una ducha.

¿De qué color serán sus ojos? ¿Y su pelo? ¿Qué facciones tendrá?

Idiotamente me descubro sonriendo al recordar lo que ha sucedido esta noche, la segunda noche consecutiva. Qué locura, solo a mí se me ocurre hacer una cosa así, aunque ahora mismo no cambio esta sensación por nada del mundo. Estoy intrigada, con ganas de más. No sé, es complicado expresarlo con palabras. Dudo que alguien entienda que me haya expuesto ante un desconocido y sin valorar el peligro que pueda suponer para mí. En cambio, me he centrado en la otra cara de la moneda: me evado, gozo como no recordaba y me dejo llevar. ¿Por qué tiene que ser malo?

Me quito uno de los aros y cierro los ojos, buscando el otro, ¿dónde está el izquierdo? He perdido el pendiente. Bufo, tampoco era nada del otro mundo.

Lo compré en un bazar del barrio...

¿¡Qué es eso!?! El ruido de la persiana bajándose bruscamente me obliga a abrir los ojos. No veo nada, ya todo está oscuro. Entonces la respiración se me entrecorta cuando siento que unas manos me acunan la cara.

—Chis —ordena y su aliento me llega: fresas.

Sin saber por qué, me relajo.

Permito que me bese, que juguete con mis labios, chupándolos, lamiéndolos, mordiéndolos. Cierro los puños contra el colchón, dominándome para no tocarlo. Doy por hecho que desaparecería y no quiero que se vaya, tengo la necesidad de estar con él. Me cuesta tragar, respirar.

Siento unas intensas cosquillas recorriéndome el cuerpo, todo el cuerpo; sin excepción alguna. ¿Qué se propone?

Quizá tendría que estar asustada. Sabe dónde me alojo y conoce cada uno de mis pasos, pero me da igual. Me he quedado con ganas de más y aquí está, no importa cómo ni por qué.

—No te esperaba —reconozco, suspirando.

Su mano derecha baja en busca de la mía, me la abre, depositando sobre la palma de esta el aro que creía haber perdido. Sonrío, sabiendo que es la excusa perfecta para justificar su presencia. ¿Su boca también se ha curvado? ¿Ha pensado lo mismo que yo? No me permite descubrirlo, captura mis manos y me insta a que las ponga detrás de mi espalda, ocultándolas con mi cuerpo.

De este modo se cerciora de que las tengo «encarceladas».

—No me moveré —le prometo con voz estrangulada.

Me besa el mentón, descendiendo hasta mi cuello, ahí no tiene prisas, se deleita, calentándose con su lengua. Esta viaja por mi piel. Instintivamente me arqueo, gimiendo a medida que se agacha y me sube el vestido.

Cuando llega a mis pechos, me muerdo los labios para no gritar. Los acaricia con desesperación y hunde la cabeza en ellos.

—¿Qué me haces? —sollozo, presa del placer.

Me chupa el pezón izquierdo, luego el derecho. Lo rodea con la lengua, lo atrapa entre los dientes. A estas alturas mi ansiedad supera a la suya. Me está matando... Pero continúa con su recorrido, bajando hasta mi ombligo. Me agito, agarrándome con fuerza al cobertor de la cama.

Los escalofríos me sobrepasan. Se me forma un nudo en la garganta al sentir que me quita la braguita y que pasea su lengua por mis muslos.

—Esto es una tortura —reconozco entrecortadamente.

Una tortura que no quiero que acabe. Sobre todo, cuando lame el centro de mi intimidad. Agonizo, sollozo. Incluso abro más las piernas, cediéndome sin pudor alguno. Sé que él está disfrutando, su desesperación contenida así me lo demuestra. Me toca de una manera diferente, especial. Es tan atrevido.

Pone sus manos formando un triángulo alrededor de mi monte de Venus, mientras su boca se impregna de mí, para a continuación, su lengua resbalar por mi cavidad. «¿Por qué me siento tan plena?». Apenas puedo soportarlo ya. El placer es infinito. Él va más allá e introduce un dedo, sumando el siguiente enseguida y tocándose al mismo tiempo que lame. Se bebe la humedad que desprende mi sexo, hasta que se aleja y me obliga a quejarme.

Hinca la rodilla entre mis piernas, se acerca y me hace degustar mi propio sabor. Me vuelve loca. Parezco insaciable. Me adueño de sus labios, advirtiendo por sus movimientos que se prepara para entrar en mi interior. Está abriendo el preservativo, el sonido del envoltorio me acelera, me calienta incluso más. Un segundo después se hunde en mí de una sola y dura estocada. Las posteriores no son de inferior intensidad. La cama chirría con cada penetración, sus caderas son puro fuego. Se mueve con soltura, fiereza, a un ritmo imparable. Es tan sensual... Busca mis manos, pero muy lejos de liberarlas, las atrapa por encima de mi cabeza. Mientras tanto, me empala sin contención, no hay dominio. Tampoco queda un solo hueco entre nuestras bocas o cuerpos, aunque él sostiene el peso del suyo y así no aplastarme.

Además de alto y musculoso, ¿cómo será físicamente?

—Quiero verte —me quejo.

Noto el movimiento de su cabeza negando, para enseguida arremeter con más dureza, precipitándose al orgasmo sin que sea capaz de retenerlo. Tiemblo, gimo, jadeo, enloqueciendo cuando él estalla y nuestro placer se fusiona. Su convulsión es violenta. Entonces descansa su frente contra la mía, sin aliento, y me besa la nariz. Despertando sentimientos en mí que no

entiendo ante esta inesperada cercanía. Avivando sensaciones que creí superadas. Lucho, intentando soltarme, tocarlo y adivinar sus facciones. Él se niega, apresándome con más frialdad. Se mantiene así hasta que se aleja.

¿Se está vistiendo?

El sonido de la persiana responde a una de mis muchas preguntas. ¡Se va y sin despedirse! Me incorporo a duras penas, tambaleándome. Me asomo en cuanto llego a la puerta por la que él ha huido.

No hay nadie... Nadie excepto Bruce, que se encuentra sentado en los escalones de su villa. Está fumando, solo.

Me contempla, esbozando una enigmática sonrisa.

—¿Buscas a alguien, Anahí?

Capítulo 8

¿Qué está pasando?

Me tanteo el vestido para comprobar que todo está en su sitio, que no llevo un pecho fuera o algo parecido después del tórrido encuentro sexual, el que todavía me tiene temblando. No llevo las braguitas puestas, aun así, doy unos pasos hacia Bruce. Sé que no puede ser, pero, por un fugaz instante, se me ocurre la descabellada idea de que sea el hombre que busco. Examino su rostro y todo lo que hay a su alrededor, aunque sin hallar alguna pista. Solo un cigarrillo prácticamente consumido, uno que podría eliminar el sabor a fresas.

¿Por qué está despierto a estas horas? Y sin compañía...

No tiene camisa y los músculos de su cuerpo parecen agarrotados.

—¿Me vas a responder? —dice, dando toques en el escalón. Invitándome a que lo acompañe—. ¿Qué pasa, Anahí?

—¿Qué haces aquí? —musito, trémula, y accedo a sentarme a su lado.

—¿Tiene algo de malo?

—No, claro que no. —Agito la cabeza—. ¿Y tu chica?

Se encoje de hombros, da una calada y me echa el humo en la cara. Me provoca una ligera tos. Termino mirándolo con descaro, de arriba abajo. Buscando indicios que me confirmen que mi teoría es cierta. No creo que me sienta mejor sabiéndolo, él tiene novia y es algo que respeto por encima de cualquier cosa, pese a que no me desagradaría recordar viejos tiempos con el suizo. «¡Basta, Anahí!».

No obstante, es complicado pensar en otra cosa. De cerca impresionan sus ojos azules, su torso desnudo y su vientre tan marcado.

—¿Me vas a responder? —repito su pregunta—. ¿Y tu chica?

—Quizá la respuesta te sorprenda.

—A ver, prueba —lo reto, alzando la ceja.

—Está dentro, acompañada por un hombre. —Hace una pausa, valorando mi reacción y con especial curiosidad. Sinceramente no sé cómo tomarme su frase—. Sí, somos una pareja abierta. Disfrutamos del sexo juntos o por separado, siempre que el otro sea consciente de ello, por supuesto.

¡Lo que me faltaba esta noche!

—¿Te estás burlando de mí, Bruce?

—¿Lo crees? —Ladea la cabeza. Ahora está más serio—. ¿Por qué?

—No te imaginaba así, no sé, yo no podría —explico atropelladamente—. Los celos me consumirían. El tiempo que estuvimos saliendo...

—Anahí, tenías diecisiete o dieciocho años cuando lo dejamos —me recuerda, apagando el cigarrillo y se humedece los labios. Un gesto que me pone más nerviosa; todavía sigo temblando por lo sucedido en mi habitación—. De aquel chico ya conoces poco. Tú también habrás evolucionado y cambiado de opinión cientos de veces, ¿me equivoco?

—¿Y eres feliz así? —Ignoro su reflexión.

—¿Así cómo?

—Esperando a que tu novia termine de liarse con otro.

—Si quisiera, yo podría estar haciendo lo mismo. —Busca mi mirada y siento que me quedo sin aire—. Pero soy algo más delicado.

—Entiendo...

—¿Entiendes? —cuestiona, acariciándome el hombro desnudo. El pulso se me acelera, lo hace a un ritmo que no creo que sea sano—. Quizá no te ha quedado claro; contigo estaría dispuesto a jugar.

—A jugar —repito la palabra que para mí es «clave», mirándole los labios. ¿A qué sabrá su boca?—. Resumiendo, te gustaría acostarte conmigo.

—¿Por qué no? Eres preciosa, atractiva, divertida, y la primera mujer a la que toqué. Tengo curiosidad por saber si en la cama sigues siendo tan intensa.

—Diría que más. —Le sonrío y él se acerca hasta que su nariz roza mi mejilla. Madre mía, ¿qué estoy haciendo?—. Entonces era muy inexperta.

—Me gustaría comprobarlo. Ya que el destino nos ha puesto a prueba, no estaría mal un reencuentro íntimo, como en los viejos tiempos.

—No lo tengo tan claro —confieso a un centímetro de sus labios.

—Explícamelo.

Me levanta el mentón con un dedo y acaricia mi mejilla con suavidad. Hay calma en él, también ganas. Todo su cuerpo desprende ese magnetismo que te atrapa, que te hace caer rendida a sus pies.

Sumado a mis confusos pensamientos y a esa necesidad de hallar la verdad, soy yo quien da el paso. Pruebo su boca, envolviendo las manos en su corto cabello. Bruce me empuja hacia su pecho y cuando menos lo espero, me encuentro a horcajadas sobre sus piernas.

Gimo, sintiendo cómo aprieta su hombría contra mi sexo, que todavía está húmedo. Me debato en mi constante lucha interna: ¿me dejo llevar o, por el contrario, pongo freno antes de que sea demasiado tarde?

Sé que cuando amanezca me arrepentiré de haber sucumbido.

Su estilo de vida y el mío no son compatibles, lo nuestro forma parte de un pasado muy lejano;

la emoción o las dudas no deben confundirme. Y no, en el fondo no deseo estar aquí, pues no sabe a fresas ni me eriza la piel.

—No puedo —susurro contra sus húmedos labios y me alejo muy despacio. El rubio se queda descolocado, aun así, no hace nada por retenerme—. Lo siento, a veces los impulsos me juegan malas pasadas. Buenas noches, Bruce.

—Siempre leal a tus principios —masculla, apretándose el puente de la nariz. No lo creo enfadado, quizá frustrado, hasta que añade—: No cambies nunca esa parte de ti. Ahora recuerdo por qué me enamoré de ti.

—¿No decías que era una simple chiquillada? —inquiero, sorprendida, deteniendo mis pasos.

—Una que no se olvida. —Me guiña el ojo con complicidad y cómo no, termino devolviéndole el gesto, pícara. Es una pena que tenga novia y que yo no esté receptiva, no con él. Ardería Punta Cana—. Buenas noches, Anahí. Espero que encuentres lo que buscabas hace un rato. Suerte.

—¿Has visto a alguien salir de mi villa? —lo interrogo, tensa.

—Puede ser, pero supongo que tú lo sabrás mejor que yo, ¿me equivoco?

—No... —replico, indignada, ofuscada.

Sí, me marcho con más dudas que antes.

Si no es él, ¿a qué juega? ¿Ha fumado a posta para despistarme y borrar cualquier rastro de sabor a fresas? Se ha quedado muy conforme con mi negativa, a pesar de estar muy excitado.

Me resulta extraño su comportamiento.

¿¡Quién me está volviendo loca así!?

Cuando amanece, me explota la cabeza.

—¿Me estás hablando en serio? —pregunta Ada. Se encuentra al otro lado del teléfono, estamos haciendo una videollamada—. Bruce, Yago, el tipo misterioso. Y Derek merodeando muy cerca también. Demasiado para mi corazoncito. ¿Vas a besar a todo el *resort* para descubrir la verdad o qué?

—Estoy hecha un lío —confieso desde el jacuzzi. Necesito relajarme. Mi amiga asiente, terminándose un tazón de cereales. Tiene a su perrita Lala sobre sus piernas—. Tres días de vacaciones y ya me ves.

—Cuidado, no te vayas a enamorar de ese tipo.

—¿Estás loca? —Doy un respingo, enfrentándome al teléfono como si Ada estuviera realmente aquí, conmigo—. No repitas esa palabra.

—Vale, vale, pero tápate, que te estoy viendo las tetas.

Me echo a reír, me enjuago y salgo del jacuzzi. Ya en albornoz, me despido de ella, que parece

divertida con esta situación. Aunque no es para menos. Me he obligado a tomármelo de la mejor manera, no obstante, cada día que transcurre me inquieta más esta situación. Son demasiadas preguntas, entre ellas, si no he perdido la cabeza por completo.

Es un juego demasiado peligroso.

«No pienses».

Son las once de la mañana, por lo que decido vestirme, no creo que Yago tarde mucho más en venir. Para la ocasión me decanto por unos *shorts*, no es muy ceñido, camiseta de tirantes y debajo, un bikini rosa. Me maquillo con rapidez y en el cabello me planto una diadema.

Cuando me estoy calzando las sandalias planas, llaman a la puerta. El chico de pelo azabache está aquí; tiene una sonrisa impresionante. De blanco, cómo no. Acorde con el veraniego ambiente.

—¿Preparada? —dice, ofreciéndome su mano.

—Tenemos que hablar.

—De acuerdo —asume con un suspiro. Ambos sabemos que no debemos continuar viéndonos —. Ven, te llevaré al lugar perfecto.

¿Esto es real? Me guía hasta un extremo de la playa, a la misma que he acudido días atrás, pero hoy estamos apartados de todos. Hay camas balinesas, con sus telas immaculadas ondeándose a los laterales de la madera.

Es un detalle precioso. Un espacio íntimo. De ensueño.

Incluso nos han dejado preparado un desayuno variado: cafés, zumos, dulces y tostadas. Podría ser la cita perfecta. ¡Podría!

«Hazlo», me recuerda mi voz interior.

Carraspeando, me siento sobre mis rodillas y frente a Yago.

—No sé ni cómo empezar —murmuro, emocionada—. Antes que nada, quiero agradecerte que seas tan atento conmigo.

—¿Pero? —dice, frunciendo el ceño.

—No quiero mentirte, quizás hace unas semanas llegué a pensar que podría sentir algo más intenso por ti, hasta que la primera noche aquí lo cambió todo.

—Creí que no buscabas nada serio —me reprocha más arisco.

—No, ni lo busco, no me malinterpretes —me excuso con un exagerado aspaviento de manos —. No te mereces que juegue contigo. Pero la realidad es que, durante estas vacaciones, me apetece estar con esa otra persona.

—¿Y luego?

—No insistas, por favor. En Madrid no cambiará nada, entiéndelo —le regaño, sintiéndome culpable. Y doy un sorbo al zumo. Estoy sedienta, también hambrienta, pero, sobre todo, tengo un nudo en la garganta que apenas me permite respirar. Me molesta que una persona como Yago

se olvide de su dignidad y me siento en la obligación de recordárselo—: Valórate más, no permitas ser el segundo plato de nadie, no te lo mereces.

Se sirve café, lo prueba y repasa con los dedos el borde de la taza.

—¿Estás segura de tu decisión, Anahí?

—Supongo que sí —musito, encogiéndome de hombros.

—Si de repente descubres que no estás cómoda con ese tipo, búscame.

—¿Si descubro? —repito otra de las palabras «claves» para mí. Repentinamente la desconfianza regresa. Vuelvo a estar en alerta, incluso sospechando de él—. ¿A qué viene eso? ¿Tienes algo que contarme?

—En absoluto.

—¿Y por qué tengo la sensación de lo contrario? —Hace una mueca con la boca, llevándose hasta ella un delicioso rosco de chocolate blanco—. Respóndeme, por favor.

—No lo sé, siempre he sido transparente contigo.

—Ya...

—¿Desayunamos o no? —Asiento, cogiendo una rodaja de piña—. Supongo que siempre podemos ser amigos.

Lo miro de reojo, no creo en la amistad después de un lío o de una relación, pero tampoco es el momento de discutirlo. Reconozco que Yago me hace dudar con su comportamiento, que su tono ha sido especialmente misterioso.

Por ello, cuando nos despedimos y después de haber transcurrido media hora desde nuestro adiós, me quedo inmóvil al encontrarlo hablando con el camarero que suele darme las notas.

¿¡Qué está pasando!?

Capítulo 9

Un vacío que me asusta

—Eh, pero dónde te metes —me intercepta Melania antes de que me lance a pedirle explicaciones a Yago—. Estás desaparecida.

—H-Hola, ¿vosotras qué tal? —pregunto, distraída.

—Bien, en la piscina. Vente, hay un ambiente buenísimo. Mis hermanas me esperan allí. —Enseguida la miro, me extraña que vague sola por las instalaciones. Ruedo los ojos al verla junto a Suso—. ¿Qué pasa?

—Sobro allí, tus hermanas y tú tenéis tres acompañantes que...

—No, qué va, solo está Germán —aclara, sonriente. No me puedo creer que le guste el hipócrita de Suso. He de admitir que es guapísimo, con el mismo rollo desenfadado que mi ex: camisa ancha, abierta, pelo largo y tatuajes. También una chulería que embauca—. El tal Derek va a su bola.

—Ah... Bien... Mejor entonces, ahora nos vemos.

Lo último que necesito es soportar su presencia. Me dirijo hacia la piscina y saludo a las chicas, que toman el sol relajadas en las hamacas. Germán está en el agua y no tarda en guiñarme un ojo en cuanto me ve. Por supuesto, no le correspondo, no soporto su cinismo y falsedad. Decían ser mis amigos y también me traicionaron al no frenar a Derek aquella noche...

—Basta —siseo, obligándome a desterrar ciertos pensamientos.

No soporto pensar en ello todavía.

Hoy mi cabeza es un cóctel explosivo. ¿Por qué Yago hablaba con el camarero y de manera cómplice? ¿Le habrá dado una nota?

Cuento las horas para que caiga la noche y conocer la respuesta. Por momentos siento que de verdad me estoy volviendo loca con este tema. Examino a todos los que se hallan a mi alrededor, buscando a hombres que coman fresas o que beban algo por el estilo. Pero mientras mojo los pies en la piscina, me percató de que, en una diminuta mesa blanca, al fondo, hay un vaso lleno de esa fruta que terminaré aborreciendo.

¿Lo peor? Aparentemente no es de nadie.

Me frustra no tener respuestas...

Regreso a la tumbona, me quedo en bikini y sonrío al ver que las chicas parecen cómodas; no tan contenidas e introvertidas como cuando nos presentamos. No obstante, están en compañía de Germán y Suso, por lo que, para distraerme y no crear más discusiones innecesarias, cojo el

móvil y llamo a casa. No sin antes aceptar el vaso que me ofrece Lisa.

—Gracias —murmuro, dándole un cachetón en el culo. Le arranco una carcajada—. Disfruta, muy pronto estamos de vuelta en Madrid.

—Ni me lo recuerdes. Por cierto, aún no nos has dado tu número.

—En cuanto acabe la llamada, te lo anoto.

Sonríe y levanta el pulgar.

—Me tienes preocupada. —Es lo primero que dice mi hermana. Así es ella, protectora, pese a ser la pequeña de las dos—. ¿Cómo estás?

—Bien, tomando el sol y bebiéndome un mojito. A tu salud, enana.

—Me alegro, aunque no tengas consideración con nosotros —refuta, molesta.

—Raquel, son unos días, déjame que desconecte, joder.

—Tu voz suena un poco apagada.

—Porque me estoy quedando dormida con el sol —le comento. Y aunque es cierto, mi mente está centrada en otras cosas—. ¿Todo bien por allí?

—Sí, como siempre. ¿Te recogemos el lunes en el aeropuerto?

—No, no te preocupes. —Bebo del mojito y añado—: Sé que tu cumpleaños y el de Raúl es el miércoles, no lo paso por alto. Iré a veros.

—¿Ya tienes mi regalo?

—Claro, veinte añitos no se cumplen todos los días y hay que celebrarlo. Entráis en otra década —me burlo con un bostezo—. Raquel...

—Ya, descansa. Y llama luego a mamá, por favor.

—Vale, *bye*.

Echo un último vistazo, por si ha aparecido el dueño de las fresas: nada. Termino el mojito y cierro los ojos, desconectando de todo, incluso de mí.

—Anahí, vamos. —Es la voz alegre de Cintia—. Está anocheciendo y hay fiesta de baile, es junto a la pista de la playa. Eh, despierta.

Madre mía, me duele todo el cuerpo. ¿Me he tostado demasiado? La pregunta y el dolor pasan a un segundo plano cuando recuerdo que, a esta hora, el camarero ya debe tener la nota. Doy un salto, me visto con prisas y guardo el móvil en el bolsillo trasero del *short*. Estoy impaciente, también expectante.

Voy detrás de las chicas, pero no me da tiempo a llegar hasta la barra. Una mano me alcanza al vuelo. La música está alta, hay mucha gente, pero solo un hombre es el rey de la pista. Derek baila al ritmo de salsa y me agarra sin que tenga opción a escaparme. La mayoría nos observan y animan.

La mirada que le dedico podría asesinarlo.

—¿De qué vas? —susurro, aun así, no me deshago de él. No quiero parecer una borde o

histórica frente a la gente.

—¿No puedo bailar con la mujer más preciosa del *resort*? —Su desfachatez no tiene límites. Lo peor es cómo reacciono cuando me toca. ¡Lo odio!—. Agárrate fuerte, nena.

—Basta...

Me ignora, ciñe su cuerpo al mío y me guía para que me adapte a sus movimientos. Suena *Me encanta*. Una melodía muy sensual, su letra la acompaña. Siento su aliento en mi cuello, sus manos rodeándome por la cintura. Mi estúpido corazón se desboca. Ha conseguido erizarme la piel, incluso que tiemble. Desprende fuego y yo empiezo a arder, rememorando aquellas noches en las que la pasión parecía interminable, como el deseo.

Juntos éramos una combinación explosiva.

Estaba tan enamorada... Qué ilusa.

—Me vuelves loco cuando te mueves así —susurra en mi oído. Cierro los ojos. Huele tan bien—. Tienes razón, no he podido olvidarte ni sustituirte, aunque me haga el duro. Sabes que lo fuiste todo para mí.

Sus palabras se clavan en mi ahora debilitado corazón. Duele.

—Cuando quieres a alguien, no lo destrozas así —le reprocho con frialdad.

—Fue un error. —Se separa un poco y persigue mi mirada. Tiene la mandíbula agarrotada. En su semblante se refleja la impotencia—. Me arrepentí en cuanto fui consciente. Te lo conté. ¿Qué más podía hacer?

«Luchar por lo nuestro, aunque te pidiera lo contrario».

—No quiero hablar de ello —susurro con un hilo de voz.

—Fui un puto cerdo y no merezco que me mires a la cara, pero, en el fondo, sabes que nadie te querrá como yo.

—Espero que no, que así de mal no me vuelvan a querer.

Me percató de que por detrás pasa Bruce, va con su novia. Él me regala una sonrisa fugaz y cuando se aposta en la barra, veo a Yago muy cerca. No aparta sus ojos de mí. El nudo en el estómago aprieta hasta emocionarme. Estoy rodeada por los hombres que han marcado distintas etapas de mi vida.

—Céntrate en mí —me ordena Derek, furioso.

Un mechón de su moño se escapa, ocultándole parte de la cara. Parece más salvaje de lo que es. Sus facciones son duras, marcadas y terriblemente atractivas. Tiene la camisa abierta, mostrando parte de su torso, lo que no ayuda a que me concentre, hasta que sus ojos verdes me reclaman. Hago una mueca, sigue doliendo sentirlo tan cerca sin que sea mío. Duele su traición y cómo me empujó a bajar del cielo al infierno, todo en cuestión de horas.

—¿A cuántos te has tirado desde que me dejaste? —exige sin paciencia.

—¿Q-Qué?

—¿Con cuántos has gozado pensando en mí? —masculla, exaltado.

—No seas hipócrita. No te creas con el derecho de...

—No tienes ni puta idea de lo que he sufrido estos seis meses.

—No me interesa —aseguro, sorprendida, es la primera vez que hablamos desde que lo eché de mi casa. ¿Por qué ahora me cuenta esto?

—Yo no he vuelto a tocar a otra —confiesa, pausando el baile, pese a los curiosos que nos rodean. Me siento morir. Con su revelación ha dado en el centro de la diana, debilitando mi coraza. Noto un agudo pinchazo en el pecho y sé que he de hacerme la fuerte, mostrar indiferencia o lo lamentaré—. Ni siquiera lo he intentado, Anahí, ¿entiendes la magnitud de mis palabras?

¡No tiene sentido! ¡Me engañó y no volvió a buscarme!

—¿No vas a decir nada? —replica con ojos desencajados.

—Que si no mientes, te mereces sufrir todo esto y más.

Me suelto hecha una furia, prohibiéndole que vuelva posar sus manos en mí y voy directamente hasta el camarero, como era mi intención antes de que Derek rompiera mis esquemas. El chico niega con la cabeza. Sabe qué busco, pero hoy todo parece estar en mi contra. Me quedo mirándolo, pero repite el gesto, sirviéndole la copa a una coqueta Melania.

—¿Por qué? —le exijo.

El camarero se encoge de hombros y decido salir de allí como alma que lleva el diablo. ¡Quiero gritar! Me refugio en el baño, que está prácticamente vacío. Me mojo la cara y, acto seguido, me miro en el espejo. Las palabras de Derek retumban en mi mente una y otra vez, tantas que se convierten en una tortura. ¿Por qué insiste en burlarse de lo que sentí por él? No creo que me haya dicho la verdad. ¿¡Y por qué sigue doliendo!?

Aturdida, salgo para regresar a mi villa, allí donde podré descargar mi ira.

De repente, el camarero me detiene por el brazo.

—La acaban de dejar para usted —dice, mostrando su mano abierta.

Es una servilleta de papel muy doblada, no una hoja como en noches anteriores. Hago un rápido repaso con la mirada. Yago sigue bebiendo. Bruce ríe con su novia. Y Derek habla con mis amigas. Ninguno repara en mí.

No, es imposible que sea uno de ellos.

¿Cómo he podido sospecharlo?

Tenías razón, no pensé que me aprovechaba de ti, pero tus palabras me han hecho recapacitar. Después de haberme marchado de tu habitación, a la que nunca debí acudir, la noche fue bastante larga y me sentí como un acosador.

No me esperes, no volveré... No aquí.

Lo siento, nunca quise ofenderte.

¡No! Aprieto los dientes, encarándome con el camarero.

—Te exijo que me digas quién es.

—No puedo —insiste, agachando la cabeza.

—¡Idiota!

Corro hasta el punto de encuentro, a esa habitación «prohibida» en la que me he sentido tan deseada, libre. En la que he cruzado límites insospechados y me ha hecho sentir miles de sensaciones, todo en tiempo *record*.

Llamo a la puerta con desesperación. Lo hago una y otra vez. No, no hay nadie. Espero, inútilmente espero una hora, sentada en el suelo, pero *él* no llega. Y en mi pecho hay una sensación de vacío que me asusta.

Capítulo 10

No es...

Cuarto día de vacaciones.

Tengo sentimientos contradictorios entre sí. Por un lado, me parece haber vivido demasiado aquí y en muy poco tiempo, aunque, por el contrario, todo ha sucedido muy deprisa. Y pronto estaré de regreso.

No, no quiero irme. Hoy tampoco he dormido apenas, pues conservé la esperanza de que él viniera. Para colmo, he amanecido con la convicción de que nunca descubriré quién es. Me cuesta asimilarlo. No puedo más con esta incertidumbre y necesito «verlo» por última vez. Me encuentro sentada tras el escritorio, meditando cada palabra que plasmo en un folio. Es la tercera vez que empiezo a escribir, ya he lanzado dos bolas de papel contra la puerta; la culpa la tienen los tachones de bolígrafo azul que llevan. No es fácil expresar cómo me siento, pero después de una hora y media, lo consigo. Leo y releo la nota, no quisiera transmitirle algo que no soy ni asustarlo con mi intensidad, por lo que añado un último párrafo y le aclaro mis intenciones.

Hola, soy Anahí. Te estuve esperando pese a que dejaste claro que no lo hiciera, pero quiero que sepas que, aunque en un principio me sentí utilizada, enseguida entendí que no era así. No me hubiese quedado, me invitaste a irme y no hui. Es probable que pienses que estoy loca, ya que ni sé quién eres, sin embargo, necesito más. Me quedan menos de tres días aquí y me encantaría disfrutarlos contigo. Conocerte.

No pretendo que me pidas una cita, sí noches de sexo y desenfreno.

Le hago una foto a la nota y la mando al grupo de mis amigos.

Mensaje de Anahí:

Sé que Ada os ha puesto al día de mi aventurita aquí.
¿Qué opináis? No quiero parecerle una chica obsesionada o, peor aun, enamorada.

Mensaje de Pablo:

Lo explicas perfectamente en la carta: estás loca.

Mensaje de Mateo:

Un poco peculiar todo, pero que te quiten lo bailado.

Mensaje de Ada:

No hay dudas en esas letras. Suerte... Y cuéntanos si aparece.
Cúidate. Te queremos.

Mensaje de Anahí:

Gracias, chicos.

¿A qué estoy esperando? Reconozco que hoy voy especialmente sensual, llamativa. Los labios de color cereza, *eyeliner* bien marcado y contorno en los pómulos. Me he peinado con un par de moños perfectamente recogidos... cual colegiala. De complementos: aros y pulseras. El bikini es color verde menta, con un lazo en los laterales de la braguita y otro, entre mis exuberantes pechos.

Ya lista, salgo de la villa.

No se me pasa por alto echar un vistazo a la terraza de Bruce, que amanece muy solitaria, ya es una costumbre. Todavía me cuesta creer su confesión. Era celoso, por lo que jamás hubiese imaginado que, con los años, tendría una mente tan abierta. Pero si es feliz, ¿quién soy yo para cuestionarlo?

—Hola —saludo al camarero en cuanto llego y me apoyo en la barra. No parece contento de verme—. ¿No descansas nunca? Te pasas las horas aquí.

—Buenos días, señorita. Turnos largos, sí. ¿Desea algo?

—Ajá, toma. —Le paso la nota, con la misma discreción que él suele hacerlo—. Dásela, por favor. Supongo que lo verás a lo largo del día.

—No lo tengo tan claro.

—¿Por algún motivo en especial? —Ladeo la cabeza, poniéndolo contra las cuerdas. Me preocupan sus dudas. Niega con calma, reponiendo algunos vasos—. Dile que espero una respuesta.

—¿Algo más?

—Una granizada de limón, por favor.

El chico me atiende con toda la paciencia del mundo, evitando posar sus ojos en mí. Una vez me sirve, bajo a la playa. Bebo de la granizada con una cañita de papel *kraft*, haciéndome sonreír este detalle. A Bebi, la gatita de mis padres, le encanta jugar y hacer ruido con bolsas de este mismo material. Suelo llevármela a casa algunas temporadas, cuando le puedo dedicar tiempo y no está sola. Hasta hace seis meses otra gatita le hacía compañía...

—¡Anahí! —Miro hacia la orilla. Es Cintia quien me llama—. ¡Ven!

Entrecierro los ojos, analizando la escena a punto del infarto. Suso se besa con Melania, ambos tumbados sobre una toalla, pero ellos no son los que me hacen sentir así. Derek está de rodillas y fotografía a las chicas, que me saludan de manera efusiva. Él me ignora y continúa captando cada posado de las rubias. ¿Están tonteando? Lo que me faltaba presenciar a estas alturas.

«¡Cerdo, no tiene escrúpulos!».

Está sin camisa, tiene puesto un pantalón corto y ancho; rasgado por la zona de delante. El cabello está recogido. Su piel más tostada incluso que ayer. Guapo hasta decir basta. No hay parte de su cuerpo que no roce la perfección.

¿Por qué tuvo que romperme el corazón?

Sí, hoy la melancolía ha regresado, es la segunda vez desde que llegué...

Termino la granizada y alquilo la tumbona que está cerca de ellos, aunque marcando las distancias. En mi pecho se ha instalado una presión dolorosa.

Creí haber superado su presencia, de hecho, hemos coincidido bastantes veces a lo largo de este tiempo, pero siempre me he mostrado indiferente y no le he dado pie a que se acercara o me hablara. ¡Me dolía!

Él nunca ha forzado la situación, al contrario, se alejaba. Y yo, hasta ayer, no he sabido nada de sus sentimientos.

Cuando me contó la verdad... solo le permití que me pidiera perdón. Desde entonces, he tenido dudas acerca de si lo hizo porque lo sentía, porque quería recuperarme o por pena. A pesar de su última frase, nunca he creído que tuviera intención de reconquistarme. ¿Para qué? Me había sido infiel...

Pero le quedó bien despedirse así.

Cuando decidí retomar mi vida y me lo crucé, le mostré mi rabia, aunque sin poder hablar, sin embargo, mis ojos me delataban y reflejaban el dolor que me causaba verlo. Por eso se alejaba. Quiero pensar que era así. Que una parte de él me protegía frente al daño causado. Pese a lo sucedido, necesito creer que no todo lo que vivimos fue una mentira. Quizá para protegerme de más dolor.

—No se merece nada de ti —murmuro para mí misma.

Entonces suena mi teléfono, obligándome a apartar la mirada del trío.

—¿Quién es? —pregunto, poniéndome las gafas de sol.

—Bombón, soy Yago.

—Ah, hola. ¿Qué tal?

—Estoy en el aeropuerto —comenta con voz cansada.

—¿Cómo?

—Me ha surgido un imprevisto. Es por temas laborales, pensaba decírtelo anoche y no era lo único que tenía pendiente de contarte, pero te vi muy acaramelada con el melenas —escupe con cierto desprecio.

—No es lo que parece y... ¿anoche ya sabías que tenías que irte?

—Sí, ¿por qué?

«No me jodas».

¡Todo encaja! Y al mismo tiempo, no me gustaría confirmarlo. El Yago que yo conozco, el

delicado y romántico, no tiene nada que ver con el hombre que se encierra a oscuras conmigo. Sería otra mentira y me gustaría creer que todo ha sido real. El porqué; ni yo misma lo sé.

—Por eso le dejaste la nota al camarero, ¿no? —lo acuso. Tengo los nervios a flor de piel. ¡Se acabó!—. Te despedías, aunque no lo entendí así.

—¿De qué hablas?

—¿No son tuyas las notas? —insisto más sofocada, incorporándome por el repentino agobio que siento—. Dime la verdad, por favor.

—No te entiendo, Anahí.

—¡Has dicho que me ibas a confesar algo!

—Sí, sobre el viaje y la casualidad de encontrarnos allí.

Libero el aire contenido en mis pulmones, no es Yago. Por un momento todo se vuelve borroso. Me noto un poco debilitada, no sé si por el calor o...

Los ojos se me cierran.

Capítulo 11

¿Por qué tú?

—¡Eh, Anahí! —¿Por qué Lisa está tan alarmada?—. Oye, Anahí.

Percibo que por la nuca me corre agua helada, también por la zona de la frente. Trago con cierta dificultad y abro los ojos. ¿Qué me ha pasado? Las chicas están observándome fijamente y suspiran cuando parpadeo repetidas veces. ¡No puede ser! ¿¡Por qué no entiende que no quiero verlo!?

—¡Suéltame! —le grito a Derek al percatarme de que estoy sobre su regazo—. ¡Que me sueltes!

—No estás en condiciones de exigir —masculla sin paciencia—. Te has desmayado. Recupérate un poco y enseguida podrás hacer lo que te plazca.

Controlo mi genio, asustada por el alterado ritmo de mi corazón. Incluso mis propios latidos me retumban en los oídos, como si se aproximara un caballo desbocado. La piel de Derek y la mía se están tocando, despertando escalofríos en todo mi ser. «¿¡Por qué no se va y me deja en paz de una vez!?».

Me cubro la cara con las manos, negando sin cesar.

De fondo creo oír la melodía de mi teléfono, hasta que, repentinamente, Derek me saca de dudas cuando lo miro. Pues le quita el móvil a Cintia, respondiendo sin mi consentimiento.

—¿Quieres dejar de llamarla de una puta vez? —amenaza con sus ojos verdes desencajados—. No quiere hablar contigo, ¿¡te queda claro!?

—¿Q-Qué haces? —balbuceo, todavía con mareos.

—El gilipollas que te esperaba ayer, Yago, ¿no? Ese te está quemando el teléfono, pues no para de insistir —masculla, depositándome en la arena con cuidado—. Lisa, Cintia, ¿seguimos con las fotos o me voy? No me apetece estar aquí.

—No tenías derecho a hablarle así —le reprocho, ignorando a mis amigas.

—Anahí, no estoy de humor para aguantar tonterías —rebate entre dientes—. No te atrevas a decirme cómo comportarme con ese imbécil.

—Pero vosotros de qué os conocéis —pregunta Melania, alucinando.

—Cuéntales —se burla Derek con ironía, apuntándome con el dedo—. ¿O te avergüenza admitir que este idiota fue el amor de tu vida un año y medio?

Escucho jadeos sorprendidos a nuestro alrededor. ¡Quisiera matarlo!

—Que hace seis meses cometí el error de emborracharme y te engañé con otra —prosigue él

con la mandíbula agarrotada—. ¿Por qué? ¡Ni puta idea! Bebí y caí como un estúpido, supongo que fue una trampa bien orquestada.

¿¡Qué está diciendo!?! Jamás me lo contó así, tampoco se lo permití.

—Pobrecito, él no quería —critico con tono hiriente, lanzándole arena. Pero he de recostarme, los mareos no cesan—. ¡Eres un cerdo!

—¿Has acabado de insultarme? —gruñe sin disfrazar su ira—. Será mejor que me vaya, odio ser la comidilla de los malditos cotillas.

Sí, hay demasiadas miradas pendientes de nosotros y no solo la de nuestros amigos, sino la de los turistas que se divierten con el espectáculo que hemos dado. Y cómo no, la cosa empora. Bárbara está entre los curiosos.

Ya me imagino la llamada de mi hermana.

—Estoy harta de todo —farfullo bajito.

—¿Mejor? —pregunta Germán. Las chicas están mudas. Suso se mantiene en su línea, a carcajadas—. Si necesitas...

—¡Necesito que tu amigo me deje en paz!

Un prolongado silencio se establece entre nosotros, uno que me alivia.

El resto del día les prohíbo que lo mencionen. No quiero saber nada de él ni de sus excusas, necesita justificar por qué me fue infiel. Prefiero que admita que se calentó, que no adorne una verdad que no se la cree nadie.

Según sus propias palabras, la víctima es él, ¿no? ¡De locos!

Me distraigo tomando el sol, jugando a las palas. Degustando una liviana ensalada y un delicioso helado. Todo sencillo, en la arena y como a mí me gusta. Disfruto en los lugares donde el aire libre predomina o en sitios donde puedo comportarme como una salvaje. Vivo rodeada de lujos cuando trabajo con famosos y, sinceramente, a ratos... está bien, pero la mayor parte del tiempo detesto ese mundo, es demasiado superficial para mí.

La tarde se presenta más entretenida con la llamada de Yago, que está a punto de embarcar tras solucionar algunos problemas con el billete de vuelta. Pero lo mejor son los mensajes de mi histérica hermana.

No doy crédito, te creía más lista.

¡Estás allí con Derek!

¿Para eso querías viajar sola?

Has caído muy bajo, Anahí, bajísimo.

¡Te puso los cuernos!

Respóndeme de una vez, joder.

Leo los mensajes a posta, para que sepa que estoy al tanto de ellos, pero no respondo. Me

indigna que dude así de mí, me conoce y sabe que no perdonaría jamás una deslealtad. No podría pasar página. La relación sería tóxica, sufriría cada vez que él se marchara. ¿Dónde está?, ¿con quién?, me preguntaría a menudo. No suelo juzgar a nadie, no obstante, reconozco que me cuesta entender a los que consienten este tipo de actos en una relación.

—Nos vemos en la fiesta, estaré allí sobre las nueve —me despido de las chicas y de sus odiosos acompañantes.

Son las ocho, dispongo del tiempo justo para ducharme y perseguir al camarero, no me detendré hasta que me dé la pista que necesito.

Camino por la playa, sin prestar demasiada atención a las personas que la ocupan, hasta que llego al final, donde la arena termina. Me encuentro prácticamente de frente con la novia de Bruce. Habla con un grupo de gente, pero me reconoce al verme. Va con un vestido impresionante, muy sensual y rojo. Enseguida acorta la breve distancia que nos separa y no tiene reparos en expresarme, sin que nadie se lo haya pedido, sus impresiones.

—Soy Daniela Alcázar, un placer, Bruce me ha hablado muy bien de ti. —Asiento con la cabeza y le sonrío, aunque no estoy cómoda—. También me comentó el acercamiento de la otra noche.

—Mira, no sé qué te ha...

—No es un reproche, al revés —dice con picardía y me susurra cerca del oído. ¿De qué va!? —. Adelante, por aquí no encuentra nada de su agrado y me cohibe un poco. Divertíos. —Me separo para ver su expresión. No parece estar enfadada—. Te hablo en serio, ¿por qué no pasar un buen rato? Te agradecería que te decidieras esta noche.

—No, gracias, no me interesa —replico con cierta incredulidad—. Hay juegos que no me divierten.

—No sabes lo que te pierdes. —Me guiña el ojo y antes de regresar con el grupo, añade—: Piénsatelo.

La contemplo de arriba abajo y no logro comprender por qué Bruce y ella buscan a otras personas para mantener sexo. Ambos son espectaculares. Daniela tiene una mirada felina que impacta, un cuerpo de infarto. Y su novio... ¿Qué voy a decir yo de él? Ha mejorado con los años.

Agito la cabeza, olvidándome de los extraños líos que se traen esos dos, emprendiendo la marcha hacia la barra. Pienso recordarle al camarero que estaré de vuelta en menos de una hora. Entonces, sucede, como si una nube de humo se disipara ante mis ojos y me mostrara la realidad. Ahí está la escena que tanto he buscado y perseguido. Siento que las rodillas me fallan. ¿Es él? ¡No y no! Se encuentra en una de las mesas del fondo, recibiendo un bol de fresas muy rojas. Primero chupa la fruta, la misma que estos días me ha vuelto loca, y luego la muerde, pensativo. Está solo.

«No puede ser, por favor».

Era uno de ellos. Los tres tienen en común la incipiente barba, un tacto especial, un olor que me atrapa, y ahora sé por qué. Detalles que me han descolocado, pero que, aunque *él* trataba de despistarme, despertaba algo en mí. Ya lo entiendo todo, ¡¡hijo de puta!!

Impulsada por la rabia, la decepción y el profundo dolor que me causa conocer esta verdad, me acerco y sin mediar palabra, le lanzo el contenido del bol en la cara. Haciendo que las fresas salten por los aires y que su sucio juego quede expuesto. ¡He sido una idiota!

—Mentiroso de mierda —escupo con los dientes apretados.

—¡Anahí!

Me marcho corriendo, con las lágrimas bañándome las mejillas y la impotencia consumiéndome. Llego a mi villa y me dejo caer bocabajo en la cama, pataleando como una niña pequeña. No sé cuánto tiempo transcurre así, pero no consigo calmarme. «¿¡Cómo ha podido jugar con mis sentimientos!».

¡Lo odio con todas mis fuerzas!

No obstante, necesito saber que no estoy equivocada, incluso pisoteando mi dignidad. Sin controlar el llanto, me pongo el primer vestido que alcanzo entre mis pertenencias, las que todavía están dentro de la maleta. Finalmente salgo a su encuentro, desesperada. He de acabar con esta agonía, sí, me dirijo hacia la sala «prohibida». Sé que acudirá, no tiene escapatoria. En mis ojos ha podido vislumbrar la desilusión. Y yo he visto en los suyos el temor a ser descubierto.

Llamo una sola vez y la puerta se abre. Él no me empuja hacia su cuerpo o contra la pared como las noches anteriores, me da la libertad que necesito.

Cierro con el talón y, a oscuras, lo busco a tientas. Me permite que lo toque, que recorra y descubra con mis dedos sus ya conocidas facciones.

Su pelo...

Libero un sollozo, uno cargado de ansiedad.

—¿Por qué tú? —le reprocho, rompiéndome sin consuelo alguno.

Capítulo 12

Estúpido corazón

Se queda en silencio y entonces todo cobra sentido. Sus besos, su forma de tocarme y de hacerme suya. Esa pasión desmedida, la que a mí me hacía vibrar. Duele, duele saber que he caído rendida a sus encantos y sin cuestionarme nada más. Ahora entiendo el porqué. Era él.

Mi cuerpo lo reconoció incluso antes que yo y me dejé llevar, pese a no saber de quién se trataba, pero estaba a gusto. Ni siquiera cuestionaba el hecho de que, con tres encuentros, yo deseara más.

Era tan obvio. La melancolía regresó cuando nos vimos, luego sonó la canción que oíamos en casa, *Halo*, y quise arrinconar el sentimiento.

¡Me siento tan tonta!

—Anahí —susurra con voz rota—. Perdóname, por favor. Te juro por mi puta vida que no quería hacerte daño, pero necesitaba hacerte saber lo mucho que significas para mí.

—Follándome, ¿no? Como lo harías con cualquier otra... —le recrimino, resbalando la espalda contra la pared, hasta terminar sentada en el suelo y arropándome con mis brazos—. ¡Te odio tanto!

—No es verdad, joder, y estás así porque te has dado cuenta de que todavía me quieres. ¿¡Por qué no lo admites de una maldita vez!?

—¡Cállate!

Enciende la luz, pero no quiero verlo. ¡Me niego! Apoyo la cabeza contra las rodillas, llorando. Hace unos días pensaba que no podía haber nada peligroso en divertirme con un desconocido, hoy sé que no es así, que va más allá. Hace seis meses, cuando escuché de sus propios labios que me había sido infiel, no le di la oportunidad de explicarse. Lo eché de mi casa y le prohibí que se acercara. Él, de una manera u otra, me ha hecho caso. Me llamó dos veces... Coincidíamos en eventos o en lugares de trabajo, siempre por nuestras respectivas profesiones, pero en cuanto Derek parecía dirigir sus pasos hacia mí, le dedicaba una mirada asesina, prohibiéndole así que se acercara —si es que era su intención—, de lo contrario, no me hubiese importado armar un escándalo. Ya estaba avisado.

El tiempo ha transcurrido y sí, el peligro era muchísimo superior al que imaginaba. Se trata del hombre al que más he amado en mi vida y después de volver a sentirlo, mis miedos han regresado.

Me siento tan débil como una muñeca de trapo.

—Anahí, por favor, deja de llorar. —Intenta tocarme, pero le doy un manotazo—. Aquella noche nunca significó nada para mí, la borraría. Si pudiera, daría marcha atrás en el tiempo. Tienes que oírme, cariño. Pese a la infidelidad, siempre he mantenido mi lealtad hacia ti.

—¡Nos seas cínico!

—¡No te miento, maldición, nunca lo hice! Cometí el error de beber hasta perder la razón y pasó, no sé cómo ni por qué. Te juro que en cuanto desperté y la vi, quise morirme. Me odié tanto como tú. Fui enseguida a tu casa, pero ya era demasiado tarde. La había cagado y no me diste la oportunidad de...

—No te merecías ni te mereces nada —reniego, hipando.

—Esa chica se encaprichó conmigo, te lo advertí dos días antes —insiste, suplicante. Es la primera vez que me atrevo a oír más detalles. La imagen duele—. No pertenecía al grupo de trabajo con el que fui a tomarme unas copas, no sé en qué momento apareció. Por favor, nena, no supe qué hacía.

Me da tanta repugnancia su falsa defensa y, sobre todo, esa frase tan típica. La réplica es obvia, por lo que añado entre dientes:

—Entonces, ¿cómo confiar en ti cuando estás borracho?

—¡No, no lo lloves por ahí! Hemos bebido cientos de veces juntos y sabes que yo no soy así, esa noche bebí más de lo que debía, lo sé. Asumo que fue mi maldito error, el que me llevó a hacer algo que no quería ni deseaba.

—¡Son excusas baratas!

—Mírame, Anahí —implora con desesperación.

—¡No!

—Tienes que creerme, por favor. No he vuelto a verla ni sé nada de su vida, no me ha llamado y tampoco hubiese respondido. Fue solo esa maldita noche. Unas horas, no sé... Pero sucedió, yo tenía un... preservativo.

—¡Basta! —grito, haciéndole entender cómo me siento—. No se trata únicamente de *ella*, sino de lo que hiciste, ¡me fallaste y ya no confío en ti!

No puedo mirarlo, no aún.

—Fue un error, nena, contigo lo tenía todo y no necesitaba nada más. Nos complementábamos en cada ámbito de nuestras vidas —masculla atropelladamente, ignorando mi desesperada súplica—. En el trabajo, en casa. Nos reíamos juntos hasta terminar llorando. Nos encanta ir al cine o comer en el restaurante más simple. Ir en moto. Echarnos la siesta con Bebi y Kira, nuestras mascotas. Nos perdíamos en el campo y el resto del mundo dejaba de existir. ¿O ya has olvidado las escapadas que hacíamos? Éramos uno solo.

Me aprieto la cabeza, evitando tirarme del cabello. No soporto recordar los momentos a los que hace alusión. Nunca fui tan feliz, ¡anhelo todo aquello!

—Por un calentón... lo destrozaste todo —lo acuso sin compasión.

Sé que está de pie, aunque cerca, percibo sus movimientos, oigo sus pasos de un lado a otro. No se atreve a tocarme. Es otra de las cualidades que me enamoró de él, que me daba mi espacio. Sin agobios ni presiones.

Descarado, salvaje, pero maduro.

—No sé qué me pasó, nena, te lo prometo. Recuerdo que bebía y que, al terminar, uno de los chicos del equipo me incitaba a tomar otra copa, yo repetía que me esperabas en casa. Pero seguí bebiendo —reconoce con amargura. Estoy devastada, no sé ni cómo me siento—. Luego apareció ella; creo que cuando yo bailaba. Me besó y a partir de ahí, el resto es muy confuso. Un coche, risas y mi peor despertar. No volvió a suceder, de hecho, he luchado cada jodido día para encontrar el modo de acercarme a ti. Tu hermano lo sabe.

—¿Qué quieres decir? —pregunto con asombro, mirándolo enseguida.

Se ha soltado el cabello, supongo que estos días se ha encargado de mantenerlo recogido para que ningún mechón suelto me diera pistas. Está nervioso y demacrado. Distingo la tristeza en sus ojos, el temor a perderme definitivamente, lo conozco. Sí, por un fugaz segundo creo en sus palabras, no obstante, ya es demasiado tarde para nosotros. La desconfianza no me permitiría avanzar si retomáramos la relación. Ni puedo ni debo planteármelo, aunque ahora la vulnerabilidad me haga dudar de mis propios sentimientos.

Tengo el orgullo herido y el corazón destrozado.

—Cariño, no llores así, me matas —suplica, observándome fijamente.

—Te he hecho una pregunta —exijo, limpiándome las lágrimas con brusquedad. Detesto mostrar esta debilidad ante él—. ¡Habla!

—Sí, Anahí. He mantenido el contacto con tu hermano desde que lo dejamos. Fue él quien me avisó de que vendrías de vacaciones aquí. Pensó que era la oportunidad perfecta para que habláramos, eso sí, sin imaginar que no estarías sola en realidad. —Aprieta la mandíbula y se sitúa a mi altura, arrodillándose delante de mí. ¡Duele!—. No te mentí cuando te confesé que no había vuelto a estar con ninguna mujer, no desde aquella maldita noche en la que te jodí la vida y te perdí, quedándome vacío.

—No me toques —le prohíbo ante su intención de hacerlo.

—¿Cómo has podido estar con otro, Anahí? —No pregunta, implora.

Trago saliva y para lastimarlo, arrojo la frase muy despacio:

—Porque ya no estoy enamorada, porque te odio por encima de cualquier cosa y he podido salir del pozo en el que me hundiste. —Se pellizca la nariz, se atusa el pelo y añade—: Ahora solo quiero disfrutar del sexo.

—¡Estás siendo injusta, yo te valoraba y te daba lo mejor de mí!

—Y te bastó una noche para que cualquier recuerdo o sentimiento bonito... fuese fulminado

—escupo, mostrándole mi peor versión—. Ya no estoy dispuesta a permitir que otro error tuyo me destroce.

—No habrá otro error, te lo prometo. Y sé que me quieres, nena, luchemos.

—¡No!

Él niega con la cabeza. Reconozco su impotencia, la desesperación que le causa no convencerme con sus súplicas. Se acabó, no puedo darle el poder del que por un año y medio gozó. Sí, con él me sentía la mujer más plena sobre la faz de la tierra. Era mi todo. Soñaba con una vida a su lado.

Y de la noche a la mañana mi felicidad se convirtió en tristeza.

Mi mundo ya no era de color, sino negro.

—¿¡No te das cuenta de todo lo que he hecho para que no me reconocieras y de lo poco que ha servido!?! —grita, liberando lo que calla—. He utilizado otro perfume, me he echado crema en las manos para disimular el tacto, también en el cuerpo, así como bálsamo en los labios. He distorsionado mi voz, reprimido mis gemidos. He disfrazado hasta la respiración y me he afeitado la barba. Aun así, sentías algo especial por ese *desconocido*, pero soy yo, Anahí, ¡yo!

Me incorporo, fingiendo una indiferencia que no siento. Controlando el llanto para que no brote de nuevo con su arrepentimiento.

Son demasiadas emociones.

—No intentes retenerme o seguirme —le advierto, abriendo la puerta—. Haz tu vida de una vez. No me esperes. No volvería contigo.

Me marcho de una vez por todas, sintiendo que por dentro me rompo en mil añicos. Hay un dolor en mi pecho que me impide respirar con normalidad. La sensación de fracaso está de vuelta y solo quiero llorar hasta arrancar esta terrible ansiedad. Porque mientras camino de regreso a la villa, soy consciente de lo que supone el acercamiento que hemos tenido.

Sí, he retrocedido a una velocidad de vértigo.

Lo que sentía por él, muy lejos de estar enterrado, se ha avivado. Es como una pesadilla tener que revivir lo que tanto daño me causó.

Una vez en la habitación, me siento en la cama y cojo el teléfono. Tengo una congoja en la garganta que apenas me permite hablar, sin embargo, necesito llamar a mi madre. Contarle mis miedos, igual que cuando era una niña. Aquí ya es de noche, por lo que en España es temprano.

—¿Anahí? —responde enseguida.

—Mamá... —Se me quiebra la voz.

—¿Qué pasa, cielo? ¿Por qué lloras así de desconsolada?

—En este viaje he coincidido con Derek —susurro sin rodeos—. Y la culpa es del traidor de Raúl.

—¿Qué tiene que ver tu hermano en todo esto?

La pongo al corriente de lo que acabo de descubrir hace escasos minutos, pero no es lo único que le cuento. Me desahogo como jamás he hecho con ella, exteriorizo mis emociones; suplicando en silencio que no me dé la respuesta de la que huyo. Me niego a aceptarlo, aunque, una parte de mí, la más racional, ya lo está asimilando. Mi corazón le pertenece a Derek.

—Creí que lo habías superado —dice con evidente sorpresa.

—Yo también, hasta que me ha tocado.

—Has sido muy imprudente...

—Ya no importa —murmuro, obviando el resto de la historia.

—Cielo, tus ganas de olvidarlo te han llevado muy lejos, y no hablo precisamente de Punta Cana. —Su comentario me hace reír. Me tumbo en la cama, arropándome en posición fetal—. ¿Qué esperas que te diga? Yo lo adoraba, hasta que te traicionó.

—¿Y qué piensas? —musito con un suspiro—. Sé sincera, por favor.

—Que sigues perdidamente enamorada de él.

Aprieto los labios, ahogando el desgarrador lamento que amenaza con escapar de mi boca. No estoy preparada para entender que, a pesar de haber estado con otro hombre, de su infidelidad y de mi rencor, esté anclado en mi estúpido corazón.

Capítulo 13

El peligro de jugar con un desconocido

Mi quinto día de vacaciones no es el que imaginaba. Ni siquiera salgo de la habitación. Me paso el día comiendo gominolas, pizza con piña y helados. Escuchando música, la mayoría son canciones románticas, las típicas que le dan más dramatismo a la situación, por ejemplo: *100 años*. *O A ella*.

¿Por qué las pongo? Soy así de idiota. Hoy mi lado masoquista lucha por arrastrarme a su terreno, incluso rememoro el día en el que mi perfecto mundo se desplomó y no pude hacer nada para evitarlo.

Miré el teléfono por séptima vez; nada, eran las nueve de la mañana y no tenía noticias de Derek. Lo último que sabía de él era que, la noche anterior, había trabajado con un conocido grupo de música. Querían hacerse un reportaje para promocionar su trabajo y no tenían hueco en otro horario.

Derek solía escribirme a menudo, pero, al mismo tiempo, respetábamos nuestros espacios cuando era necesario, por lo que decidí no darle mayor importancia a su silencio. Habíamos quedado para comer —si no dormía en mi casa— y luego iríamos de ruta por la montaña. El día estaba muy nublado, pero a menos que lloviera, nuestros planes se mantendrían en pie.

Revisé la agenda, respondí algunos correos, aunque era domingo y no tenía nada previsto. Quería dedicárselo a Derek.

Antes de apagar el ordenador y como de costumbre, me quedé mirando mi fondo de pantalla. Lo ocupaba una foto de él y mía. Estábamos en casa y en la cama. Fue una de esas mañanas tras hacer el amor; después de retorcerme por más de cinco minutos con sus incesantes cosquillas por todo mi cuerpo.

«Me encanta verte sonreír», decía.

Me di una ducha y me vestí. Elegí un cómodo peto de tela. Era ancho, azul marino, que conjuntaba con la diadema de lana que llevaba en mi cabello suelto. Me maquillé los ojos y los labios, entonces llamaron a la puerta. Me extrañó, aún era temprano y no pensé que fuese él. Tampoco esperaba a nadie.

En cuanto abrí, supe que algo no iba bien. Derek tenía los ojos desencajados, la culpabilidad marcada en sus facciones. Su cabello estaba desordenado y en su vestimenta tenía un par de manchas.

A juzgar por el olor... de Whisky.

—Nena. —Acepté sus manos, que se entrelazaron con las mías. Estaba asustada por su actitud, pero no tenía miedo de lo que pudiese contarme. Solucionaríamos cualquier problema, juntos éramos invencibles—. Perdóname.

—¿Qué pasa, amor?

—No puedo ni mirarte a la cara. Yo... —Hizo una pausa y cerró los ojos, ¿estaba a punto del llanto?—. No sé cómo llegué allí.

—¿A dónde? —balbuceé, dando un paso atrás.

—A casa de Samantha Barber.

Levantó la cabeza y miró hacia arriba, entonces vi su cuello. Lo tenía marcado. Un puñal por la espalda habría dolido menos.

—¿Qué has hecho, Derek? —pregunté con apenas un hilo de voz.

—Lo siento, te juro que...

—¿Te has acostado con ella? —La sola idea dolía más de lo que jamás pude imaginar. Su boca calló; sus ojos hablaron—. No es verdad, no puede ser, Derek. ¡Dime que no!

—Yo... Lo siento, lo siento tanto...

Sentí que la tierra se hundía bajo mis pies. Me estaba muriendo, agonizaba.

—¡No entiendo nada! ¿Cómo te has atrevido? —Le di una bofetada tan fuerte que giró el rostro—. ¡Maldita seas, creí que eras feliz conmigo!

—Y lo soy, por favor...

—¡Vete! —Lo empujé hacia afuera, la puerta todavía estaba abierta. Él forcejeó conmigo, hasta que tronó mi grito desgarrador—: ¡¡Vete, hijo de...!!

—Tienes que escucharme, por favor, Anahí.

—¡Ninguna excusa servirá para reparar tanto dolor! No quiero volver a verte, ¡nunca te atrevas a acercarte a mí! Me das asco —pronuncié en *shock*.

—¡No es lo que parece, escúchame!

—¿No es lo que parece? —repetí sin voz, era como estar atrapada en una pesadilla—. Pides perdón por ti, ¿verdad? Para no sentirte tan miserable, no lo haces por mí. Te sientes culpable, nada más.

—¡Es cierto, es mi culpa, pero...!

—Cállate, por favor, y si me quieres algo... deja que me olvide de ti.

—Anahí —imploró, aunque no me creía su posible arrepentimiento. Esa frase de: «Es mi culpa, pero...», guardaba quizá la confirmación que no quise oír. Le dolía haberme hecho daño, sin embargo, no había podido resistirse. Odiaba a las personas así. ¡Cerdo!—. Hablemos, por favor, estoy tan bloqueado como tú. Entiéndeme, no sé cómo...

—Que te entienda —recaqué, asqueada—. ¡Vete y no vuelvas!

Cerré la puerta y la golpeé repetidas veces, hasta que dejé de oír sus alaridos al otro lado de la madera. Su perdón no me serviría de nada, ¿dónde quedaban tantas promesas? Estábamos a punto de irnos a vivir juntos.

¡Teníamos tantos planes!

«¿¡Por qué!?, ¿¡por qué!?, ¿¡por qué!?!», repetí hasta la saciedad.

—No puede ser —sollocé, desesperada—. ¡No puede ser!

Fui hasta mi habitación, cogí todas sus cosas y, arrastrada por la ira, la decepción y el profundo dolor que me estaba causando, las lancé por la ventana. No me importó si alguien me veía, tampoco supe quién recogió todo.

Poco después mi teléfono sonó, pero no respondí, no me sentía capaz. Lo bloqueé antes de que insistiera. Sin embargo, dos días más tarde me llamó, aunque desde otro número. No supe si lloraba o lo parecía.

—Anahí, no me cuelgues, por favor.

—Derek Brooks, quiero que me dejes en paz, ¡olvídame! ¿No entiendes que ya no confío en ti y que todo tú me haces daño?

Colgué, pero no le importó.

—¡Déjame olvidarte! —insistí, destrozada.

—Tómame el tiempo que necesites para escucharme, yo estaré...

—Si te atreves a molestarme, me iré y nadie sabrá dónde encontrarme —aseguré, furiosa—. No soporto tu presencia ni todo lo que ya representas para mí. Derek, aléjate o te juro que me marchó y me perderá hasta mi familia.

—Anahí, te esperaré para que hablemos y...

—Pienso cumplir mi amenaza, ¿¡me oyes!?! ¡No insistas! ¿O es que no te importa todo lo que puedo perder si me marchó?

Silencio, sí, colgó. Ahí cambió mi vida para siempre.

Me encerré en mí misma, perdí trabajos y sentí que me moría. Pero después de semanas sin salir de casa, también me transformé.

«Jamás volveré a sufrir por amor», me juré.

Y lo cumplí...

O lo he seguido cumpliendo, lo he hecho hasta que he caído en las redes del mismo hombre que me llevó a convertirme en lo que soy.

¿Cómo ha sucedido?

La conexión que sentí en la oscuridad tenía una explicación. En el fondo, cuando estaba con Yago, buscaba a Derek en cada caricia, en cada beso. Necesitaba experimentar todas esas sensaciones que solo él era capaz de despertar en mí. Y creí haberlo encontrado con el

«desconocido».

El por qué... hoy es evidente. Es *él*, siempre ha sido *él*. No me reconozco. Mi alegría se ha evaporado. Soy un reflejo de la chica que llegó hace días a este maravilloso *resort*. Jamás imaginé lo que viviría aquí.

A medida que trascurren las horas, mi estado empeora y siento que me asfixio con mi propia agonía. De modo que decido salir y tomar aire. A mis amigos les he pedido tiempo, también a las chicas, ellas han llamado a mi villa en repetidas ocasiones.

De camino a la playa, leo los mensajes de Yago y decido responderle. Con él no pretendo que haya más confusiones. Necesito zanjar «lo nuestro».

Mensaje de Yago a Anahí:

No he sabido nada de ti en todo el día.

Mensaje de Yago a Anahí:

Necesito que hablemos.

Mensaje de Yago a Anahí:

Me quedó pendiente decirte tantas cosas...

Que aquí estoy si me necesitas, bombón, porque jamás he conocido a una mujer como tú.

Que me encantaría intentar algo contigo.

Que no fue casualidad que coincidiéramos allí. Una semana antes y mientras tomaba algo en el bar que nos conocimos, me encontré con Pablo. Sí, le sonsaqué información para saber dónde estabas. Lo siento, no respondías a mis llamadas y no sabía tu dirección ni cómo localizarte.

Mensaje de Anahí a Yago:

No tenías que haber forzado nada, tampoco utilizar a Pablo, no se lo merece.

Pero no te preocupes, es el menor de mis problemas.

Aquí he descubierto que por ti no podría sentir nada más allá de una atracción.

Gracias por tu paciencia y por tu forma de ser.

Cuídate, Yago.

Era demasiada casualidad que tan lejos estuvieran los tres hombres que, de un modo u otro, han marcado mi vida amorosa. No obstante, ¿qué más podría reprocharle? Yo misma actué de un modo parecido cuando vi por primera vez a Derek. Me gustó tanto que me propuse investigar quién era o dónde encontrarlo, sin imaginar que el destino nos uniría de nuevo en otro proyecto. Yo maquillaría a ciertos famosos para un reportaje que él captaría con su cámara. La complicidad entre ambos nació enseguida, en cuanto nuestras miradas se cruzaron mientras él se presentaba. En el siguiente encuentro sobraron las palabras, me invitó a tomar una copa y pasamos la noche juntos.

Ya fuimos incapaces de separarnos.

—¿Bruce? —pregunto, ahuyentando mis pensamientos cuando llego a la orilla del mar. Sí, es él, mojándose los pies y solo—. ¿Todo bien?

—Hola, he salido a despedirme de este increíble paisaje.

—¿Ya te vas?

—Esta madrugada, sí. —Acorta la distancia que nos separa y humedeciéndose los labios, me acaricia la mejilla. Las ganas de llorar regresan, pero aguanto el tipo. En el fondo estoy destrozada—. Ha sido bonito volver a verte y recordar viejos tiempos.

—Sí, aunque no como tú hubieses querido —intento burlarme.

—Ven aquí, anda.

Me estrecha contra su pecho y deposita un beso en mi cabeza. Un instante después me suelta bruscamente. «Pero ¿qué hace?». A nuestra izquierda está el motivo. La mirada asesina de Derek se clava en mí. Tiene los puños apretados a los laterales de su cuerpo y una mueca de asco en sus labios.

—¿Qué pasa contigo? —lo increpa el suizo.

—No vuelvas a tocarla —lo amenaza Derek con la respiración entrecortada. Bruce alza la ceja—. ¿¡Me has oído!?

—Ten cuidado y...

—Déjalo, por favor, Bruce —interrumpo la advertencia de este, interponiéndome entre ambos—. Es mi ex, pero creo que no le ha quedado las cosas claras. ¿Te importaría dejarnos solos?

—Ya lo entiendo todo, es el que huyó la otra noche de tu villa —escupe Bruce con ironía. ¡Lo vió!—. Si me necesitas, sabes dónde encontrarme.

—¿Bruce? —repite Derek, atónito, mientras el rubio se aleja sin quitar sus ojos de nosotros—. ¡No me jodas! ¿Qué hace aquí? Ese cerdo fue tu primer...

—No hables así de él.

—¡No lo defiendas, maldición! —me ordena, aferrándose por la cintura para acercarme a él. Contengo el aliento, está guapísimo tan salvaje y enloquecido—. ¿¡No ves que me estoy muriendo de celos!?

—No es mi problema —replico bajo la luz de la luna; nos persigue—. Tú tonteaste con Lisa y Cintia en mi presencia.

—¿Hablas en serio? —pregunta con evidente confusión. O quizá finge muy bien—. Hacía mi trabajo, Germán comentó que yo era fotógrafo y me pidieron el favor. ¿De qué coño vas? Estás jugando con otros para que yo lo vea y sufra, ¿¡acaso no crees que es suficiente con lo que me machaco yo!?

—No me importa.

Me doy la vuelta, entonces él me sujeta de la muñeca y me empuja contra su cuerpo. Su boca y la mía quedan a escasos centímetros, la respiración se nos acelera. Somos dos salvajes luchando

contra nuestros más fieros instintos. Él reclama mi rendición y yo... la liberación, pero en todos los sentidos.

—Soy el mismo hombre al que le pedías noches de sexo y desenfreno. En la nota, ¿recuerdas?
—Me roza los labios con el pulgar, erizándome la piel—. ¿Por qué no te olvidas de todo y disfrutamos de estos últimos días aquí?

—¡Suéltame!

—No puedo, Anahí —confiesa y se apoya en mi frente—. Te quiero demasiado y tú me quieres de la misma forma a mí.

—Derek...

—Este es el peligro de jugar con un desconocido, descubrir que en realidad no lo es. Aun así, sin saberlo, me has reconocido en cada gesto. Me buscabas, ¿sabes por qué? Porque no soportabas no tenerme. Me amas como yo a ti.

—Basta —imploro, cerrando los ojos, sintiendo su calor y pasión.

—Dame la oportunidad de demostrarte lo arrepentido que estoy. Deja que te recuerde por qué nadie te puede hacer sentir tan amada como yo.

Capítulo 14

Mi adicción

—No necesito nada más de ti —aseguro con frialdad—. Tu presencia me hace retroceder y recordar los peores momentos de mi vida.

—También te di los mejores, cariño.

Abro los ojos, devastada. En sus facciones se dibuja una mueca de dolor. Pero no puedo, algo en mi interior me dice que debo empezar de nuevo, sola.

He de volver a la casilla de salida y esta vez olvidarlo definitivamente.

—Suéltame —le ordeno con firmeza—. Tengo que irme.

Obedece, aun así, me persigue. No lo hace en silencio, va suplicándome que le conceda una nueva oportunidad, sin importarle las miradas indiscretas que están pendientes de la escena. Según avanzo, su voz apenas es un susurro.

Mi lucha interna se antepone a sus ruegos y me veo envuelta en algo que creí olvidado. ¿A quién pretendo engañar? Me muero por aceptar su propuesta, por pasar la noche con él y arrinconar por horas su traición. Necesito dejarme llevar y comprobar si sigo sintiendo lo mismo tras descubrir su identidad. Estoy asustada, me enfrento a lo que tanto temí cuando lo dejé. Al verdadero motivo por el que me he negado a escucharlo. Me daba miedo creerle y, sobre todo, perdonarlo; estaría fallando a mis propios principios. Pues tengo la convicción de que después de una infidelidad no se puede ser feliz. Si lo ha hecho una vez, ¿cómo tener la certeza de que no se repetirá?

También pensé que no me quería lo suficiente. Hoy siento lo contrario.

No sé cómo saldré de esta, sin embargo, he de arriesgarme.

Su traición me hizo añicos, pero también más fuerte y valiente.

—Anahí, por favor —repite, cuando cruzo la puerta de la villa.

No cierro, tampoco enciendo la luz, no estoy preparada para verlo mientras me hace suya. Finalmente y sin mediar palabras, me voy desnudando a mi paso. Él, desde donde se encuentra, puede distinguir mi silueta.

Sí, es una clara invitación, una que no pronunciaré en voz alta.

Un segundo después oigo a mis espaldas cómo se cierra la puerta. Derek se acerca y me rodea por detrás, me estremezco, gimo.

¿Cómo puede provocar este huracán de sensaciones en mí?

No lo entiendo, no después de lo mal que lo he pasado por su culpa.

—Te he echado tanto de menos —susurra contra mi cuello.

Cierro los ojos, a pesar de que la oscuridad es nuestra aliada. Su confesión cala en lo más profundo de mi corazón, porque yo hace meses que dejé de extrañarlo y desde que esta aventura comenzó, es como una maldita droga. Si la pruebas, crea adicción. Quieres más. La necesitas para sobrevivir.

Justo lo que Derek Brooks era para mí; la adicción más sana que jamás había tenido. Flotaba cuando me besaba o me tocaba justo como ahora.

Conseguía hacerme soñar despierta.

—Necesito recuperar lo que perdimos, no sé cómo reparar el error, pero no puedo perderte, por favor —implora e inicia con sus manos un recorrido lento y tortuoso por mi desnudo cuerpo—. Mi chica traviesa, mi locura, mi todo.

—Derek...

—Dime que no te has acostado también con el tal Bruce.

—N-No... Nos besamos.

—No tienes ni idea de lo que supone para mí, me duele.

—Chis.

—Desnúdame, quiero que reconozcas cada parte de mí, incluso a oscuras.

Se coloca delante, cojo aire y lo obedezco. Tiemblo, temblamos. Tiene razón, nadie ha conseguido que vibre como cuando estoy a su lado. Y lo odio por ello. Me pican las manos por el anhelo de volver a acariciarlo.

—Desde que te perdí, mi vida no ha vuelto a ser la misma —reconoce con voz ronca—. Me haces tanta falta, nena.

No respondo, me desprendo de su camisa, acariciando sus fornidos brazos. Su marcado pecho, su vientre. Siento que enloqueceré. Es él, sí, lo reconozco en cada caricia que abandono por su cuerpo, en cómo se estremece su piel. En la forma de agarrotar los músculos. «Mi Derek».

Desciendo por sus piernas, sobresaltándome con el inesperado gruñido que emite. Una vez desnudo, me pongo a su altura y conteniendo la respiración, envuelvo su duro miembro con la mano derecha.

—Joder, Anahí, joder. —La sensualidad de su voz me excita, ya estoy muy húmeda—. Hacía tanto tiempo que no te sentía así, cariño.

«Demasiado».

Me aferro con la mano izquierda a su nuca y mientras acaricio su masculinidad desde arriba hacia abajo, me adueño de su boca.

Gimo, desesperada, ansiosa, deleitándome con su sabor a fresas. Sí, mi nueva adicción. Es el modo de identificarlo, de saber que, irónicamente, es él quien me ha hecho querer más. A pesar de prometerme a mí misma no volver a creer en el amor. «¿Qué estás haciendo, Anahí?».

Cuando soy consciente de lo lejos que he llegado y de lo que supone este retroceso para mí, intento apartarme, pero ya es muy tarde. Derek me empuja hacia la cama y me cubre con su cuerpo. La electricidad está ahí, el deseo más primitivo se apodera de nosotros. Y soy incapaz de rechazarlo cuando advierto la punta de su hombría contra mi empapado sexo.

—No sé vivir sin ti —insiste, torturándome, rozando con sus labios la comisura de mi boca, mordiéndola—. Perdóname, por favor.

—Cállate...

Estiro la mano hacia la mesilla, abro el cajón donde guardé algunos preservativos —por precaución— el primer día que llegué. Se lo doy a Derek, que no tarda en ponérselo y pronto se está hundiendo en lo más hondo de mí. Me acuna la cara y entre suaves y cálidos besos, me hace el amor. Lento, muy lento, tanto que una lágrima rueda por mi mejilla. Es mi Derek, el hombre que sabe cómo actuar en cada momento. El que me conquistaba cada día al hacerme el amor de esta forma tan tierna y justo cuando lo necesitaba. Pero, por el contrario, liberaba al salvaje que no tenía piedad, si así las circunstancias lo demandaban. Mi fiel y cómplice amante.

Él, que desde que aterrizó en mi vida; es el centro de esta.

—Te quiero —susurra contra mis labios—. No dudes, nena.

—Chis...

—Quiéreme como antes, por favor —suplica y el vaivén de sus caderas me obliga a aferrarme a él, por la espalda, entrelazando cada parte de mi cuerpo al suyo—. Así, nena. Nunca me sueltes.

—Basta.

Somos uno solo.

Me embiste, entra y sale.

Me besa hasta quedarnos sin aire.

Me acaricia las facciones, los pechos y la cintura.

Los movimientos no se detienen, se adentra en mi interior, bebiéndose mis gemidos. Secando con sus dedos mis delatadoras lágrimas. Lloro, pero me siento plena. Me arqueo y voy a su encuentro, sin poder reprimir estas terribles ganas de él. Quizá mañana me arrepienta, cuando la burbuja se rompa y nos demos de bruces con la realidad, perdonar no es tan fácil. No para mí. Sin embargo, mientras tanto, elijo ser la Anahí que no conoce dónde está el límite.

La chica impulsiva de la que Derek se enamoró.

Tocarlo, probarlo y sentirlo ha sido mi perdición. Mi necesidad de él está de vuelta y no sé cómo controlarla. Es superior a mí. Fue otra de las razones por las que decidí no escucharlo, hubiese sucumbido. El corazón habría ganado.

Pese a que no tiene sentido.

—Voy a luchar por ti, lo haré hasta que aceptes que eres mía, ¿sabes el motivo? —gruñe,

propiciando que mi asustado corazón se desboque. Niego con la cabeza, no me sale la voz—.
Porque te amo, Anahí. Te amo con locura.

Capítulo 15

¿Por qué ahora?

La claridad inunda la habitación, puedo percibirla a través de mis ojos cerrados. Me encuentro bocabajo, desnuda, pero no estoy sola. Él no se ha ido pese a que ya ha amanecido. Reparte besos por mi espalda, consiguiendo que, como de costumbre, se me erice la piel. No quisiera despertar de este sueño, ha sido una noche intensa, mágica, una con la que he soñado cientos de veces. Pero desgraciadamente nada ha cambiado. Es cierto que me ha hecho sentir como antaño, que con cada frase yo me derretía... sin embargo, no confío en él, mirarlo es recordar todo el mal que me hizo.

Un mal que creí haber superado.

—Derek —musito con un carraspeo.

—No te atrevas a echarme —masculla él.

Me cubro el rostro con el cabello, pero ¿a qué huele? Abro un poco los ojos y me quedo sin palabras con lo que hay a mi alrededor. Me siento de golpe y repaso con la mirada cada rincón de la estancia. Flores, concretamente rosas rojas —mis favoritas—, inundan la habitación. «¡Está loco!».

¿En qué momento ha sucedido?

—Son todos los ramos que no te he enviado durante estos meses, no lo hice por no hacerte daño, por miedo al rechazo, pero se acabó, no me rendiré, no ahora que sé que me quieres. Vivir sin ti es imposible, Anahí.

—Tendrás que aprender a hacerlo.

«No imagina cómo duele marcar tanta distancia». El rencor me domina.

—Me niego —insiste, ronco.

—¿Por qué ahora?

—Porque te vi con ese tipo en España y sentí que te perdía de verdad, ahí me di cuenta de que el tiempo se me había agotado. Enloquecido, llamé a tu hermano, le dije que me daba por vencido. Entonces surgió el viaje.

—Y caí en tu trampa —musito con un hilo de voz.

—Fue el único modo que encontré de hacerte pensar. Lo siento. Me amenazaste con irte lejos si me acercaba, no me quedaban más opciones.

—Esto no puede ser, me conoces.

—Quiero proponerte algo —susurra Derek cerca de mi oído, desde atrás aún. Mis palabras han

sido obviadas—. Una cita que se prolongará por horas. No pienses en nada más, como te gusta jugar, imagínate que soy el misterioso hombre de la sala prohibida.

—Deberías irte.

—En el fondo no quieres que me vaya. No te despidas así de mí, sé que cuando llegemos a Madrid ya nada será igual. Que allí empezará de nuevo mi verdadera lucha. —Me rodea por la cintura y me besa el cuello. El deseo por él crece, de modo que me muerdo los labios para no suplicarle que me haga el amor. Una noche no ha sido suficiente—. No desprecies a este desesperado hombre, un hombre que no sabe qué hacer para recuperarte.

—Esto es un error.

—El amor jamás será un error —rebate con chulería—. Y yo te amo hasta perder la razón. De una forma que me asusta, porque soy capaz de cualquier cosa por volver a amanecer cada maldito día contigo.

—La frase te ha quedado preciosa —replico, mostrando una indiferencia que no siento. Aparto sus manos de mí y voy directa a la ducha. Cuando enciendo el grifo, suspiro con los primeros chorros de agua, los que se deslizan por mi sudorosa piel tras una interminable noche de sexo. Derek enseguida me acompaña; no pide permiso—. ¿Q-Qué estás haciendo?

—Convencerte para que aceptes la cita.

Entonces sale nuevamente de la ducha, echa la cortina de la ventana que está enfrente y confiesa muy bajito:

—Te he visto alguna que otra vez por ahí, no la dejes abierta, por favor. No soy el único curioso. —Está contenido, dolido, pero calla y vuelve a la ducha.

Entonces nuestras miradas se cruzan y, por primera vez desde que he descubierto su identidad, no rehúyo de sus ojos. Me pierdo en el verde de su mirar, en la pasión que desprende. Identifico ese amor que proclama con vehemencia. Mi mente me grita que me detenga, mi corazón implora que me rinda. El segundo gana la batalla. En cuanto nuestros labios se rozan, el deseo se multiplica y ya no hay marcha atrás. Es como un maldito imán. Derek me empotra contra los azulejos, aferrando mi mentón con su mano izquierda para que le sostenga la mirada y no olvide que es él quien me hace suya.

—¿Sigues tomando la píldora? —pregunta contra mi boca.

—Sí...

—Dime que no has permitido que *él* te haya sentido sin barreras.

—No —reconozco, abrumada.

Sé lo importante que es para Derek que no haya estado con Yago piel con piel, sin preservativo, era nuestra forma de manifestar la confianza en el otro, de fortalecer el vínculo, de demostrarnos el amor. Hasta hoy ni siquiera me había planteado el porqué seguía con la píldora, si ya usaba protección.

Ahora lo sé.

«No te olvidaba, maldito Derek, seguías presente y anclado en mi corazón».

Quizá siempre he valorado darnos una nueva oportunidad, no lo sé. Pero pensaba que él me había dejado de querer, pues no llamaba. Es cierto que se lo prohibí, así como que se acercara, sin embargo, no esperé que me hiciera caso.

En lo más profundo de mi alma... quería creer que lucharía por mí.

Si me amaba tanto, ¿por qué ha mantenido las distancias?

—¿Qué piensas? —me pregunta muy bajito.

Lo observo con detenimiento, hundiendo los dedos en su larga melena, para un instante después, recorrer cada uno de los tatuajes que cubren su piel. Era mi debilidad acariciarlo así, sentir que yo era la dueña de su vida y que nadie más lo tocaba como yo. Derek gruñe, perdiendo la paciencia.

Con un inesperado movimiento, me monta sobre su cintura, arrancándome una risilla nerviosa cuando me invade. Siento que no hay nada más maravilloso y placentero en el mundo. No es suave, me empala con fuerza mientras me sostengo a sus hombros. Meneo las caderas, manteniendo el acelerado ritmo de nuestros cuerpos; que danzan juntos, entrelazados.

No quiero que este momento acabe.

Sus ojos me contemplan con intensidad, posesión. Su expresión es completamente fiera, salvaje. Nuestras bocas no se dan tregua, aunque nos falte el aire. Somos como dos animales poseídos por el placer.

Un placer que se prolonga hasta que el orgasmo nos vence entre jadeos descontrolados y terminamos corriéndonos a la vez. No hay palabras para describir lo que siento cuando se vacía en mi interior.

Es una sensación tan íntima.

—Joder, Anahí —masculla con los dientes apretados.

—Lo sé. —Me siento incapaz de decir nada más.

—Mi vida.

Guardo silencio.

—Estás preciosa. Amo tanto cada centímetro de ti, no me puedo creer que te esté tocando, sintiendo, y sin tener que ocultarme. —Descansa su frente contra la mía y yo acaricio su nuca—. Ya no soportaba más el no poder ver tu expresión mientras te hacía el amor, porque da igual si soy brusco o suave, te hago el amor siempre, ¿me oyes?

—No lo parecía...

—Lo sé, pero me he mostrado frío para despistarte —aclara, ronco.

—Se te da bien mentir —le recuerdo con recelo.

—Nunca te he mentado, excepto aquí —apostilla, abrazándome, acariciándome. Está

desesperado—. Te mentí cuando me hice pasar por otro y al hacerte creer que te había olvidado. No ha habido mayor mentira que esa.

—Ya no sé qué pensar. Si me hubieses querido tanto como dices...

Hace más presión de su cuerpo contra el mío y empuña mi mentón.

—No entiendes nada, ¿sabes por qué? Porque no me dejaste explicarme, Anahí, y ese ha sido el mayor error. Traté de decirte que te esperaría, pero, al mismo tiempo, te entendía; yo mismo me moría de vergüenza sabiendo lo que había hecho. No podía mirarte y mucho menos, presionarte. No tenía derecho —explica con un lamento—. No podía ser así de egoísta.

—Me llamaste dos veces, solo dos veces. ¿No merecía más? Cuando nos encontrábamos, me mirabas, pero te ibas.

—Lo hice por ti, nena, porque me obligaste y porque veía el dolor que te causaba verme. Te daba espacio, mi vida. Incluso hoy, no sabes cómo me cuesta pedirte una oportunidad cuando veo tanto rencor en tu mirada. Necesitaba tu perdón, solo tu perdón, para reconquistarte podía esperar hasta que estuvieras preparada, pues yo seguiría aquí, pero ese momento no llega. —Asiento, confirmando algo que, en el fondo, necesito creer. Que se retiraba para protegerme—. No sabes la fuerza de voluntad que he necesitado para mantenerme alejado de ti, pero ya no puedo más.

—¿Por qué ahora no puedes más? —susurro, insistiendo.

—Porque otro ha aparecido en tu vida y si no me arriesgo... dejarás de quererme. Sabe conquistarte. ¡Desde que te toqué, fingiendo que era él, no vivo! Necesito recuperarte y ya he perdido el control sobre mí mismo.

—¿Qué quieres decir? —presiono, evitando llorar.

—Que no puedo volver al principio, han sido los peores meses de mi vida y solo de pensar que, después de volver a sentirte, de saber que te amo incluso más que antes, tendré que renunciar a ti... ¡No puedo!

No tengo ni idea de dónde nos deja su confesión, pero quiero más.

—¿Y ahora qué esperas, Derek?

Me acuna la cara con rudeza, está fuera de sí. Pero consigue calmarse.

—Reconquistarte. Seguir siendo el hombre que te enamoró, ese que te saludó aquí el primer día y no el distante con el que coincidías en Madrid. Este soy yo. Dame la cita que te he pedido, probemos —suplica con un carraspeo.

—No funcionará, ya no somos los mismos. Recuerdo aquel día y...

—Cuál es tu nombre —gruñe contra mi boca.

—¿Qué?

—Soy el hombre misterioso de la sala prohibida, no lo olvides.

Entre tanta tensión, consigue hacerme sonreír. Al mismo tiempo, he de contener las lágrimas.

Las preguntas me taladran la cabeza.

Tras haberme entregado a él, ¿cómo asumir que lo necesito a mi lado? Y no hablo solo de esta noche, sino de la primera, cuando ni siquiera conocía su identidad. Ahí ya me rendí, quise más, mucho más de lo que podía permitirme.

—Un poco tarde para preguntar mi nombre, ¿no? —Alzo la ceja, entrando en su juego—. ¿Qué te propones?

—El mío es Derek —dice, ignorando mis palabras—. Derek Brooks.

—Anahí Sáez. —Me rindo, me besa los labios y suspira—. ¿Q-Qué?

—Nada, prepárate y no pienses, por favor. Nos espera un día intenso.

—¿Así conquistas a todas? —cuestiono sin disfrazar mis celos.

—Solo a la que pretendo que se convierta en mi mujer.

Capítulo 16

La despedida

Intento responderle, pero no me sale la voz, me ha dejado sin palabras. Los temblores se han vuelto a adueñar de mí y no sé cómo actuar.

¡Su mujer!

Me bajo de su cintura y empiezo a enjabonarme.

Cómo no, Derek no parece satisfecho y se encarga de que cada parte de mi cuerpo quede cubierta de espuma, calentándose de nuevo, contagiándome esas ganas de él, unas que no parecen tener fin. Por lo que saco a pasear mi lado más atrevido, coqueto, ocupándome también de enjabonarlo.

Deteniéndome en la zona baja del vientre.

—Si quieres más, tendrás que ganártelo —ronroneo, saliendo de la ducha.

Pero él me sujeta de la muñeca y de nuevo estoy contra los azulejos. Intenta besarme, tiene una mirada fiera, indescriptible. Entonces y sin que se lo espere, me arrodillo ante él y agarro su hombría. Su gruñido es bestial.

—Nena —protesta, jadeante.

Lo hago, chupo su miembro mientras miro hacia arriba. Su rostro manifiesta placer, morbo. Ansiosa, me meto su pene en la boca, lo saboreo, muerdo la punta con sensualidad. Derek no aparta sus ojos de mí, lo estoy volviendo loco, lo sé. Hoy libera todos esos gemidos que ha contenido.

Su imagen desde aquí abajo... es impresionante.

—Tócate —me ordena.

Lo obedezco. Jugueteo con mi clítoris, meto un dedo, lo saco, así una y otra vez, sin abandonar las lamidas a Derek. Recorro con la lengua su duro pene. La escena es demasiado erótica, el placer va creciendo, por lo que no tardamos demasiado en dejarnos llevar. Permitiendo que el orgasmo arrase con todo.

Una vez más...

—Joder, joder —gruñe Derek, corriéndose en mi boca.

—Madre mía.

Cierro los ojos y me muerdo el labio inferior, sintiendo todavía las últimas sacudidas. Estoy estremecida desde los pies hasta la cabeza.

—Ven —masculla y me ayuda a levantarme.

Me pongo a su altura, lo beso, dejando que me enjabone, que me mime.

Cuando acabamos, ninguno sabe qué decir. Salgo antes que él y sonrío.

Camino contoneándome, desnuda. Su carcajada propicia que algo se remueva en mi interior, planteándome que pueda ser. Que seamos capaces de recuperar lo perdido y de retomar la relación. Una relación consolidada y en la que Derek nunca debió permitir que entrara otra persona. Entonces me agarroto, sintiendo que la rabia se apodera de mí al recordar su infidelidad.

Los celos me matan.

«Nunca lo podrás superar», me recuerdo. Quizá si hubiésemos estado mal, lo habría entendido, pero no tenía motivos.

—Anahí. —Bajo la cabeza, y él, lejos de obligarme a mirarlo, musita con calma—: No pienses, por favor. Te espero en media hora.

Me quedo en silencio y añado con tono autoritario:

—En la puerta principal del *resort*. Ponte ropa cómoda y traje de baño.

Veo cómo se va y en vez de envenenarme con mis propios pensamientos, hago lo que me ha pedido. A las nueve y media voy a buscarlo.

Mi estilismo no ha variado de cualquier otro día, llevo un vestido típico de playa: corto, sencillo y suelto, en este caso de un precioso color verde agua, también sandalias de cuerdas. Un moño alto, que va sujeto por uno de mis pañuelos de tela favoritos, conjuntado con el resto del atuendo.

Derek me espera de espaldas. Va con camisa de tirantes, blanca. Pantalón corto, este hasta las rodillas. El cabello recogido y deportivas básicas.

Lleva gafas de sol y es objeto de miradas indiscretas.

Los celos me consumen, algo que jamás me había sucedido. Es una sensación de posesión que me asusta. Antes y en situaciones como esta, me sentía orgullosa, porque sabía que era mío. Hoy lo dudo.

Aun así, por unas horas, quiero y necesito olvidarme de todo.

No puedo quedarme sin saber qué habría pasado si...

—¿A dónde me llevas? —pregunto para hacerle saber que he llegado.

Baja la cabeza y me repasa de cuerpo entero. Odio no poder ver sus ojos.

—Súbete al coche y descúbrelo.

El conductor del vehículo me abre la puerta y entro esperando más explicaciones de Derek, él sonrío de manera seductora, pero se mantiene en silencio. Parece relajado, tiene la certeza de que me gustará. Me conoce demasiado y estoy segura de que así será, aunque ahora solo piense en su boca, esa que va mordisqueándose durante el trayecto. Él me mira y estira la mano para entrelazarla con la mía. Dudo, finalmente y sonriendo, acepto.

¿Cómo es posible que sienta cosquillas en todo el cuerpo, si apenas está acariciando una

mínima parte de él? Por si fuese poco, me besa la palma de la mano, forzando a que mi corazón bombee incluso más deprisa. Reconozco que no soporto el poder que ejerce sobre mí y sin necesidad de esforzarse.

—Supongo que no has desayunado —comenta con burla—. Espero que te guste, ¿vamos?

—Sí, claro.

En cuanto me bajo, Derek rodea el vehículo y me agarra de la mano. No solo para guiarme, sino recordándome que podemos seguir siendo la pareja que no mucho tiempo atrás fuimos. Que está luchando por ello.

Me ha traído a una playa desconocida para mí. En la zona de la derecha hay un restaurante, aunque todo queda al descubierto, incluso la cocina.

Encima hay un cartel que indica: Delicias de chocolate.

—¿Y esto? —pregunto, sorprendida.

—Cacao caribeño, nena —replica, jugueteón.

Nos situamos en una mesa bajo, la sombra de las palmeras y antes de que Derek levante la mano, ya nos está atendiendo un chico. Viene directo con una bandeja de bolitas bañadas en chocolate, también algunos *barks*, que son fragmentos de chocolates decorados al gusto y nos proponen los de nueces.

Además, pedimos un par de zumos de frutas.

—¿Qué me dices, Anahí?

—Sabes que adoro estos detalles —confieso menos tensa, probando las bolitas—. Madre mía, están de muerte.

—No comas demasiado, el estómago puede revolverse con lo que viene luego. Y me niego a tener que cancelar los planes.

—Me estás intrigando —le regaña, probando el zumo.

—Mira al fondo.

Sigo con la mirada su dedo índice y doy un salto de alegría.

—Derek, ¿¡de verdad que vamos a montarnos!?

—Así es, prepárate, será un día de emociones. Me he propuesto cumplir todos tus sueños —asegura con prepotencia.

—No creo que puedas.

—No tienes ni idea de lo que soy capaz de hacer por ti, Anahí.

Reconozco que los nervios no me permiten disfrutar del festín de chocolate, estoy ansiosa por probar la experiencia de subirme en un *quad* 4x4. La adrenalina se intensifica, como los sentimientos. Así éramos hace seis meses.

No nos faltaban planes, besos ni complicidad.

Tras una breve introducción por varios monitores, que nos explican el funcionamiento de las

motos, Derek me cede el paso para que sea yo quien lo conduzca. ¡Qué ilusión!

Temblando, me pongo el casco, suspirando cuando él se sujeta a mi cintura y apoya el mentón en mi hombro. Antes de arrancar y dejándome llevar por un impulso, miro hacia atrás y lo beso, me sale de manera natural. Es complicado con los cascos, por lo que reímos mientras fingimos que todo está bien.

—Me encanta verte sonreír —ronronea cuando me aparto.

—Ya, solías decirlo...

—Eres tan niña a veces que solo pienso en complacerte.

—Lo estás consiguiendo —susurro con timidez—. ¿Preparado?

—Adelante.

Siento que vuelo, el mar es testigo de mis carcajadas, de mi felicidad. Recorro la fina y blanda arena a una velocidad moderada, pero es suficiente para que se convierta en una de las experiencias más increíbles de mi vida. Y no, no acaba aquí, cuando concluye la actividad y creo que no puede sorprenderme más, nuestra siguiente parada es en Dolphin Discovery. En el que sí, allí cumplirá otro de mis sueños: nadar con delfines. No soporto tanta emoción y me lanzo a los brazos de Derek, refugiándome en su cuello.

Su olor, el de antaño, me envuelve y me siento como en casa.

—Gracias —musito con un nudo en la garganta.

—No tienes nada que agradecer, necesito que sea la cita perfecta.

—Lo es, sobre todo por la compañía —me atrevo a confesar.

—Sabes lo que necesito oír al final del día.

—Y tú sabes que posiblemente no esté preparada.

Sé que mi respuesta le duele tanto como a mí, por lo que contengo las lágrimas. No mucho después, permito que avancen por mi rostro. Nadar con delfines, jugar e interactuar con ellos es una sensación indescriptible. No tengo palabras. Derek me contempla desde fuera, en sus facciones puedo adivinar el miedo a que todos sus intentos no sean suficientes.

Aun así, cuando salgo, me arroja y no me reprocha nada.

Siempre hemos sido muy reservados para expresar nuestros sentimientos en voz alta, éramos más de hechos, de demostrarnos en el día a día lo mucho que nos amábamos. Solventando problemas —que hoy me parecen absurdos— con empatía y paciencia. Por ello, me impacta que se haya pasado una noche completa proclamando cuánto me ama. Mientras me hacia el amor a oscuras, también insistía en lo duro que ha sido perderme.

O lo mucho que extraña mis besos y caricias.

Ha sido tan tierno y romántico.

La mayoría lo juzgan por su fachada chulesca, sin imaginar lo que se esconde detrás de su arrollador atractivo físico.

—¿A dónde vamos ahora? —pregunto por enésima vez.

—Al aeropuerto.

—¿Para qué?

—Chis.

«¡No puede ser!».

Cuando escucho las instrucciones de seguridad para montar en helicóptero, siento que me desplomo. Busco la mirada cómplice de Derek, sin embargo, en esta ocasión no se quita las gafas de sol. Por lo que dificulta mi intención de hacerle saber con la mirada lo mucho que está significando nuestra cita.

Una vez empezamos a sobrevolar las costas orientales de República Dominicana, la felicidad se multiplica a un nivel que hacía tiempo no experimentaba, concretamente, desde que Derek se fue de mi vida. Aquí arriba todo es impresionante: el cielo, las playas, la naturaleza. *Él*. Tan serio y cauto, oyendo cómo el piloto nos cuenta datos del paisaje por el que paseamos.

—Me has dejado sin palabras —le susurro en el oído.

—Era la intención —responde y esboza una sonrisa ladeada—. El día se está acabando y necesito respuestas.

—Lo sé.

Nuestra ruta termina con la cena, es en un restaurante bajo la luz de la luna. Está a pocos metros del *resort* donde nos alojamos, pero no dentro. Intuyo que es para que no coincidamos con nuestros amigos y no puedan «fastidiarnos» la despedida. No obstante, lo decepcionaré, lo sé.

No habrá una despedida inolvidable, pasar la noche a su lado supondría confundirme más de lo que ya estoy. A estas alturas no tengo clara mi decisión, creo que es precipitado darle una respuesta aquí. En unas horas no ha podido cambiar lo que ha sido imposible en seis meses. Es cierto que aquí hemos acercado posturas, que hemos hablado de lo que jamás me atreví en España, a pesar de no soportar el relato, pero hay que ser realistas.

Este no es el entorno relajado en el que nos movemos a diario, la rutina nunca nos ha pasado factura, sin embargo, no teníamos problemas serios.

De haber estado en Madrid... jamás me hubiese dejado llevar. Aquí el ambiente y su juego han sido la clave principal para que yo haya caído así.

—Anahí, concéntrate —me ordena al saberme pensativa.

Miramos la carta y nos decantamos por una parrillada de marisco y pescado, es lo que nos recomienda la camarera. También la típica bebida de Punta Cana, Mamajuana. En la cual el ron, la miel y el vino tinto son los ingredientes principales. Mientras cenamos y él me cuenta que Suso ha sido su mayor cómplice, pues escribía las notas para que yo no reconociera la letra, recuerdo cómo empezó este juego hace apenas unos días. Y le hago la pregunta que me ha tenido

tan confundida:

—¿Por qué fresas?

—¿Qué? —carraspea, probando el marisco.

—¿Por qué elegiste el sabor a fresas para confundirme?

—Ya lo has dicho, buscaba cómo despistarte y era lo que más se alejaba de lo que sueles beber o de lo que bebía tu acompañante. También me recogía el cabello hasta dolerme, así no se soltaba ni un pelo. Y me quitaba los complementos de las manos y del cuello. Sumado a lo que ya te comenté —argumenta con un tono especialmente duro—. Aunque, con el sabor, lo hice aposta. Di por hecho de que enseguida te darías cuenta de que no se trataba de *él*, no es igual menta que fresa.

—No imaginé que fuese una trampa.

Me encojo de hombros, es la verdad.

—Ya. —Detecto cierta ironía—. Tu cabeza estaba en otras cosas.

—¿Qué insinúas, Derek?

—No voy a discutir, Anahí. —Libera aire, agarrotando la mandíbula—. Prefiero seguir reservándome lo que opino.

—Tenía derecho a rehacer mi vida.

—Por supuesto.

Da un sorbo a la bebida y revisa el teléfono. Yo no he sacado el mío de la mochila, el suyo lo ha utilizado para comunicarse con el personal que ha contratado durante las distintas actividades, no obstante, tengo entendido que la cena era lo último. Entonces, ¿por qué no apaga el maldito móvil?

—Dame un momento —se excusa, empujando el plato de comida hacia mí—. Come, ahora vuelvo. Necesito hacer una llamada importante. No tardo.

Se incorpora y camina cerca de la orilla.

Desde aquí no oigo nada, no sé con quién habla ni por qué. Jugueteo con sus gafas de sol, que están en la mesa. ¿Por qué no viene ya!? ¿Qué es más importante que nuestro futuro? ¿Por qué sonrío? ¿Habla con otra mujer? Según transcurren los minutos, soy consciente de que a esto me enfrentaré cada día si decido darnos una nueva oportunidad. A preguntas llenas de inseguridad, a celos. Mis miedos resurgirán y me convertiré en la mujer que nunca he sido. Pendiente de cada uno de sus pasos, cohibiéndole, hundiéndome.

Me bebo lo que queda en mi vaso y me aprieto las sienes.

«¡No podré soportarlo!».

Me levanto y liquido la cuenta. Enseguida corro hacia la villa. Necesito buscar a las chicas, darle los datos de dónde me pueden encontrar en España y marcharme cuanto antes de aquí. Mi vuelo sale mañana y no puedo pasar la noche con él, ¡no debo! Estar con Derek desvirtúa la

realidad.

¿A quién pretendo engañar? La respuesta ya está clara. Si en seis meses no he conseguido perdonar y mucho menos; olvidar, ¿lo conseguiré en días?

¡No! Nada ha cambiado, ¡nada!

En mi cabeza es el mismo cerdo que me engañó. Me he dejado engatusar, ¿para qué? El querer y saber que no podré... me mata. ¡Lo quiero, sí, más que a nada! Estoy tan enamorada como el primer día, pero la decepción no me permite ver más allá de su desliz.

La rabia, el odio y el rencor juegan en nuestra contra.

—¡Anahí! —grita Derek, alcanzándome y girándome bruscamente hacia él. Aguanto la respiración, disfrazando todo lo que atesoro dentro. Ese cúmulo de sentimientos negativos, que son los que me impiden retomar la relación. ¡No seremos felices!—. ¿Qué estás haciendo?

—Tengo que irme.

—¿¡A qué viene esto!?! —Señala hacia el restaurante, histérico—. Estás huyendo, ¿¡no lo ves!?! Es nuestra última noche aquí y necesitamos hablar.

—No creo poder olvi...

—No, por favor, no retrocedas de esta forma. Sabes que me mata. Inténtalo, por favor —suplica, desesperado—. No puedo vivir sin ti, nena.

—Esto es una locura, no ha debido pasar.

—¿El qué? ¿Escuchar mi versión de los hechos? ¿Permitirme que te pida perdón? ¿O aceptar que este viaje era lo que necesitábamos para reencontrarnos y darnos la oportunidad que nos merecemos?

—*Ella* siempre estará presente.

—¡*Ella* no existe para mí! No recuerdo nada, no he vuelto a verla y me arrepiento cada maldito día, ¿qué más puedo hacer? —ruega, desolado.

—Si no es *ella*, será el hecho en sí —musito, agobiada.

—No renunciemos a la felicidad, Anahí, por favor.

—Basta, no todo vale por amor.

—Lo sé, ahora lo sé.

—Entonces déjame ir. Necesito pensar.

—Cariño —implora, entrelazando nuestros dedos.

—Lo siento.

Capítulo 17

¿Otra de tus mentiras?

La tensión se palpa en el ambiente durante mi primera comida en Madrid. Tras haber aterrizado hace dos días en España, mis padres me han invitado a su casa. Es el cumpleaños de los mellizos y no podía faltar, aunque no me apetezca estar aquí. Hasta hoy no he salido, me he dedicado a deshacer la maleta, a ordenar el piso y por qué no decirlo, también a poner en orden mis pensamientos. No he sacado nada en claro, pero me siento como si hubiese roto de nuevo con Derek. La angustia con la que conviví hace seis meses ha regresado, me duele el pecho y las noches son eternas.

Lo extraño.

Culpo a mi hermano, él lo ayudó para que coincidiéramos y ahora mi vida está del revés. Tengo los ánimos por los suelos y el miedo a precipitarme me paraliza. No sé gestionar tantas emociones y en tan poco tiempo.

—Estás exagerando —comenta Raúl, levantándose para coger pan y mojarlo en el huevo frito. Es un clon de papá. Raquel también lo es, pero el cabello largo marca la diferencia. Son rubios y de ojos marrones, a diferencia de mamá y de mí; de miradas grises y morenas, aunque yo pocas veces he lucido mi color natural—. Anahí, tú y yo somos los únicos en esta familia que no dramatizamos, abandona ese terreno y piensa bien las cosas.

—No nos metáis en esto —protesta nuestra hermana.

Dejo a un lado el plato con patatas fritas, huevo y salchichas. Los miro a todos. Mis padres presiden la mesa, cada uno en el extremo de esta. Raúl enfrente de mí; Raquel está a su lado. Ha quedado un hueco a mi izquierda, en el que ahora se acomoda la gatita más consentida del mundo, Bebi.

—Tenía las ideas muy claras antes de que Derek y yo nos cruzáramos en República Dominicana, incluso después de haberlo visto —le reprocho, agobiada—. Pero la historia ha cambiado y estoy hecha un puto lío.

—Ese vocabulario, por favor —me regaña papá.

Ruedo los ojos y emito un sonoro suspiro.

—Me gustaría conocer vuestra opinión —digo, dando un sorbo al refresco de limón—. Es importante para mí.

—Si te falló una vez... —deja caer mi hermana.

—Me parecía el hombre perfecto para ti —interviene mi madre, aunque está escéptica. Teme

que regrese a aquellos días en los que creí morirme—. Pero no actuó bien y las consecuencias han sido muy duras.

—¿Papá? —le llamo la atención, está muy callado.

—Es tu vida y jamás me perdonaría que, por mis prejuicios, no fueras feliz.

—Tengo miedo a equivocarme —reconozco más insegura que nunca.

—Tú eras la que arriesgaba, ¿no? —murmura Raúl, guiñándome el ojo.

—Quizá ahí está mi error.

—Ese hombre te ama más que a nada —asegura mi hermano—. Confía.

—Bueno, cambiemos de tema. ¿Celebramos el cumpleaños o no? —pregunta Raquel al verme tan mal—. Venga, sacad la tarta y los regalos.

Dos horas después, llego al que será mi trabajo durante los próximos cinco días. Se trata de una campaña para lanzar una nueva base de maquillaje y me toca codearme con chicas que se están iniciando en este mundo, por lo que me encuentro cómoda entre ellas. No hay mucha rivalidad y, sobre todo, la prepotencia brilla por su ausencia. Normalmente, cuando maquillo a famosos consagrados, los piques se suceden de manera continuada y la tensión es insostenible en el set. Hoy no parece que vaya a ser así y lo agradezco.

Son apenas las cinco de la tarde, la jornada se prolongará hasta las nueve y media, pero ya cuento las horas para irme. El rodaje también está planificado para que se grabe en exteriores y de este modo, probar la «eficacia» del maquillaje. Además, se incluirá una campaña importante de publicidad y han contratado a un fotógrafo para ello. Entonces escucho que una moto se detiene muy cerca de aquí, lo que me hace temblar.

Recuerdo cuántas veces he viajado en la de Derek.

—Buenas tardes —saluda este, entrando con una sonrisa que capta todas las miradas. «¡No puede ser!». Me doy la vuelta y trago con dificultad, no estoy preparada para esto—. Que se vayan posicionando las chicas, por favor, voy a preparar todo. Gracias de antemano.

Su chulería cae en gracia y pronto las risitas me taladran los oídos.

—Hola. —Me sobresalto al verlo a mi lado—. ¿Cómo estás?

—Trabajando —le recuerdo, fingiendo indiferencia.

—No has respondido a mis llamadas. —Se coloca delante, con los brazos cruzados contra el pecho y la ceja enarcada—. Quiero una explicación.

—No es el momento.

—Bien, te espero cuando acabes la jornada.

—Derek...

—Basta —me interrumpe más serio—. Necesito que hablemos y punto.

Lo aparto y paso de largo. Fabi, una de las modelos contratadas, me espera para que cumpla mi función. Así que limpio lo que ya he utilizado y empiezo de nuevo. Reconozco que, por momentos, no puedo evitar mirarlo, saber qué está haciendo, y me percató de que no soy la única. Él está pendiente de mí, quizá preocupado cuando tiene que acercarse a una de las chicas. Va guapísimo y con su estilo habitual. Pantalón negro, camiseta blanca y deportivas a juego. Moño desenfadado. Hoy también lleva puesto el pendiente que le regalé. Para colmo, cuando está concentrado se humedece los labios.

Es un maldito dios griego.

«¡Céntrate, Anahí!».

—Eh, las del fondo, pasad por vestuario —ordena Reyes, la jefa de campaña—. Voy a encender la música y animamos la tarde, que será larga.

Me obligo a despejar la mente y tarareo la canción mientras termino de pulir la piel de Fabi. Es una chica discreta, preciosa y con unos ojos azules que impactan. También descarada, me repasa de arriba abajo, algo a lo que ya estoy acostumbrada. ¡En fin! A ratos desconecto del trabajo. Ciertas canciones me ablandan, sobre todo cuando Derek pide que pongan una tan significativa para nosotros como *Lo siento*.

Si te hice daño no fue sin quererte, sino sin querer, dice la letra.

—Es guapo, ¿verdad? —comenta repentinamente la modelo.

—¿Perdón? —pregunto, fingiendo que no sé de quién habla.

—El fotógrafo, no le quitas ojo.

—Porque nos conocemos —me excuso, sellando el maquillaje con polvos translúcidos—. La piel te ha quedado muy natural.

—Gracias. ¿Te importaría presentármelo? —insiste, refiriéndose a Derek.

—Lo siento, mi trabajo aquí no es ejercer de celestina —le aclaro con una sonrisa forzada. ¡El colmo!—. Listo, ¿dejas paso a la siguiente?

—Claro. Por cierto, le pediré el número de teléfono a mi amiga, recuerdo que él mismo se lo dio cuando coincidieron. Fue hace cuatro días, en la presentación de Victoria Lucre. Ya sabes, estos chicos aprovechan su puesto para ligar —ronronea, abandonando el banquito en el que estaba sentada—. Ha sido un placer, guapa.

Cuento hasta diez, evitando que mi viperina lengua explote.

—Anahí —me llama una de las organizadoras—. ¿Ya has acabado?

—Sí, voy al baño, enseguida vuelvo. Dime si Fabi necesita algún retoque.

—De acuerdo —apunta, abriendo un chicle—. La reviso mientras regresas.

Me encierro en el baño como alma que lleva el diablo. «¡Mentiroso!».

Se dedica a darle su número de teléfono a mujeres que ni conoce, ¿con qué intención? No debo confiar en él, es la

prueba más evidente de que no puede ser. He tratado de buscar miles de excusas para justificar su error, pero no las hay. Yo jamás le habría fallado y no soporto pensar que su cuerpo lo tocó otra, cuando todavía era mío. Quizá suene posesivo, no es mi culpa, es en lo que me está convirtiendo él tras barajar la idea de retomar la relación.

Una relación que ya no funcionaría.

Lo confirmo en cuanto salgo.

Derek está muy cerca de Fabi, posiblemente esté enseñándole en el móvil cualquier fotografía que le sirva de ejemplo, así le muestra cómo tiene que posar ella. O quizá no, simplemente está aprovechando mi ausencia para tontear. El hecho es que me enloquece no tener certezas de nada en cuanto a él, sí miles de dudas. La decisión está tomada. No hay marcha atrás.

Aun así, hago de tripas corazón y aguanto el tipo. No vuelvo a buscarlo con la mirada y lo rehúyo cada vez que tiene un hueco y se acerca a mí.

Además, y para mi suerte, no terminamos a la vez, por lo que salgo del *set* sin darle explicaciones. He quedado con Pablo, Ada y Mateo en un céntrico bar de Madrid, donde he aprovechado para presentarles a Cintia y Lisa; que también están. Melania ha decidido no venir, pues tenía una cita con Suso.

Me da pena que haya caído en sus redes. ¿Cuánto tardará en engañarla?

—Igual Derek tiene una explicación para lo que te ha comentado la tal Fabi —murmura Lisa, encogiéndose de hombros—. En Punta Cana jamás se acercó a ninguna mujer, no que viéramos. Sería extraño que lo hiciera en tu presencia. No me cuadra.

—No puedo estar así, tengo un constante nudo en el pecho que me asfixia. —Ada me acaricia la mejilla—. Voy a pedirme otro mojito.

—Eh, que no sigues de vacaciones —bromea Cintia—. Te acompaño.

Mateo y Pablo parecen ajenos a mis problemas, pero es normal, creo que los he aburrido, me he repetido más que el ajo. ¿;Por qué no consigo desconectar!?! «Porque lo quieres, idiota», me recuerdo.

Finalmente, la rubia y yo nos apoyamos en la barra. Hay bastante gente, por lo que esperamos a que llegue nuestro turno. Mientras tanto, reviso el móvil, leyendo el último mensaje que he recibido de Yago.

Mensaje de Yago a Anahí:

¿Ya estás en Madrid? Me gustaría verte.

Mensaje de Anahí a Yago:

Hola, sí, volví hace dos días. No te molestes, por favor, pero no insistas. Cuídate, ojalá encuentres a la mujer que necesitas.

—Yago es un amor —comento, mirando a Cintia.

De repente veo que se queda inmóvil y que hace muecas raras con la boca.

¿O son indicaciones?

—¿Qué pasa? —pregunto, ajena a lo que está sucediendo.

—Verás... Germán me ha escrito, hace días que hablamos y le he dicho dónde podía encontrarme. —Asiento, no es que me agrade su presencia, pero tampoco puedo elegir con quién se relacionan mis amigas. Ganas no me faltan—. El problema es que viene acompañado.

—¿Por qui...?

No me da tiempo a terminar la frase.

Derek me intercepta y me saca del bullicio, encerrándome entre la pared y su cuerpo. Estamos en la zona más tranquila del local. En el pasillo que hay cerca de los baños. Sus ojos verdes echan chispas, hay furia, contención. Su respiración es acelerada y tiene los labios fruncidos.

—¿A qué estás jugando? —me recrimina de malas maneras—. Te he pedido que hablásemos, pero te has escapado y te comportas como una niñaata.

—No te permito que...

—El que no te va a permitir nada más soy yo, ¿me entiendes? —Me acuna la cara, acercándola a la suya. Cierro los ojos brevemente; me duele mirarlo sabiendo que me está mintiendo—. No eres la única que sufre, Anahí. Quizás deberías plantearte que tú tampoco has tenido un comportamiento ejemplar después de la ruptura.

—Esto es el colmo —baluceo sin aire.

—¿Qué puedo hacer para que entre en esta cabecita loca que eres mi puta vida entera, joder? —masculla, apretándome muy fuerte.

«¡¡Cínico!!».

—Dejar de pasar tu teléfono a otras —alego, asqueada.

—Explícate.

—Hoy me lo ha contado la chica a la que le enseñabas algo en el móvil. Hace unos días te vieron tonteando con otras, fue en el evento que organizó Victoria Lucre, la modelo.

Da un paso atrás, liberándome. Niega con la cabeza, me mira y aprieta los puños. ¿Está riendo con sarcasmo?

—¿Te das cuenta? —cuestiona, arrogante.

—¿De qué? ¿De que vas a soltarme otra de tus mentiras?

—El evento que mencionas se celebró cuando yo estaba en Punta Cana. —Y recalca con énfasis—: Me encontraba tratando de conquistar a otra mujer.

—¿Qué?

—Sí, a ti. ¿Hasta cuándo vas a dudar de lo que siento por ti? Nunca, óyeme, nunca te engañaría así. En cuanto la cagué, tuve la necesidad de confesártelo. Basta ya de cuestionar mis

sentimientos, ¡te amo, joder!

Me quedo callada, analizando sus palabras sobre el evento. Es cierto...

—Deja de creer lo que te diga el resto, ¿cuándo te ha importado? En la mayoría de las ocasiones contarán un hecho que les beneficie, ¿es que no te das cuenta? —me reprocha, dolido. A medida que habla, la distancia entre ambos es más grande—. Empiezo a no entenderte, Anahí. Me dejaste plantado en una cena que había esperado seis meses. En la que necesitaba demostrarte lo que significas para mí y ahora me vienes con estas tonterías.

—Allí hablabas por teléfono y yo parecía sobrar —le recuerdo, hecha polvo. No soporto saberlo en este estado de ansiedad, aun así, tampoco soy capaz de consolarlo. La decepción, los miedos y la desconfianza me dominan.

—Déjame que lo adivine —masculla con sarcasmo, buscando mi mirada con desesperación—, diste por hecho que hablaba con otra, ¿cierto?

—Esto es lo que estás haciendo conmigo, ¡yo jamás he sido así!

—No montes un escándalo —me advierte con postura amenazante. Acorta los pocos centímetros que nos separan y se ciñe a mí. Creo que me desmayaré. Esta cercanía me está matando—. ¿Sabes con quién hablaba?

—No tienes que...

—Estaba a la espera de que Reyes me aceptara como fotógrafo, era para la campaña de esta tarde. Casualmente, me llamó esa noche. Unos días antes de irnos, Germán me comentó que en redes habían anunciado que tú serías la maquilladora. Y pensé que era una buena ocasión para estar cerca de ti. Quise creer que habíamos avanzado algo en Punta Cana, pero no.

¿Tanto me he equivocado?

Entonces soy consciente de que suelo señalar a aquellos que prejuizan sin motivos, pero con él y con sus amigos yo no he dejado de hacerlo.

—Derek...

—Ni Derek ni pollas. Lo jodí todo por una tía a la que no he vuelto a ver, solo sé que vive fuera de España, es un hecho que conocía de antes. Ni siquiera nos cruzaremos con ella, ¿entiendes? Por este mismo motivo no tiene por qué atormentarnos su presencia. —La sola mención hace que la herida sea más profunda—. ¿Que no es fácil? Lo sé, joder. Para mí tampoco lo fue cuando quise explicarme y me echaste de tu casa. Tengo ese maldito día clavado como un puñal en el pecho.

—No eres el único —reconozco, abatida.

—Me echaste sin darme opción a expresar cómo me sentía. —Con su pulgar, limpia la lágrima que avanza desde mis ojos hacia mis labios—. Una puta mierda, así me sentí exactamente. Culpaste a mis amigos y ellos no tenían ni idea de lo que yo había hecho, ni siquiera estaban allí, por lo que tampoco pude acercarme a ti a través de ellos. Te perdí sin más y eso no es todo.

Hace una pausa, arrugando el rostro. Está sufriendo y sé que le cuesta exteriorizar sus próximas confesiones.

—Tuve que ver cómo te liabas con otro, Anahí, mientras yo esperaba el momento para poder recuperarte. Sin presionarte, dándote tu espacio, creyendo que tus heridas sanarían si no me acercaba. Permití que además de todo esto, la vergüenza me aislara de ti. También pensé que tu rencor menguaría con el tiempo. Fue al revés, tus ojos cada vez desprendían más odio —escupe con amargura—. ¿Crees que a mí no me ha dolido y me sigue doliendo? ¡Me duele, me quita el sueño!

Sus preciosos ojos verdes se empañan y el temblor se adueña de mi cuerpo. Está emocionado, me abre su alma como nunca.

—Tuve que seducirte a escondidas, pero no es lo que me hirió, sino que, minutos antes, te rozabas con el baboso de Yago. Me besaste a oscuras y pronunciaste su nombre. ¿Imaginas lo que supuso para mí? —Sollozo; recuerdo que me silenció—. ¡Ponte en mi lugar, Anahí, maldita sea! Pero he justificado todo, aun hecho añicos. Porque yo fui el culpable de que iniciaras esta jodida guerra, sí, al cometer un error que quisiera borrar, ¡y no puedo!

—Yo...

—Solo te voy a hacer una pregunta, ¿vas a permitir que el rencor pueda más que el amor? —Me quedo sin palabras. Él da un paso atrás, dolido, asintiendo con la cabeza—. Si tienes dudas... ya conocemos la respuesta.

Capítulo 18

El sabor de tus labios

No, la respuesta no está clara y no respondí. Permití que él se marchara con la certeza de que albergaba dudas. Y no voy a mentir; las tengo, pero sí he de reconocer que sus confesiones me destrozaron por completo. Me mostró otra visión de lo que ha sucedido a lo largo de estos seis meses y he entendido que no solo he sufrido yo, aunque él fuese el culpable de nuestra situación.

Hoy estamos de regreso en el *set*, pero no hemos coincidido todavía. Son las cinco de la tarde y Derek está fotografiando en exteriores. No se encuentra muy lejos, sino en las inmediaciones, sin embargo, ha hecho lo imposible por no invadir mi espacio. No sé si nos beneficia esta decisión, más distancia no ayuda a que hablemos como él tanto ha pedido.

Lo peor es que la mente sigue dominándome más que el corazón. Sí, estoy asustada y temo estar cometiendo el error más grande de mi vida. Por no perdonar un desliz del que Derek ni siquiera tiene recuerdos. Y yo, que no viví aquello, he sido tan masoquista que los he recreado.

Cada vez que cierro los ojos... «¡Basta!».

Con ella me he cruzado una única vez en mi vida, Derek, por el contrario, un par más, suficiente para que todo se fuese a la mierda. Es cierto que no tenemos por qué coincidir de nuevo. A España vino únicamente por trabajo y enseguida se marchó a Alemania, su país, pero ¿y si el destino nos obliga a cruzarnos? ¿Cómo olvidar lo que representó para nosotros?

Cuando la persona a la que amas te decepciona, es muy difícil perdonar.

Alguien en quien confiaba ciegamente; más que en mí.

—¿Otro café? —me regaña Reyes durante una pausa.

—Sí, he dormido poco y lo necesito para rendir.

—Bueno, pero con precaución. Ya llevas cuatro.

Echo el azúcar y remuevo el contenido del vaso. No miento, las noches de insomnio se han convertido en una rutina, una ya conocida.

Me siento en uno de los bancos vacíos y miro por la ventana, en los cristales se refleja mi imagen. Hoy me he maquillado con lo básico, aunque el color cereza no puede faltar en mis labios. Llevo una coleta «alta», o era lo que pretendía, pero hay más mechones sueltos que recogidos debido a mi corto cabello. Los aros los he dejado en casa, me he decantado por unos pendientes redondos y pequeños, muy sencillos.

Mi atuendo es un peto vaquero y tiene múltiples bolsillos.

—¿Qué son esos gritos? —pregunto, sobresaltándome.

—El fotógrafo no tiene un buen día —comenta Reyes y se encamina hacia la puerta, pero no le da tiempo a salir—. ¿Qué pasa, Derek?

—¿Podemos hablar? —reclama él, aunque sin detener sus pasos.

—¿A dónde vas? —exige Reyes.

—No quiero que nadie nos escuche. —Camina hacia el fondo del set y una vez allí, se pellizca el puente de la nariz. También hunde los dedos en su pelo. Está muy nervioso, demacrado, y no repara en mí. Instintivamente me levanto—. Reyes, por favor, que nadie nos interrumpa.

¡Maldito sea! Busco su mirada, a pesar de los metros que nos separan, pero me esquiva. Incluso me da la espalda para no verme. Está tan furioso que choca el hombro contra la pared y su cámara fotográfica termina en el suelo.

—¡Joder! —grita, convirtiéndose en el centro de atención.

—No pasa nada, chicas, seguid trabajando, por favor —interviene Reyes, llegando hasta Derek—. ¿Qué te crees que estás haciendo?

—Presento mi dimisión ahora mismo.

El corazón se me acelera, la boca se me seca. Y no sé cómo actuar. Reyes lo coge del brazo y lo obliga a entrar en una pequeña oficina, una que ayer improvisaron para reuniones privadas. ¿¡Qué está pasando!?! Miro la hora, en diez minutos termina mi descanso, pero las manos me tiemblan tanto que no creo ser capaz de maquillar, no con la precisión que requiere mi trabajo. Los nervios me consumen, dominan cada parte de mi ser. Finalmente me armo de valor, acabo el café de un largo sorbo y me acerco hasta la puerta de la oficina.

Reyes sale pocos minutos después, va ojeando un papel y en él puedo leer: Suso Vázquez. ¿Qué significa esto? El amigo de Derek también es fotógrafo, ¿será su sustituto? ¡Jamás ha dejado un trabajo a medias!

—¿Puedo entrar? —le pregunto a Reyes.

—Tú misma, voy a hacer una llamada y organizaré a las chicas. Te espero en tu puesto, ¿vale? —me recuerda con una sonrisa—. Habla con él, anda.

¿Qué le habrá contado? ¡Estoy hecha un puto lío!

—¿Derek? —Asomo la cabeza. Está sentado en el minúsculo sofá marrón, el que hay a la izquierda de la puerta. Mira hacia el suelo y juguetea con sus dedos—. Necesito que hablemos, por favor.

—Déjame solo, Anahí.

—¿Por qué te vas? —Ignoro su petición y me arrodillo a sus pies, de modo que quedamos a la misma altura—. Háblame.

Cuando nuestras miradas se encuentran, contrae la mandíbula. Sufro, se me parte el alma. Hay tanto dolor en sus facciones que las ganas de abrazarlo y besarlos... crecen. Aun así, no soy capaz de desprenderme de la coraza, la misma con la que me protejo desde que mi vida cambió para

siempre.

—Regreso a Estados Unidos, con mi familia. —Impactada por su decisión, pierdo el equilibrio y estoy a punto de caerme hacia atrás, pero él se adelanta y me sujeta las manos. También está temblando—. No podré olvidarme de ti si no me marcho de Madrid. Seré tan egoísta de buscarte una y otra vez. Allí no lo tendré tan fácil. Creo que debí hacerlo cuando lo nuestro terminó.

—¿Me estás diciendo que te vas? —repito con un hilo de voz.

—Sí, Anahí, dejaré que puedas rehacer tu vida de una vez por todas.

Digiero la información, en silencio, sin poder creer lo que estoy oyendo. Entonces observo cómo nuestras manos se han entrelazado. No sé en qué momento ha sucedido, pero no quiero que me suelte.

—Renunciarás a todo lo que has conseguido aquí —reflexiono en voz alta—. Tu trabajo, tu reputación. Eres reconocido y adorado en esta profesión.

—¿¡De qué me sirve!?! —rebato con rabia, obligándome a que lo mire. Levantándome el mentón con su dedo índice—. No puedo empeñarme en recordarte lo que fui para ti, no si pretendo que seas feliz. Si no tomo distancia, no seré capaz. Mi fuerza de voluntad es nula si estás a mi alcance.

—No sabes lo que estás diciendo —balbuceo, abrumada. Cada confesión es más intensa que la anterior. Su tormento me duele tanto como si se tratara del mío propio. No soporto su sufrimiento, ya no.

—Lo tengo más claro que nunca —masculla de manera tajante, incorporándose. Copio el gesto, permitiendo que me acaricie la mejilla. Está destrozado—. Te amo demasiado. Y renunciar a una persona para no hacerle daño, creo que es la forma más sana y sincera de demostrar lo que es el amor.

—¡Derek!

Se marcha, dejándome con la palabra en la boca y sin que sea capaz de retenerlo, pese a que corro frente a las miradas curiosas que no entienden qué está sucediendo. Cierro los ojos, rindiéndome en la puerta del *set*.

Entonces recapacito, sí, renunciar también es una forma de manifestar cuánto se ama. ¿Acaso yo no he cometido errores? Él mismo los enumeró. El principal fue no escucharlo cuando todo sucedió, no darle la oportunidad de expresar su frustración, el perdón. Fui tan orgullosa que di por hecho que el arrepentimiento sería falso. Temí creerlo. Me obligué a pensar que solo oiría pretextos, que no había motivos para que terminara en la cama de otra... La razón ya es más que evidente; le hicieron sentir cómodo y bebió hasta perder la conciencia. Cayó en la trampa por su estado, de lo contrario, jamás habría sucedido. Derek me respetaba, he presenciado cientos de veces cómo otras chicas le pasaban sus números de teléfono, incluso en servilletas de papel. Él, sin saber que yo contemplaba la escena, tiraba las notas a la basura.

¿¡Qué más necesito ver!? «¡Olvídate del temor y arriésgate, Anahí!», me impongo ante el peligro que supone perderlo para siempre.

Imaginarlo me desgarró, lo amo, a pesar de todo... lo amo.

Yo también me refugié en otro cuerpo, he probado otras bocas. Después de su error, cierto, sin embargo, él me ha respetado para conseguir mi perdón.

¿Por qué ha soportado tanto? «Porque te ama». Su mente también le habrá jugado malas pasadas y ha seguido apostando por mí.

«¡Acaba con esto!».

Le escribo un mensaje a mi hermano, sé que tiene las llaves de casa de Derek. En cuanto acabe la jornada, iré a buscarlo, a decirle todas esas cosas que atesoro dentro y que me han faltado por gritar a los cuatro vientos.

«¿Y si no sale bien?», cuestiona mi maldita mente.

«¿Y si pierdes al amor de tu vida por no luchar por él?», rebate el corazón.

Me dirijo hacia mi mesa de trabajo, sonriendo, tan segura de mí misma como antes de que el miedo me nublara la razón. Cinco minutos después y sin importarme los cuchicheos, maquillo con la calma que requiere mi puesto, con la necesidad de demostrarme a mí misma que puedo con todo, que no me vendré abajo. Soy fuerte y tengo la capacidad de mantener la mente fría hasta que llegue el momento de enfrentarme al hombre de mi vida.

Pero cuando finaliza el día y me encuentro frente a la puerta de Derek, los nervios se instalan en mi estómago, las manos me tiemblan y me cuesta encajar la llave en la cerradura. La frialdad ha dado paso a la emoción.

Son las once de la noche, dentro todo está muy oscuro, hay silencio, quizá demasiado para los recuerdos que me invaden. Entre estas cuatro paredes del discreto y pequeño apartamento, Derek y yo hemos reído, también llorado, pero de felicidad. Hemos hecho el amor en cada estancia, nos demostrábamos tanto sin decir apenas nada... Casi puedo oír nuestras carcajadas, los gemidos de placer. Incluso percibir el olor a vino, a sexo. Éramos felices, había verdad en cada beso o caricia. Teníamos un amor como el que él ha recalado: sincero, puro. Estábamos hechos el uno para el otro y me niego a que todo aquello quede en el pasado. Necesito pensar que hay un presente a su lado.

Y un futuro.

Entonces viene a recibirme su gatita, nuestra gatita. ¡Oh, cuánto tiempo sin verla! Me agacho y abrazo a Kira, que maúlla con pena.

—Me has echado de menos—murmuro, emocionada—. Chis, amor.

Me quedo con ella hasta que la tranquilizo, ya entonces, la acuesto en el sofá. Es preciosa, con su pelaje tan blanco y suave.

Suspiro, «ahora sí». Con cuidado y con la linterna del móvil encendida, me cuelo en la

habitación, despacio. Derek está en la cama, boca arriba y con el brazo descansando sobre sus ojos. Desnudo. Su respiración me da una ligera pista de que duerme. Sonriendo entre lágrimas, abro mi mochila y saco una fresa de la bolsita reutilizable en la que la he guardado. Apago la linterna, tanteo a oscuras la cama y sin reprimirme, me tumbo sobre su cuerpo.

Su primer impulso es empujarme, hasta que pongo la fruta en su boca.

—Chis, soy yo —susurro, lamiendo la fresa, sus labios.

Él también chupa la fruta, mi boca, hasta que esta se resbala y cae en el suelo. Gruñe, protesta. Entonces me besa los labios, la nariz, la frente, y envuelve las manos en mi ahora cabello suelto. Dios, lo amo demasiado.

—Qué haces aquí —pregunta, confuso, con un ruidoso carraspeo.

—Pedirte perdón...

—¿Por qué? —Es una súplica.

—Por haberme convertido en otra persona para arrinconar mi dolor y, a cambio, hacértelo a ti. —Acuno su rostro, sin respiración y con el pulso disparado. Derek no se muestra diferente. Está acelerado—. Tienes razón, quizá no supe gestionar que el amor de mi vida me había fallado.

—Nena —gime y me besa.

Es un beso desgarrador, donde nuestras bocas se entrelazan y confiesan cuánto amor nos procesamos. Nuestros cuerpos siempre han sabido manifestar lo que, sin sentido, muchas veces no éramos capaces de expresar en voz alta.

—Te amo —confieso contra sus labios. Gruñe enloquecido—. Te amo demasiado y sí, perdonar también es otra forma de demostrar el amor.

—Dime que no estoy soñando —suplica, desnudándose y acariciándose con impaciencia, como si realmente tuviese miedo de despertar y se le agotara el tiempo.

—Quiero intentarlo, Derek. —Chupo su boca y acaricio su torso, su cuello. Bebiéndome sus gemidos. Deleitándome con su estremecida piel—. Quiero probar cada día el sabor de tus labios, no me importa si saben a fresa, menta o chocolate, solo sé que necesito ese sabor que, aunque juegues, me despistes y no reconozca, me hace querer más.

—¿Cuánto más?

Cojo aire, enredando los dedos en su melena.

—Todo lo que nos prometimos —susurro con emoción.

—¿Estás segura?

De un movimiento inesperado, me encuentro debajo de su cuerpo, entrelazándonos. Sin que haya espacio entre nuestras ya pieles desnudas.

—Quiero creer que seré capaz de olvidar —sollozo, angustiada y excitada.

—¿Y si no lo consigues?

—Oblígame —imploro entre jadeos, sintiendo cómo se adentra en mí. Su gruñido se mezcla

con una risilla, la que recompone mi herido corazón—. Oblígame a que lo intente cada día de mi vida. Porque no la imagino sin ti.

Epílogo

Me doy la vuelta y cogiendo aire, lanzo el ramo de novia. Me giro enseguida para saber quién lo ha cogido; no puedo evitar liberar una carcajada. Ada lucha con Melania por el ramo, pero la primera gana. Lo levanta con una sonrisa y busca a Mateo, que asiente con una mirada cómplice.

Contemplo maravillada a todos los que nos rodean, no son demasiados. Están tanto los padres de Derek como los míos, mis hermanos y nuestros amigos. Ah, por videollamada también ha acudido mi camarero favorito, el chico de las notas, nuestro cómplice, Rio. En este reducido grupo se resume nuestra lista de invitados y, además, bastante juntos algunos de ellos.

Germán y Cintia. Pablo y Lisa. Melania y Suso.

¿Quién nos diría que un viaje cambiaría la vida de tantas personas?

Hace tres años desde entonces y han pasado muchas cosas. Como, por ejemplo: que Pablo y Lisa se casaron hace seis meses, o que hace dos; Melania y Suso fueron padres de una preciosa niña, pero no los únicos.

Suena *The Time Of My Life*, entonces Derek se quita la chaqueta y viene hacia mí. No puedo apartar los ojos de él, está impresionante. Elegante, aunque sin perder su estilo. De azul marino y chaleco plateado, sin corbata. Mi vestido de novia tampoco es muy tradicional; rosa pastel, de dos piezas, corto y sin la típica cola interminable tan demandada en estos enlaces. Un diseño lleno de encajes y con la espalda totalmente descubierta. Es cómodo, perfecto para disfrutar de este esperado día; uno que ya tuvimos que posponer el año pasado. Fue tras recibir una noticia con la que no contábamos.

—¿En qué piensa mi preciosa mujer? —pregunta Derek, ofreciéndome su mano. La acepto sin dudar. De un empujón, está estrechándome con su cuerpo. Acelerándome con su intensa mirada —. ¿Eres feliz?

—Ni se pregunta, bobo.

—Me encanta verte sonreír.

—Tengo muchos motivos para hacerlo.

Los dos reparamos hacia la misma dirección mientras seguimos el ritmo de la canción, frente a los rostros emocionados de los que nos rodean. Mi hermana no ha dejado de llorar ni nuestras madres de consolarla. En cambio, tanto el padre de Derek como el mío, están ocupados en otra cosa.

Una cosita adorable.

—Creo que va siendo hora de que les contemos que en siete meses volverán a ser abuelos —

comenta Derek, enredando los dedos en mi hoy camaleónica melena suelta—. No se lo esperan.

—Y tanto... Por partida doble —murmuro, riendo—. Qué locura, pero bendita locura. Adoro el caos en el que se ha convertido nuestra casa, ya me imagino cómo jugará Izan con sus hermanos o hermanas.

Derek asiente, me besa y descansa su frente contra la mía. Sé que piensa en todo lo que hemos vivido hasta llegar aquí. No, no ha sido fácil, realmente en más de una ocasión se vio obligado a recordarme por qué merecía la pena luchar por nuestro amor. Sin el otro: nos sentimos vacíos. Sin embargo, había momentos en los que pensé que no podría olvidar. El peor día fue cuando nos cruzamos con *ella*. Los recuerdos me hundieron en la miseria, hasta que Derek me calmó, suplicando que no me dejara llevar por la ira.

Que él no lo había hecho cuando coincidimos con Yago.

Ahí recapacité y entendí que no merecía la pena remontarnos a tiempo atrás. Elisa y Dan, mis suegros, me llamaron desesperados, pidiéndome que hablara con Derek, que estaba muy mal, que no soportaba la idea de perderme de nuevo. Los tranquilicé y me propuse olvidarme del rostro de aquella mujer, *ella* ni siquiera se acordaba de Derek, no pareció reconocerlo.

Fue un mero capricho... Como si nunca hubiese existido en su vida.

Entonces, ¿por qué no dejaba de atormentarme?

Derek no mencionaba ni me reprochaba nada de mi «relación» con Yago, por lo que me tocó aprender de él. Así fue cómo cerré una etapa, ya no habría más discusiones por los errores del pasado. Y esa noche nos reconciamos «a lo grande», pues un mes después la vida nos sorprendió. Sí, con *él*. Derek se aparta de mí y recibimos a Izan, nuestro primer hijo. Nació hace ocho meses, forjando un vínculo indestructible entre nosotros. Es igual a su padre y mi pecho se hincha de amor cuando los veo juntos.

—Hola, bebé —lo saludo, cogiéndolo en brazos. Es mi suegro quien nos lo ha traído, aunque enseguida nos deja a los tres solos. Aun así, las miradas no se apartan de la pequeña familia que hemos formado—. ¿Y papi?

—¡Aaa! —grita Izan, pendiente de Derek. Este se abraza a nosotros.

—No puedo amaros más —susurra mi ya marido, esbozando una traviesa sonrisa. El amor no se ha dividido, se ha multiplicado, y todavía tengo más para las personitas que vienen en camino.

—Ni nosotros —afirmo, acariciándole la mejilla—. ¿Damos la noticia?

—¿Sin más?

—¿Acaso alguna vez nos hemos andado con rodeos?

Derek me ciñe por la cintura, besa la nariz de Izan y mira al frente. Ambos y como sincronizados, gritamos a los cuatro vientos:

—¡Estamos embarazados y de mellizos!

La estancia se queda en silencio, mi hermano detiene la música y Derek posa la mano en la

discreta curva que sobresale de mi vientre.

—No, no es comida —aclaró entre risas.

Los invitados no dan crédito y nosotros reímos a carcajadas. Somos felices y no podemos esconderlo. Dos locos felices que han luchado por perdonar, pero, sobre todo, por olvidar y demostrarnos que, a pesar de las circunstancias, merecía la pena luchar por un amor como el nuestro.

Un amor imperfecto, pero verdadero.

Un amor que ha crecido dando pasitos, venciendo cada obstáculo.

Un amor infinito, incondicional.

Un amor real.

Diario de...

La vi pasar de largo y me quedé embobado. *¿Cuál es su nombre?*, fue lo primero que le pregunté a un compañero de profesión.

El evento estaba repleto de mujeres, pero Anahí Sáez destacaba por su peculiaridad. Por esos ojos grises tan vivos y el llamativo color de su pelo.

En cuanto me miró, tuve claro que quería saber mucho más de ella. Días después volvimos a coincidir y sin vacilar, me presenté. Una complicidad inesperada me sorprendió. La siguiente oportunidad no la dejé escapar y la invité a una copa. La noche terminó en mi casa, en mi cama. Nunca me había enamorado ni experimentado algo parecido a tal sentimiento, y de repente, mientras le hacía el amor a aquella desconocida, sentí que no sería suficiente.

Simplemente quería más que un revolcón y no dudé en hacérselo saber.

Una cita, una cena. Más noches. Conversaciones interminables, experiencias parecidas. Era *ella*, tres meses después no tuve dudas. Le confesé que la quería mientras me hundía en su interior. Anahí se retorció de placer y susurró: *yo también*. Nos convertimos en uno solo, éramos como la pieza del puzzle que faltaba en la vida del otro. Llegó el momento de las presentaciones a los amigos y familias; a pesar de la distancia, mis padres estuvieron encantados de conocerla a través de videollamada.

Ya ahí empezamos a hablar sobre nuestros planes de futuro. Consolidamos la relación. Teníamos una vida perfecta, casi idílica, hasta la maldita noche en la que lo jodí todo. Me desperté y estaba desnudo. No era mi cama ni la de Anahí. ¡Me odié! Sí, lloré. ¿Cómo había sucedido?

Ni siquiera me despedí de la modelo. ¡No me atraía! Solo tenía ojos para Anahí, y ver en los suyos la decepción y el dolor fue como si me estuvieran matando lenta y agónicamente. La había perdido, lo supe en cuanto la puerta de su piso se cerró y, por más que grité, no obtuve respuesta.

Las siguientes semanas fueron las peores de mi vida. No me sentía capaz de buscarla, la vergüenza me consumía. Quería y tenía que darle su espacio, aunque flaqueara. Estaba destrozado, ya no tenía nada, ella era mi todo. Cuando coincidimos la primera vez, solo necesitaba abrazarla, suplicarle perdón. Estaba más delgada, distinta... fría. En sus ojos vislumbré el daño que podría hacerle si no me distanciaba y lo último que quería era lastimarla más. Ya era suficiente. «¡Aléjate!». Aunque esta decisión fuera dura para mí.

Aun así, hice por coincidir con ella más veces, pero la escena se repetía.

Raúl me mantenía informado y yo no sabía cómo hacer para recuperarla. Por momentos quise

morirme, la vida se me iba sin su risa, sin su locura, sin su pelo rosa sobre mi pecho cuando amanecía.

Entonces la vi bailando con otro y el corazón se me paró.

Un puñal habría sido menos doloroso.

¿Cómo soportarlo? «¡Eres el único culpable!», me recriminé, golpeando la pared hasta que los puños me sangraron. Me aislé, evité presenciar una escena parecida, pero la pillé liándose con Yago, fue en un bar.

Su hermano insistía en que no era nada serio, ¿cómo se lo explicaba a mi corazón? Que aquel cerdo era el dueño de las caricias de la mujer de mi vida. Lo odié, pero más me odié a mí mismo por el error que había cometido.

El dolor no menguaba, al revés, crecía con los días. La echaba de menos y no soportaba haberla perdido, apenas dormía. Cada puta noche me imaginaba cómo hubiese sido todo de no haber caído en la trampa de una caprichosa. «Lo que quiero, lo consigo», había dicho al presentarse.

Y sucedió.

Estuve a punto de tirar la toalla, pero Raúl me informó del viaje. Tomé la decisión de mostrarme indiferente con Anahí, de hacerle pensar que ya no sentía nada por ella, quizá de ese modo se diera cuenta de que me extrañaba.

Qué ingenuo.

Ver al imbécil de Yago en Punta Cana hizo que me dieran arcadas. Tuve dudas, momentos de confusión. «¿Habían ido juntos?». La respuesta la conocí pronto, además; descubrí que gracias a él tendría la oportunidad que tanto había estado buscando. Dios, olerla, besarla y tocarla fue como estar en el mismo cielo. Aunque Anahí no tuviera ni idea de que era yo y me llamara por el nombre de... ¡Nada importó! Me conformaba, la amaba demasiado.

Por ello, cuando oí su reproche la segunda noche, recapacité horas más tarde y di marcha atrás a mi plan. Todo se había complicado, ella quería más, yo también, pero no a cualquier precio.

Y más trabas, muy cerca se encontraba su primer amor. ¿Despertaría algo en ella? ¡No! ¿Cómo renunciar? Si estaba muriendo de celos.

Entonces me descubrió y pensé que el final había llegado, pero, sin Anahí saberlo, su cuerpo me seguía perteneciendo y jugaría mi última baza.

Esa noche fui el hombre más feliz sobre la faz de la tierra, para mí no existía Yago o Bruce, nada importaba. Le perdonaba cualquier error, pues el mío había ocasionado que nos encontráramos así. El amor superaba a la decepción o al rencor, los que a veces amenazaban con alejarme de ella.

No lo permitiría.

Y lo conseguí.

Hoy la contemplo mientras duerme, lo hace en la casa de sus sueños, en esa que mandó a construir para ella. Y es inexplicable describir cómo me siento.

Solo tengo que mirar a mi alrededor para sonreír. Las gatitas Kira y Bebi están acurrucadas a los pies de mi mujer. Ian abraza a su *mami* por el vientre, ese vientre en el que crecen sus hermanas. Hoy hemos conocido la noticia de que son dos niñas. Nuestras princesas.

La vida nos ha recompensado y pienso agradecerlo cada día. Disfrutar de las pequeñas cosas que nos ofrece, pues es efímera e inestable.

Retroceder solo sirve para estancarnos; y anticiparnos, para sufrir en vano.

El momento es hoy, aquí y ahora.

Nuestra prioridad por encima de todo es cuidar de este amor, el que ha dado el fruto más maravilloso del mundo y no los defraudaremos. No a ellos. Una vez fue suficiente y casi nos cuesta perdernos para siempre, renunciando a la verdadera felicidad. No hay que tomar decisiones a la ligera, sí sopesar y valorar si merece la pena. En nuestro caso: ¡y tanto que la merecía! Supimos recapacitar a tiempo, afrontar los miedos y los errores. Errores quizás imperdonables para muchos, no para quienes no pretendieron dañar; como nosotros. A veces juzgamos y damos por hecho que perdonar es permitir que pisoteen nuestro orgullo, es consentir y desvalorarnos... Pero, en ocasiones, si el arrepentimiento es real, si estamos dispuestos a no volver a fallar y a cuidar del otro como no supimos con anterioridad, perdonar significa mucho más. Porque como nos tatuamos Anahí y yo: el amor verdadero siempre triunfará.

FIN

Ref. Canciones

Halo, Copyright: © 2008, 2009 Sony Music Entertainment. Interpretada por Beyoncé. (N.de la e.)

Fight Song, Copyright: © 2015 Columbia Records, a Division of Sony Music Entertainment. Interpretada por Rachel Platten. (N.de la e.)

Me encanta, Copyright: © 2013, 2014 Sony Music Entertainment US Latin LLC. Interpretada por Prince Royce. (N.de la e.)

100 años, Copyright: © 2020 Sony Music Entertainment US Latin LLC. Interpretada por Carlos Rivera & Maluma. (N.de la e.)

A ella, Copyright: © 2017 Universal Music Latino. Interpretada por Karol G. (N.de la e.)

Lo siento, Copyright: ©© 2018 Warner Music Spain S.L. Interpretada por Beret (feat. Sofía Reyes). (N.de la e.)

The Time Of My Life, © 1987 Vestron Pictures, Inc. Interpretada por Bill Medle. (N.de la e.)

Otros títulos de la autora

Libérame de ti

Vega Soler es una chica prudente y responsable. Tiene un trabajo estable y una vida organizada junto al abogado Hugo Castro.

Todo es perfecto hasta que su mundo da un giro inesperado. Su novio ahora no la recuerda y muy lejos de permitir que ella lo reconquiste, toma distancia. Por otro lado, su puesto como asistente personal se tambalea con la llegada del nuevo jefe, Oliver Milani. Un descarado y caprichoso italiano que le ofrecerá justo lo que necesita en estos momentos.

El deseo más primitivo se apoderará de ambos y no sabrán cómo controlarlo, pero a Vega le asusta la conexión que ha surgido entre ellos. Con el italiano sus sentimientos están a flor de piel y teme hacerle daño a Hugo. Para Oliver tampoco será fácil. Con

Vega experimentará sensaciones que no conocía, vivirá jornadas laborales al límite y no se conformará con intensos y clandestinos encuentros sexuales. Él quiere más y ella no está dispuesta ni puede dárselo. Pues es consciente de que Hugo algún día volverá a ser el hombre del que ella se enamoró...

¿Qué sucederá cuando tenga que tomar una decisión y llegue la hora de la elección?

Será una lucha entre la razón y el corazón, en una historia cargada de emoción, pasión, tentación, sensualidad, amistad y amor, mucho amor.

Aquí tienes un adelanto:

Capítulo 1

¿Cómo te llamabas?

El teléfono suena por enésima vez, pero lo ignoro.

Están llamándome desde hace ¿dos horas? No lo sé, la verdad es que he perdido la noción del tiempo. No quiero oír lo que me tengan que decir, de nada servirá. Estoy harta de mentiras y de ser la última en saber qué está sucediendo en mi vida. He sido una estúpida durante meses...

Levanto la cabeza de la barra del bar y me pido otro cóctel de Margarita de piña. No es el primero de la noche y dudo que sea el último.

A mi alrededor todo es un poco borroso. No estoy acostumbrada a esta sensación, pocas veces en mi vida me he emborrachado, sin embargo, hoy lo necesitaba. Pensar en Hugo me hace mal... Tantos meses a su lado esperando que se recuperara... para nada. Es que no me lo puedo creer.

Me cuesta reconocer al hombre del que me enamoré. No, no es el mismo, pero en ningún sentido. Él jamás me haría algo así.

Mientras bebo de la elegante copa, el móvil insiste en recordarme el porqué estoy aquí. Finalmente echo una ojeada, aunque sólo por curiosidad. No es Hugo, es Noel, mi mejor amigo. Tampoco es que distinga su nombre, pues las letras me parecen muy pequeñas, pero diría que es su imagen estática la que se refleja en la pantalla. Sí, el color de su pelo, ese pelirrojo que tanto adoro, me da una ligera idea de que no me equivoco.

—¿Qué quieres? —baluceo y doy un nuevo sorbo al cóctel—. Necesito estar sola, Noel.

—¿¡Estás bebiendo!?! ¿Se te ha ido la olla o qué?

—No me grites.

—A ver, lo siento. ¿Dónde estás? —Me bebo la copa y vuelvo a apoyar la cabeza contra la barra. Menos mal que el camarero me conoce y sabe que no soy así—. Vega, por favor, no estás acostumbrada a esto. Tus padres están preocupados y tu hermana no deja de llamar.

—Miénteles y diles que estoy en tu casa. No quiero escuchar a nadie —murmuro y no sé si me oye, han subido el volumen de la música—. Noel, confía en mí. No me apetece otra cosa más que beber y olvidar.

—Vale... De todas formas, estoy en la puerta de tu casa. Te espero aquí. —Sonrío, es el mejor amigo del mundo—. Te quiero.

—Y yo. —Cierro los ojos y me humedezco los labios. Tengo la boca seca y la lengua se me traba por momentos. Me cuesta hablar—. Entra, no te quedes en la puerta. Nos vemos luego.

—No llegues muy tarde y cuídate, por favor.

Estoy a punto de decirle que no sé qué hora es, pero no quiero preocuparlo, de modo que cuelgo antes de ponerme a llorar como una magdalena. Él sabe lo sucedido con Hugo, mi novio o ex, no sé cómo calificarlo justo hoy. He llamado al pelirrojo pocos minutos después de encontrarme con la inesperada escena, pues Hugo ni siquiera se ha dignado a darme una

explicación, tampoco ha pedido perdón. Y yo estaba tan cabreada y desconcertada que he salido corriendo de allí. «¡No quiero verlo!». Para colmo... mañana le dan el alta. Vendrá a casa, ¡a nuestra casa!

¿Cómo mirarlo a la cara?

—Otra copa, por favor —balbuceo, levantando la mano.

—Vega, ¿todo bien?

—¡No! —respondo, furiosa.

—¿Pido un taxi y que te lleve a casa? —insiste Marcus, el camarero—. O dame el número de algún familiar, no sé.

—No quiero y no te preocupes, estoy bien.

—Es la primera vez que te veo así.

—Ya...

Lo cierto es que suelo frecuentar el local, aunque únicamente los viernes por la noche. Después de la jornada laboral mis compañeros y yo nos tomamos algo rápido aquí, ya que está a escasos metros de la agencia y es nuestro modo de despedir la semana. Hoy es domingo, menos mal, no hay mucha gente para que presencien el ridículo que estoy haciendo.

Mi reputación no corre peligro.

—¿Me sirves o no?

—De acuerdo, pero la última —apostilla Marcus.

—Ya veremos.

Me pesa todo y sólo me apetece estar tirada en la barra, pero el flequillo abierto que llevo, como una cortinilla, se mete en mis ojos marrones, que deben estar enrojecidos y, molesta por el picor de estos, me incorporo.

El movimiento es tan rápido que casi termino en el suelo, aunque a duras penas consigo estabilizarme. ¡Qué vergüenza! Yo, una chica seria, vestida con falda de tubo y camisa elegante, con tacones de aguja; el estilo perfecto para mi puesto en la agencia y mira cómo me encuentro por culpa de Hugo.

«¡Te odio!».

Me apoyo sobre los codos y espero con un suspiro. La copa llega y no tengo reparos en bebérmela de golpe. Lo necesito.

—Vega... —insiste Marcus.

—¿Soler? —La pregunta me descoloca. Es mi apellido. ¿Quién querría saberlo y para qué? Miro a mi izquierda y veo a un tipo alto, pero me mareo y vuelvo a recostarme en la barra—. ¿Es ella? ¿Vega?

—La misma. Tu...

—Déjame a mí —interrumpe al camarero esa voz tan profunda—. Buenas noches. ¿Te puedo acompañar, Vega?

—No, gracias.

—Lo haré igual. Un té helado como ese, por favor. —¿Como cuál? ¡Qué más me da!—. Entonces tú eres Vega Soler.

Lo ignoro, no puedo abrir los ojos. Todo me da vueltas y la música me parece más potente, creo que suena *She's Like the Wind...* Es preciosa, aunque quizá no es el momento más apropiado para oírla.

Finalmente libero un quejido.

—Me presento. Soy... —dice el pesado que se ha puesto a mi lado. ¡Cómo si me importara quién es!—... Lani. Supongo que alguna vez has oído hablar de mí.

—No —baluceo—. No conozco a ningún Lani.

—Lani —repite. ¿Se está riendo? Intento comprobarlo, pero es imposible. Me cuesta sostenerme—. Esto se pone interesante.

—¿Me puedes dejar en paz? —protesto, bostezando.

—No, me gustaría saber a qué se debe tu estado.

—No es de tu incumbencia. —Para colmo, mi teléfono me reclama de nuevo. ¿¡Es que no me van a dar mi espacio!?!—. La cuenta, Marcus.

—Yo pago. Dame ese móvil.

¿Pero qué...?

No sin esfuerzo, me levanto e intento detener al desconocido que se ha adueñado de mi dispositivo. Forcejeo con él o más bien con sus manos, pero pierdo el equilibrio y caigo hacia atrás. Unos brazos enseguida acuden a mí, aunque muy lejos de ayudarme me alzan directamente ¿sobre sus hombros?

¡No lo sé!

Entro en pánico. ¿Por qué nadie le dice nada? ¿Por qué Marcus le permite esto? Los vértigos aumentan. También las náuseas.

¿Qué está pasando?

—Hola, ¿con quién hablo? —pregunta el tal Lani, porque... es él quien me está llevando, ¿no? Pataleo y, con las manos, le golpeo la espalda—. Quédate quieta o te vas a caer, maldición —me advierte y añade—: No te asustes, soy alguien que está salvándole la noche a tu amiga, créeme. Y, por su bien, mañana debe estar recuperada.

—Suéltame —consigo articular palabra—. ¿Qué dices?

—Mándame su dirección y la tendrás allí en breve.

No sé por qué, pero me relajo. Tampoco estoy en condiciones de luchar mucho más. La cabeza me estalla. Creo que voy a vomitar. Sobre todo cuando me libera y el olor a auto recién estrenado se cuele en mis fosas nasales. Es muy intenso y si no lo soporto normalmente, menos en mi estado.

—Espérala en la puerta —masculla esa voz que tiene una pronunciación un tanto particular—. ¿Todo bien ahí detrás?

¿Es a mí?

Tanteo el asiento y sí, parece que me ha tumbado en la parte trasera del vehículo. Mis capacidades empiezan a ser nulas.

—S-Sí...

—A tu nuevo jefe no le gustará que mañana no des todo de ti.

—¿Lo conoces? —pregunto, tragando el nudo que se me ha formado en la garganta. Me cubro los ojos con las manos y sollozo. Es imposible cagarla más—. Yo... ¿Puedes abrir las ventanas?

—Sí, y sobre Milani, digamos que lo conozco bastante. Seré generoso y no le contaré nada, pero sólo te guardaré el secreto si me explicas qué ha sucedido para que estés así.

La pregunta sería, ¿qué no me ha pasado?

El coche se pone en marcha y la cosa no puede ir peor, de modo que escupo atropelladamente, casi sin voz y a punto del llanto, el caos en el que se ha convertido mi vida en los últimos meses.

—Mi novio tuvo un accidente y no se acuerda de mí. No me ha permitido ni un acercamiento... Pero esta tarde... Esta tarde él... —No puedo seguir, me duele demasiado. Ni borracha el dolor es menos agudo—. Da igual, no se ha portado bien... A mi jefe le dio un infarto hace poco y desde entonces trabajo el doble, apenas duermo y casi vivo en el hospital con Hugo.

—Hugo, ¿tu novio?

—Sí... Y mañana llega el tal Oliver. Espero que no sea un estúpido. No le digas nada, pero no me fío de él —cuchicheo muy bajito—. Seguro que es un pijo que alardea de todo, con coche lujoso y chófer incluido. Prepotente e insensible. Desde mi punto de vista... escogió el camino fácil.

—Lo estás arreglando. Cuéntame más sobre eso.

—Es una sensación... ¿puedes ir más despacio?

—No. —¿Acelera?—. Por cierto, Vega, creo que a tu nuevo jefe le resultará excitante conocerte mañana.

—¿P-Por qué?

—Es una intuición —apunta secamente.

Estupendo. Y no, no podré ingeniármelas y pasar desapercibida como otras veces cuando me ha apetecido, ya que será mi deber el ponerlo al día de absolutamente todo. Me temo que me espera otra semana dura y es que la que acaba de terminar no ha sido de las que quisiera guardar para el recuerdo. De ahí que haya acabado en el bar... El pasado domingo a Paolo Milani le dio un infarto y, desde entonces, está ingresado en el hospital.

Ayer, por su empleada doméstica de confianza, conocimos la maravillosa noticia de que está fuera de peligro, por lo que, en su ausencia, será su hijo el que tome las riendas de la empresa. Oliver Milani, un hombre del que apenas sé nada. Únicamente que consiguió ser un abogado de éxito en Italia tras marcharse de aquí hace tres años, justo cuando murió su madre.

Italia es su ciudad natal, allí nació y creció hasta su adolescencia. Luego se mudaron a España. Su padre no habla demasiado de él y yo entré a trabajar en «Representaciones Milani» un año después, por lo que no hemos coincidido. No hay fotografías tuyas por ninguna parte, ni siquiera

en la casa familiar. Una casa que conozco muy bien, pues no sólo me encargo de coordinar la agenda laboral de Paolo Milani; de atender el teléfono, organizar eventos o hacer recados, también me involucro en lo relacionado con su vida personal.

Tras una mala racha, decidió delegar parte de sus obligaciones y contrató a Estefan, su otra mitad en la empresa, el que ha estado a cargo de todo estas semanas y el que cubre a Paolo cuando no está presente. Con este apoyo consiguió bajar su ritmo de trabajo, pero, además, me ofreció el puesto como asistente personal; uno que acepté en cuanto leí el contrato. Me paga muy bien, viaja a menudo y me trata como a una más de la familia.

¿Qué más puedo pedir?

Estoy encantada con mi trabajo. Pero con su hijo... no sé a qué atenerme. Sobre todo porque ha pausado su vida para ayudar a su padre, después de haberlo dejado tirado ya en su peor momento...

¿Con qué ánimos vendrá? Quizá no le apetezca enfrentarse a cambios y los que le aguardan son bastantes e importantes.

Por mi parte, no voy a negar que tengo una mezcla de sentimientos que no sé cómo gestionar. ¿Se comportará como su progenitor?

Sólo espero que sea comprensivo.

Mañana será un día largo. Hugo vuelve a casa y, a pesar de todo, ni siquiera me habla... ¡No me merezco esto! Está enfadado con el mundo, bueno, con «casi» todo el mundo... He intentado ponerme en su lugar hasta esta misma tarde, pues no debe ser fácil despertar y no recordar quién eres. Es inexplicable describir cómo me sentí yo al enfrentarme a esa situación. A su irreconocible mirada color miel. Una mirada fría e indiferente...

Aun así y como de costumbre, me crecí ante la adversidad. Por naturaleza soy soñadora, testaruda y optimista. Fantaseé con que volvería a ser como antes. Luché contra viento y marea pese a su actitud. Creí que podríamos superarlo. Hoy, en cambio, lo mandaré todo a la mierda.

He aguantado tanto... que esperaba otra respuesta de su parte.

Durante estas semanas ha pasado nuestro segundo aniversario, mi veintiséis cumpleaños y en ninguno hubo felicitación. Incluso en ambos días llevé una tarta con velas para que las sopláramos juntos... Fue imposible. Pero esta noche y en estos instantes, no quisiera verlo nunca más.

Es horrible pensarlo, aunque cierto; me da asco.

—Aquí estamos. —Abro los ojos, ya que casi me duermo y me incorporo muy despacio. Las náuseas aumentan—. Cuidado.

—Gracias... —baluceo, tragando—. ¿Cómo te llamabas...?

—No importa, te aseguro que es lo de menos.

—Ah, ya, Lani. Gracias, Lani.

Intento mirarlo a la cara al oír el extraño sonido que emite, pero no aguanto más y frente a las maldiciones que escupe a lo lejos mi amigo Noel, pues su voz de pito es inconfundible, me libero

de una vez por todas. ¡Ups!

—De puta madre —protesta el misterioso hombre que me sujeta entre sus brazos y al que he vomitado encima.

Ni siquiera puedo disculparme, soy una masa de gelatina y todo sigue dando vueltas alrededor de mí. Entonces, me susurra al oído:

—Me la cobraré, recuérdalo, Vega Soler. Esta noche no ha sido un placer coincidir contigo, pero lo será.

Capítulo 2

Nuevas reglas

No aguanto el dolor de cabeza. Me molesta incluso la claridad. Intento abrir los ojos, pero me arden. Repentinamente me vienen recuerdos algo vagos de horas atrás; el bar de Marcus, un coche y poco más.

Recuerdos que me obligan a volver a la realidad.

Doy un salto en la cama, sentándome de golpe. Compruebo que el orden reine cerca de mí, pero estoy desnuda, cubierta únicamente con la sábana de seda rosa pastel y en mi habitación. ¿Qué es esto?

Entonces y como una aparición, se asoma Noel. Sonríe al verme. Por su diversión sé que mis pintas no son las mejores y que doy bastante pena.

Agobiada, termino dejándome caer hacia atrás.

No tengo fuerzas.

—Sigo esperando una explicación —murmura y se acerca, ofreciéndome su café. Me vuelvo a sentar y doy el primer sorbo. ¡Hmm! Adoro el sabor—. ¿Quién es el tipo que te trajo anoche? Por cierto, menudo hombre. Anda que has perdido el tiempo.

—¿Qué?

—Un moreno de ojos oscuros, alto, guapo. Muy atractivo, con traje de chaqueta y estilazo. También cochazo y una voz que... Uf. No esperarás que me crea que no te acuerdas de él, sería un delito.

—Estás bromeando, ¿no? —Noel se cruza de brazos y niega con la cabeza—. Ay, madre mía, ¿qué dices?

—Te sacó del bar, te trajo hasta aquí, le vomitaste encima y desapareció.

¿Cómo pasamos de un extremo al otro?

Reconozco que estoy confusa, que necesito organizar mis ideas. Intento concentrarme y recopilar la información.

La cosa va a peor. La preocupación aumenta.

—¿Llegué vestida? —pregunto casi sin voz, examinándome de pies a cabeza—. Dime que sí, por favor.

—Sí, claro. Me tomé las molestias de quitarte tu apestosa ropa mientras tú dormías a pierna suelta.

De locos... Resoplo, apretándome las sienes. ¿Cómo se me ocurre beber así? ¿Y quién es el hombre del que habla Noel? Apenas lo recuerdo. Por más que intento regresar a ese instante, soy incapaz.

Termino el café y le devuelvo la taza al pelirrojo, que se mantiene a mi lado pendiente de mí

reacción, hasta que, con una carcajada, me deja sola.

Sabe que lo necesito para asimilar lo ocurrido. «¿Qué has hecho, Vega?».

Alcanzo el móvil y miro la hora, pero no sé si reír o llorar. Tengo un escueto mensaje del chico misterioso al que le vomité encima.

Quizá ni me recuerdes, soy Lani.

Todavía huelo a ti, no es un olor agradable.

Pero ha sido una noche interesante.

Nos volveremos a encontrar. 01:22

¿Qué insinúa? ¿Cómo tiene mi número? ¿Debo responder?

Las preguntas quedan en un segundo plano cuando veo la hora. ¡Llego tarde! Hoy entraba antes... ¿Cómo me olvidé de poner la alarma?

—No vuelvo a beber en mi maldita vida —me lamento, arrepentida.

Esto no tendría que estar pasando, no en un día como el de hoy. Oliver Milani pensará lo peor de mí y no es un buen momento para enfrentamientos. Mi imagen en la agencia no puede dañarse fruto del resentimiento en mi vida personal. Esa no soy yo. Nunca mezclo ambos ámbitos.

De modo que me levanto, entro en la ducha y en menos de cinco minutos me encuentro ya fuera y cepillándome la lisa melena color café. No es fácil lidiar con ella, sobre todo porque no es corta, la llevo justo por debajo de mis generosos pechos. Finalmente opto por dejarla secar al aire libre, pues apenas tengo tiempo. Me centro en ocultar las ojeras de mi blanquecina piel. En realzar mis almendrados ojos, los que delinearé por encima de mis tupidas pestañas, aun así, no consigo borrar del todo la dulzura del rostro, debido a las pequeñas pecas que bordean mi nariz.

Regreso a la habitación, escojo un atuendo similar al de ayer; falda de tubo, camisa ajustada, aunque en esta ocasión cambio la combinación del blanco y negro por el color azul y en dos tonalidades diferentes.

Me pongo los tacones y cuando creo que he acabado, me doy cuenta de que no me he pintado los labios. Aquí tampoco innovo demasiado; labios rojos, nunca me pueden faltar. Es mi color favorito.

—¡Noel! —lo llamo desde la planta superior del dúplex—. ¿Me puedes hacer un favor? Te prometo que...

—Me compensarás —acaba él, apareciendo como siempre que lo necesito. Es alguien increíble, con una sensibilidad especial. Le sonrío y alza la ceja en señal de confusión—. A ver, ¿qué será. Pide por esa boquita.

—Encárgate de organizar la casa para la llegada de Hugo. Yo no creo que esté aquí a tiempo cuando él aparezca y lo prefiero.

—Hmm... Lo haré por ti, porque no se merece nada.

Asiento con la cabeza, sé cuánto le cuesta decir esto. Noel adoraba a Hugo, pero conoce de

primera mano la historia y también está decepcionado.

Al recordar el porqué, el corazón me da un vuelco.

Duele muchísimo recapitular la escena. Su impasibilidad pese a ser descubierto. Pero sé que he de mantener la compostura de cara al resto, aunque esta noche me permita llorar en nuestra cama si así lo siento.

Odio esconder mis emociones, sin embargo, lo hago a menudo para proteger a los que me rodean. No soporto que sufran.

—¿A qué hora entras? —me pregunta al verme lista.

—Ya tendría que estar allí. Te llamo luego.

—¡No corras! —grita, horrorizado—. Cualquiera día te caerás y te dejarás los dientes en el último escalón.

—¡Todo bien! —grito cuando estoy abajo—. ¡Te quiero!

Cojo el bolso y me dirijo al garaje. Ahí me espera mi adorado Hyundai. Entro en él, arranco y dejo atrás el ático-dúplex en el que hasta hace poco Hugo y yo éramos tan felices. Lo alquilamos hace un año y medio, apenas llevábamos seis meses juntos y nos lanzamos. Fue amor a primera vista y, poco tiempo después, elegimos el que sería nuestro hogar. Un amigo suyo lo arrendaba y por la unión entre ellos nos hizo un buen precio. Está situado en la zona de Majadahonda. Es un edificio nuevo, con vecinos encantadores. Lo decoramos al estilo nórdico y con sus dos habitaciones, aseo, baño, salón, cocina y terraza, nos sentíamos los más afortunados del universo.

No todo el mundo puede permitirse el lujo de escoger dónde vivir. A siete escasos minutos de la agencia si vamos en coche, pues ésta se encuentra situada en la zona de Las Rozas, ¿qué más podíamos pedir?

Y lo ha jodido todo de un plumazo.

¿Qué sucederá cuando me recuerde? ¿Y si nunca lo hace?

Los médicos barajan ambas opciones. No quieren mentirme. Por sus experiencias no todo está perdido, el golpe no ha tocado el lóbulo temporal. Al parecer es una de las claves en casos como este. Podría haber borrado todos sus recuerdos para siempre y no saldría de la amnesia jamás. Con estos datos sólo podemos esperar. Cada paciente es diferente y el tiempo tendrá las respuestas... Y es que hay casos de todo tipo, por surrealistas que nos puedan sonar. Durante estos meses he investigado sin llegar a una conclusión. Excepto que él ha decidido empezar de cero, sin mí. Enfocando su futuro hacia otra dirección, ¿hasta cuándo? Ni idea. Lo único que tengo claro es que, si vuelve en sí, se arrepentirá de su error. Sufrirá por ello.

¿Y qué he de hacer yo hasta entonces?

«No lo sé». Estoy tan perdida.

De nuevo la opresión en el pecho, la ansiedad, debido a la incertidumbre. Necesito retomar cuanto antes mi rutina. Ir al gimnasio, liberar tensiones y, los fines de semanas, dedicarle algunas horas a la repostería. Costumbres que he dejado de lado al no disponer de tiempo suficiente y, el que tenía, lo dividía entre el trabajo y en reconquistar a mi novio. Suena irónico y me reiría si me

hubiesen contado que algo así nos podría suceder.

¡Ni en mis peores pesadillas lo habría imaginado!

Cuando estoy estacionando, me reclama el dichoso teléfono. Es mi hermana Bea y sé que no debo posponer más la conversación, aunque mantenga mi secreto a salvo. Me niego a contarle lo de Hugo.

—Buenos días —se anticipa, animada—. Por fin te localizo.

—Hola, lo siento, ayer no fue una buena tarde.

—¿Por qué? —pregunta más preocupada.

—El agotamiento me está pasando factura —me limito a responder—. Pero bueno, cambiemos de tema. ¿Qué tal mi cachorro mimado?

—Mejor ni te cuento. He pisado pipí y caca nada más abrir los ojos.

—Oh, esta semana me lo llevo de vuelta a casa, ya pasaré más tiempo allí y Hugo estará, por lo que *Popi* no se sentirá tan solo.

—Ya, echaré de menos a ese pequeño y dormilón pomerania.

—Normal, es igual que un bebé.

—¿Dónde estás? —Salgo del coche y cierro la puerta. El ambiente parece tranquilo—. Se oye algo de viento.

—Entrando en la agencia a toda prisa. Ni he desayunado en condiciones, pero ahora saboreo un caramelo de café y me conformo.

—Normal, te has vuelto adicta a ellos. No puedes vivir sin el café.

—Y menos mal, porque de lo contrario no sé cómo hubiese sobrevivido entre el trabajo y el hospital —comento con burla. Lo cierto es que me comporto así para quitarle hierro al asunto—. Bueno, te dejo. Voy muy mal de tiempo y ya sabes el día que se avecina. Esta noche te llamo.

—Vale, pero llámame, que te conozco o te las verás conmigo.

Lo sé. Cuelgo y sonrío. Es cinco años mayor que yo y ¡el triple de testaruda! Aunque se volvió más pesada tras independizarme de casa de mis padres. No es que estuviera mal allí, al contrario, no obstante, soy bastante reservada con mi vida privada y necesitaba mi espacio, sobre todo al tomar la decisión de irme a vivir con Hugo. Una que, por cierto, no les sentó bien. Es lo único que me han reprochado en la vida. Y sabían que no se trataba de un impulso, que aunque me cuesta controlar los sentimientos cuando siento de verdad, los impulsos no van conmigo, no soy de dejarme llevar, planifico todo y soy muy cuadrículada. Tampoco es que mi familia pudiera quejarse de mi comportamiento, pues suelo ser bastante responsable.

Me pagué los estudios trabajando de noche como camarera en un céntrico bar de copas, terminé la carrera y, meses después, entré como secretaria en la agencia. Pero mi esfuerzo sirvió para convertirme en la asistente personal de Paolo, quien se encarga de representar a «estrellas» mediáticas del ámbito deportivo. Últimamente también aceptamos a personas que se están iniciando en ese mundillo y que tienen buena proyección de futuro en él.

—¡Vega! —Joanna, mi amiga y compañera, me agarra del brazo nada más verme. Me gira de

cara a ella bruscamente—. ¿Todo bien? Milani ha llegado, ya ha hablado con Estefan y te está esperando.

—Dime que no lleva mucho tiempo haciéndolo, por favor.

—¿Veinte minutos? —Me dedica una sonrisa forzada y se repeina con disimulo la corta y rubia coleta que lleva. La he cagado el primer día—. Parece simpático, pero claro...

—Ya, no me digas más.

—Ay, Vega. —Aparece Estela, la gemela de Joanna. Sólo se diferencian por el *piercing* en la nariz. Y que es más alocada y divertida—. Oliver Milani acaba de preguntar por ti.

—Ya, deseadme suerte.

—La vas a necesitar —murmuran al unísono.

Me subo en el ascensor y le doy al botón. «¡Qué nervios!».

La agencia es bastante grande, las oficinas están separadas por cristales, delimitando así los espacios de trabajo del personal, aunque la del jefe, la de Estefan y la mía están totalmente cerradas con paredes y puertas. Tenemos más privacidad y estamos instalados en la segunda y última planta. La más silenciosa y menos concurrida, pues en la primera es un no parar de idas y venidas, de consultas entre compañeros, de negociar publicidad, de cerrar contratos y constantes trámites. En la planta baja y principal, se encuentra la cafetería, los baños compartidos del resto de los empleados y una zona de descanso. La verdad es que no nos podemos quejar.

Cuando llego, no sé si bajarme del ascensor o huir. Tengo calor, mucho... y apenas estamos en abril, pero sé que no se debe a la temperatura atmosférica, sino al sofoco que tengo por los nuevos cambios. Sumado a mi impuntualidad precisamente en el día clave. El único día que he fallado y ha coincidido justo cuando se incorpora el nuevo jefe... «Estupendo».

De camino a la oficina principal, abro un caramelo, me lo meto en la boca y llamo a la puerta. Necesito relajarme. Los nervios me aplastan.

—Adelante. —Cojo aire, pues me falta—. Pasa.

Abro muy despacio y, con la mirada en el suelo, entro en la oficina. Las mejillas me arden y un pellizco en el estómago me sorprende...

Me plancho la camisa con las manos, agobiada.

—¿Vega Soler? —pregunta y oigo cómo se acerca.

Por un momento quisiera correr lejos de aquí, hasta que veo sus pies delante de mí y sé que es demasiado tarde. ¡Qué tensión!

Levanto la mirada, encontrándome con la suya. El pulso se me acelera.

—¿Mi asistente personal? —insiste con voz grave.

—La misma... Señor...

—Oliver Milani, tutéame, nada de formalidad.

Ladea la cabeza, me ofrece la mano para saludarme y, aunque me cuesta, repito su gesto. La presentación apenas dura un par de segundos. Enseguida me aparto, dando un paso hacia atrás e instintivamente, lo miro de arriba abajo. Va vestido con un traje de chaqueta marrón de corte

italiano y camisa blanca. El cabello es casi azabache y nada engominado.

No puedo evitar hacer un repaso por el resto de su rostro. Sí, se parece a su padre y por qué no decirlo, es guapísimo.

Tiene la piel tostada. Ojos rasgados. Labios gruesos. La mandíbula le acaba en forma triangular. Los pómulos marcados y diría que nariz perfecta. No lleva corbata y tiene la camisa un poco abierta; dejando al descubierto parte de su torso y un pequeño tatuaje, aunque llamativo, en el lado izquierdo del cuello. Sus manos son grandes y lleva anillos de plata bastante visibles en los dedos índices. Tiene un rollo diferente, canalla...

—¿Todo en orden? —pregunta, obligándome a volver en mí.

Intento responder, pero no me sale la voz.

Esboza una sonrisa, avergonzándose más si cabe. Su mirada de un marrón muy oscuro y con un brillo muy especial, se posa en mi silueta, examinándome lentamente de pies a cabeza. ¿Voy muy formal?

Un repentino calor me recorre todo el cuerpo.

—Ahora estamos en paz, ¿no? —murmura con expresión pícara cuando acaba el repaso, acentuándosele el italiano en el final de la frase. No sé ni qué responder—. Y bien, Vega, a qué se debe la impuntualidad. Espero que no sea algo habitual.

—Por supuesto que no, discúlpame, me ha surgido un imprevisto —miento con un carraspeo—. Bienvenido.

—Gracias —murmura, sacándose un cigarro del bolsillo interno de la chaqueta. No doy crédito—. ¿Nos sentamos?

—Aquí no se puede fumar.

—¿Perdón? —Se le escapa una risilla arrogante, incomodándose. Y niega con el dedo índice de la mano izquierda—. ¿Llegas tarde y me dices qué tengo que hacer y cómo debo actuar en mi propia agencia?

—Es una regla de...

—No te confundas, Vega. —Hace una pausa y chasquea la lengua—. Desde ya las reglas han cambiado y, cuanto antes lo asumáis, mejor. Todo será más fácil si me complacéis. Ahora siéntate, me parece que tú y yo tenemos mucho de que hablar.

Capítulo 3

Oliver Milani

Me cede el paso con la mano libre y, como no me muevo, se detiene frente a mí. Estoy sorprendida con su chulesca respuesta, lo imaginaba más profesional y no creo que dé la talla como jefe, no el que la agencia necesita.

—Cuéntame, Vega, ¿qué tal la resaca?

—¿Qué? —pregunto con el corazón latiéndome a mil por hora. ¿Acaso se ha propuesto torturarme?—. No te entiendo.

—Sí que lo haces, pero de ese tema ya hablaremos en otro momento. —Hace un aspaviento con la mano y enciende el cigarrillo. ¿En serio?—. Y deja de sonrojarte, mujer, que no me ablandarás con esos truquitos tan antiguos.

—¿Perdona? —Oliver me da la espalda, aunque me busca por encima del hombro. Sus ojos se clavan en mí. Reconozco que, sin motivo alguno, me cuesta sostenerle la mirada—. No sabes cómo soy ni creo que sean las formas correctas de dirigirte a mí. Te acabo de conocer.

—Depende de cómo lo mires y sí, este soy yo. A mi padre se le ha olvidado comentarte que no soy el típico pijo, ni tengo un chófer que me lleve o traiga. Vengo en mi moto, así que no te sorprendas en ese sentido. —Frunce las cejas y apunta—: Por cierto, también se le ha olvidado mencionar que tiene una asistente personal muy atractiva.

Las ganas de darle un bofetón son inmediatas, pero me controlo. No me puedo creer que haya soltado semejante frase.

Es un insolente, altivo y prepotente.

Definitivamente no conseguirá mantener la agencia como debe. No es un hombre formal ni parece tomarse sus obligaciones en serio.

Menos mal que Estefan, de una forma u otra, seguirá al mando.

—¿Y esa mirada asesina? —pregunta, dando una calada—. Déjame que lo adivine; no te ha gustado mi comentario.

—No, está fuera de lugar —consigo decir, descolocada—. No estoy acostumbrada a que mi jefe me hable así.

—Suena tan bien eso de jefe...

—Permíteme matizarte que, a pesar de ser mi superior, conozco y gestiono la agencia mil veces mejor que tú. Soy algo más que una empleada, seré tu asistente personal y tu mano derecha. Res-pe-to.

Se humedece los labios, hace un mohín y añade:

—De acuerdo, controlaré mis modales.

—Eso espero —advierto, frenética.

Se sienta en la silla giratoria tras el blanquecino y amplio escritorio, invitándome con una seca señal a situarme justo enfrente. Su semblante ha variado completamente. Está serio, marcando las distancias. Una actitud que agradezco, pues el corazón se me va a salir del pecho. Incluso me retumban en los oídos mis propios latidos. Aun así, no aparta los ojos de mí. Se acomoda, echándose contra el respaldo... y derrochando arrogancia.

Multiplicando mis nervios.

—Me gustaría preguntarte algo —susurro, tensa. Oliver Milani asiente, parece divertido. ¿Qué le hace tanta gracia?—. ¿Las condiciones serán las mismas que con tu padre? Quiero decir...

—Sí, ahora mismo estoy muy perdido aquí y necesito a alguien que me ayude en todos los sentidos. He de poner mi vida en orden y, según mi padre, tú eres la persona indicada para ello.

—¿Y luego? —No me convence la manera de especificar mi cargo con ese «ahora mismo»—. Si en poco tiempo me quedaré en el paro... es bueno ir sabiéndolo.

—Jamás haría algo así en una empresa que no es mía, mi padre se reincorporará en unas semanas y todo volverá a la normalidad, aunque las reglas cambien durante su ausencia. Sí prescindiré de tus servicios en lo personal y será en muy poco tiempo. —Chasquea la lengua y libera el humo del cigarro. No, no tiene vergüenza—. Mi vida privada sé gestionarla bien. —Y recalca—: De momento. Espero que no te importe.

—Depende. —Tal vez soy muy directa, pero no me puedo contener si juegan con mi trabajo—. Si baja mucho el salario...

—Entonces ya hablaremos de ello cuando se tercie.

Me guiña el ojo y apunta con el dedo índice hacia mi cara. ¿Qué significa ese gesto? No lo sé ni pregunto. Pues a continuación, se establece un silencio extraño en la oficina. Nuestras miradas se cruzan frente a este mutismo, uno que me obliga a removerme en el asiento. ¡Basta, no soporto esta tensión!

La verdad es que no sé qué espera de mí y yo no sé a qué me enfrento trabajando con él. Por lo que proyecta a simple vista; parece ser un hombre paciente, caprichoso o más bien... le gusta sentirse poderoso.

También diría que es soberbio, atrevido y juguetón.

Lo cierto es que lo preferiría más distante.

—Tira el caramelo o trágatelo —ordena de repente y entiendo el porqué me ha señalado hace apenas unos segundos, ya que vuelve a hacerlo con su dedo acusador—. Me distraes.

—Perdón —musito, dubitativa. ¿Qué quiere decir?—. Si te parece, me gustaría mostrarte...

—Dame un segundo —me pide, sacándose el móvil de la chaqueta. ¿Preocupado?—. He de responder a un correo urgente.

—Tranquilo.

Teclea con urgencia y tira el cigarro al suelo. ¡Será cerdo! A su padre no le van a gustar nada las nuevas reglas. A Estefan menos.

Su actitud me pone de los nervios.

—Listo. ¿Empezamos de una vez? —masculla Oliver, dando un suave golpe en la mesa para llamar mi atención. Y deja el teléfono bocabajo, supongo que para que no le molesten—. He de salir, presentarme y quiero tener claro cómo funciona la agencia. Qué departamentos hay y demás.

—Claro... He preparado algo en el ordenador, ¿quieres verlo?

—Por supuesto.

—¿Puedo? —Le hago señas de rodear el escritorio y posicionarme junto a él. Oliver Milani accede, acariciándose la incipiente barba—. Es para que te hagas una idea...

—Que sí. Adelante, Vega.

Lo obedezco y una vez a su derecha, me obligo a ser profesional, dejando a un lado mis nervios y obviando su tatuaje que tan cerca tengo ahora...

Es una llama encendida... «¡Céntrate!».

—Te cuento —susurro más seria.

Le muestro un breve resumen que he elaborado este fin de semana y en el que hay varios puntos. Sobre la negociación y cierre de contratos de sus representados. La asesoría legal y planificación fiscal de estos. La proyección de imagen en redes sociales o acciones benéficas, incluyendo las oportunidades que suelen salir para promocionar marcas. La gestión de patrimonios de cada uno de ellos y el asesoramiento de sus carreras deportivas durante y después de éstas; para que le saquen el mayor partido hasta que no se puedan expresar más. Los servicios proporcionados son muy completos.

—Entiendo que cada sector tiene su departamento —comenta, concentrado, mirándome fijamente. Estoy inclinada hacia adelante y con las manos apoyadas sobre la madera. De nuevo los temblores, el calor. Es algo inexplicable y que no puedo dominar—. ¿Es así? Como abogados, asesores financieros, temas de publicidad, marketing, redes, etc. ¿Cierto?

—Sí... Estos tres últimos están en la primera planta, ya que tienen mucho movimiento durante el día y pueden desconcentrar al resto, aunque la agencia es bastante amplia como sabrás, no en altura, sí en metros —le informo, evitando cruzarme con sus ojos. Es muy descarado y no lo oculta—. Mi novio, por ejemplo, que en estos momentos se encuentra de baja laboral, está instalado en esta misma planta y es el abogado principal de la agencia. Aunque no el único, claro.

—Tiene lógica, de lo contrario, la agencia no podría seguir sin él. —¿Se burla? Me percató de que juguetea con sus anillos—. Ya me ha quedado claro que tienes novio y que trabaja aquí. Lo has recalcado con disimulo, pero la verdad es que es un detalle que a mí no me importa. ¿Algo más?

Cuento hasta diez, evitando pellizcarme los labios. Una de mis tantas manías. Pero ¿por qué tengo la sensación de que Oliver Milani me oculta algo? Esa mirada profunda me inquieta.

Parece querer descifrar hasta el último de mis gestos.

—Es mi obligación advertirte de que tu padre lleva a una importante plantilla de deportistas y

de todo tipo, por lo que hay mucho trabajo cada día —comento de manera atropellada. Me siento acorralada—. La empresa cuenta con bastantes profesionales para que nada falle y que todos los representados tengan las necesidades cubiertas en cualquiera de los sentidos, como los mencionados en el resumen. Estefan es la cara visible ahora.

—Ya, yo me mantendré en un segundo plano en cuanto a eventos se refiere y demás, pero controlando absolutamente todo desde aquí.

—A veces Estefan no da abasto, tu padre y él se complementaban bien dividiendo el trabajo y en ocasiones te tocará a ti...

—La agencia ha crecido mucho desde que me fui —murmura para sí mismo—. Increíble.

—Sí, se ha asesorado muy bien —susurro y doy un paso atrás, sin soportar tanta cercanía—. Ha invertido mucho tiempo y dinero para que a ti no te falte de nada el día de mañana, cuando él ya no esté... Espero que no sea pronto.

—¿Y qué sabes tú de eso? —Ladea la cabeza.

—Me lo ha contado tu padre. —Me encojo de hombros y sonrío sin querer al acordarme de él. Oliver curva los labios—. Paolo es encantador y siempre me ha tratado muy bien... Estoy informada de su mejoría, pero me gustaría ir a visitarlo si es posible.

Entrecierra los ojos y me repasa de nuevo sin ningún pudor, tensándome más si cabe. Luego desvía la mirada, indicándome con la mano que vuelva a ocupar mi lugar. No tardo en hacerlo, tomando bocanadas de aire para que, su olor, ese que se ha quedado grabado en mis fosas nasales, desaparezca.

«¿Qué mierda te pasa, Vega?».

—Si es tu deseo, sin problema —responde finalmente, reparando en la pantalla del ordenador—. Bien, dejémonos de charla. Según me ha comentado Estefan hay mucho que hacer. He de firmar los contratos con todos los representados y también las autorizaciones para poder gestionar cualquier trámite en sus nombres. ¿Algo más?

—Sí, tienes reuniones pendientes. Si no recuerdo mal, Estefan ha salido o estará a punto de hacerlo para negociar dos posibles fichajes, pero yo estaré para ayudarte.

—De acuerdo, empecemos entonces —ordena, concentrándose o fingiendo hacerlo—. Antes, avisa a los empleados de que estaré en la planta principal en media hora. Los espero a todos para presentarme y, en la medida que sea posible, conocer al detalle la nueva agencia.

—Claro.

Me incorpоро sin postergar más el momento. No sólo para obedecer su orden, sino porque necesito una tila. Que me dé un poco de aire fresco, recuperarme después de cómo ha empezado la mañana y de cómo continúa. Hay tanta tensión que la situación ya no es soportable, no para mí, pero cuando estoy a punto de salir, Oliver me interrumpe:

—Vega.

Me giro apenas un poco, lo justo para verlo.

Se pellizca la nariz y, desde su asiento, señala el suelo.

—¿Qué? —inquiero sin entender nada.

—¿Quién se encarga de mantener en orden la oficina?

—¿Yo? —respondo, insegura. ¿Me querrá poner a prueba?

—No lo sé, te estoy preguntando.

—No tengo clara la...

Suspira, apoya el codo izquierdo sobre el escritorio y el mentón contra su mano. La cabeza me va a estallar. ¿Y ahora qué?

—La mesa, Vega.

—La mesa, ¿qué? —Pongo las manos en jarras, encarándolo—. ¿Me estás tomando el pelo?

—Cuida ese tono —replica menos paciente—. Si miras hacia abajo lo entenderás

Saca el pie por el hueco que hay en la parte inferior del escritorio y da algunas patadas. ¡No puede ser! Siento que me va a dar algo.

—Oh... ya... —tartamudeo—. ¿Pero esto qué es?

Ocultos por la madera; hay muchísimos papeles mezclados y acumulados. Tanto servilletas como folios. No estoy acostumbrada a esta suciedad y no sé a qué se deba, pero no era el día más indicado para que la oficina se encontrara en estas condiciones. ¿¡Cómo se me ha pasado por alto!?

—Me temo que las encargadas de la limpieza no han estado por aquí en ausencia de Paolo. Es una de sus reglas —le informo, confusa y pensativa—. Qué asco... a saber de qué son.

—No creo que mi padre se limpie los mocos y tire los restos al suelo —rebate con aparente calma. Quizá demasiada.

—N-No quería decir eso, por Dios... Al revés, lo conozco y no entiendo... Da igual, déjalo.

—Será mejor.

Y sin pedirle permiso, me cuelo en su baño, abro el mueble de la entrada, alcanzo dos bolsas; una para utilizarla en forma de guante y otra para recoger el festín de papeles. Sin ni siquiera pensármelo voy directa hacia él, me agacho con cuidado por la falda y, de rodillas, me meto debajo de la mesa.

—¿Y ahora qué estás haciendo, mujer? —Me sobresalto y no sólo porque ha levantado la voz, sino porque ha asomado la cabeza. Sus intensos ojos se clavan en mí. Ay, señor. Sus piernas están a escasos centímetros de mi rostro—. Sal de ahí ahora mismo.

—Voy a recoger este desastre. Discúlpame, ha sido un error...

—Si alguien entra y tiene la mente tan sucia como la mía, ¿puedes suponer la imagen que proyectas? —Enseguida sé a qué se refiere; arrodillada en el interior del escritorio del nuevo jefe, ¡joder! Intento escapar, pero con las prisas me golpeo la nuca contra el filo de la madera—. Sal de una vez y haz lo que te he pedido.

—¡Es lo que pretendo! —me quejo, agobiada.

Gateo con rapidez, lo más veloz que soy capaz en estas condiciones y, evitando rozarlo, salgo y me pongo de pie, tratando de mantener la poca dignidad que me queda si imagino la escena.

«Si alguien entra y tiene la mente tan sucia como la mía...».

¿¡Pero de qué va este hombre!?

Cuando estoy a punto de salir, Oliver Milani me reclama de nuevo, colmando la poca paciencia que me queda.

—¿Ahora qué pasa? —pregunto de espaldas. No me siento capaz de mirarlo—. Que sí... Que lo he captado. Le diré al servicio de limpieza que se pase por aquí cuanto antes y...

—Vega.

—¿Qué? —replico con un suspiro.

—No vuelvas a hablarme así, ¿entendido?

—Sí... —Y añado con la boca pequeña—: Lo siento.

—Que no se repita.

—Por supuesto. ¿Algo más?

—Avisa a tus compañeros como ya te he ordenado y vuelve para continuar con el trabajo. Y cuando terminemos, te vienes a mi casa.

—¿A tu casa? —repito y me giro sobresaltada. Oliver Milani está cruzado de brazos; dispuesto a retarme—. Yo...

—Me tienes que ayudar a organizarme allí, ¿recuerdas?

—Pero tengo asuntos que atender. Hoy le dan el alta a...

—No es mi problema. Tú te quedas conmigo —me interrumpe sin un atisbo de simpatía y añade con prepotencia—: Entre otras muchas cosas y según tengo entendido, se te paga para estar a mi disposición tanto en la agencia como fuera de ésta, ¿no?

—Sí. —Aprieto los dientes. Odio que me traten así, él es mi jefe, pero no soporto que me hagan sentir inferior y me temo que he de recordárselo—. ¿Puedo pedirte algo yo?

—Adelante —replica, frunciendo el ceño—. ¿Qué desea la señorita? Será un placer complacerla.

—Simplemente que me trates con el mismo respeto que exiges de mí.

Biografía

Patricia Geller nació en un municipio de Cádiz, donde reside actualmente. Está casada y es madre de tres hijos. Desde siempre ha sido una apasionada de la lectura, hasta que decidió iniciarse de forma no profesional en el mundo de las letras. La trilogía *La chica de servicio* fue su primera novela, siguiéndole *Culpable*, *No Juegues Conmigo*, *No me prives de tu piel*, *Doble juego*, la bilogía *En plena confusión*. La serie compuesta por *Dímelo en silencio*, *Susúrramelo al oído* y *Confíesamelo sin palabras*. Satisfecho siempre. Saciado nunca... *Amanecer sin ti*, *Cada segundo*, *Miénteme esta noche*, *La apuesta* y *Libérame de ti*.

En la actualidad ya tiene varios proyectos editoriales en marcha.

Descubre más de Patricia Geller en sus redes sociales y en su página web:

www.patriciagellerbooks.com

Allí encontrarás toda la información sobre sus libros ya publicados y los nuevos proyectos. También podrás adquirirlos firmados y dedicados.

**PDP
BOOKS**